

PARÍS ES AZUL

Muriel Villanueva



VERSATIL
narrativa

Índice de contenido

- [1. Me largo a París a lo Sabrina](#)
- [2. Con un poco de azúcar](#)
- [3. Creo que me pondrán a empezar de cero](#)
- [4. En la puerta de Lafayette Hausmann](#)
- [5. Mi nuevo Lycée](#)
- [6. Sauvez-moi, Adrien](#)
- [7. Bajar las escaleras](#)
- [8. La cabina de la esquina](#)
- [9. Si tu veux m'essayer](#)
- [10. Bonne année](#)
- [11. Un juego de cuerdas nuevas](#)
- [12. Carpe diem](#)
- [13. Entre los arbustos](#)
- [14. Buscar bulevares](#)
- [15. Azul rompe con todo](#)
- [16. El Gato con canas](#)
- [17. Bajo la lluvia](#)
- [18. Unas segundas voces](#)
- [19. Ma solitude](#)
- [20. El haba de la sabiduría](#)
- [21. La Prueba](#)
- [22. Si dulce o salado](#)
- [23. Al final de la piscina](#)
- [24. Un no no-beso](#)
- [25. La ciudad nevada](#)
- [26. Avión hacia la nada](#)
- [27. El buen hijo](#)
- [28. Perdóname](#)
- [29. Mi Ángel](#)
- [30. El marco de la puerta](#)
- [31. Dos columpios oxidados](#)
- [32. Te voy a echar de menos](#)
- [33. Negro oscuro](#)

[34. La carta abierta](#)

[35. Nuestro tercer vértice](#)

[36. El segundo agujero de mi lóbulo derecho](#)

[37. Un, dos, tres, crac](#)

[38. Entre tú y yo](#)

[39. Quedate](#)

[40. París es Azul](#)

[Agradecimientos](#)

Título: *París es Azul*

© Muriel Villanueva, 2019.

Cubierta:

Diseño: Ediciones Versátil

© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.^a edición: marzo 2019

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2019: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

A G.C. y a X.B.

«Bonjour, mesdames et messieurs! Ayer aprendimos la forma correcta de hervir el agua. Hoy aprenderemos la forma correcta de romper un huevo. ¡Voilà, un huevo! Pero ¡ojo!, un huevo no es una piedra. No está hecho de madera. Es un ser vivo con corazón. Así que cuando lo rompamos no debemos atormentarlo. Debemos ser misericordiosos y ejecutarlo rápidamente, como con la guillotina. Se hace con una mano. Miren atentamente la muñeca. Voilà. Un, dos, tres, ¡crac! ¿Lo ven? Todo está en la muñeca. Y ahora, todos, tomen un huevo. Un, dos, tres, ¡crac! Otro huevo. Un, dos, tres, ¡crac! Otro huevo. Un, dos, tres, ¡crac! Coja un huevo. ¡Crac! La muñeca, ¿eh? Como un látigo. Mire. Un, dos, tres, ¡crac! Otro huevo.

De la película *Sabrina* (1954)

Billy Wilder, Samuel A. Taylor y Ernest Lehman

1. Me largo a París a lo Sabrina

Me largo a París a lo Sabrina, pero sin intento previo de suicidio. Lo de morirme no me apetece nada, todavía no. Se lo debo a mi París, al que llevo dentro, porque hace veintitrés años me demostró que en este mundo una nunca está sola salvo si lo necesita.

Me voy porque Gato se ha casado y va a ser padre. Me lo dijo Blanca, que parece que se emperre en ser siempre ella la que me va poniendo zancadillas por la vida.

Me largo a París a lo Sabrina, pero como mujer adulta, y por segunda vez.

Me voy a aprender a romper huevos con una sola mano, un, dos, tres, crac, con piedad y rapidez, como con la guillotina. Porque un huevo no es una piedra, porque no está hecho de madera.

A lo Sabrina. Para salir del cascarón.

Emprendí este mismo viaje con diecisiete años. Mi madre me animó a estudiar fuera el último curso de instituto, antes de que empezase la carrera universitaria que ella ya había decidido por mí. «Aprenderás francés pero, sobre todo, aprenderás *muchas cosas de la vida*», dijo. Tenía razón, y eso no pasaba demasiadas veces.

Cuando me lo propuso en febrero me pareció una idea increíble y empecé a chulearme entre los colegas, pero en septiembre cogí el avión llorando. Entre marzo y septiembre, todo, absolutamente todo, fue invadido por el olor, por la piel, la sangre, los ojos, el aliento, el sudor, los dedos... sobre todo por las yemas de los dedos de Gato.

Subí al avión llorando porque dos horas antes había tenido el primer orgasmo

de mi vida. No el primero de todos, claro, si no el primero provocado por alguien que no fuese yo. Seguía siendo virgen en lo que a penetración se refería, pero las yemas de los dedos del mejor guitarrista del instituto me habían hecho temblar en menos de cinco minutos.

Se había quedado a dormir en casa, y no por el hecho de que yo fuese a desaparecer hasta Navidad, sino porque solía quedarse bastante, dos o tres noches por semana, y eso desde que mi madre había dicho que no podía quedarse a diario.

Nos duchamos juntos, en aquel plato de ducha de un escaso metro cuadrado, enjabonando su piel cetrina con mis manos claras, enjuagando mi cuerpo pálido con sus manos ocres. Sus ojos verdes no se movían de los míos, de un azul oscuro inquieto, que intentaban memorizar cada detalle de su extrema delgadez. Se secó en un santiamén y me repasó con su toalla, sin miedos, frenando en los rincones. Después se entretuvo un buen rato en desenredar mi cabellera negra y ondulada, entonces todavía más larga y rebelde que ahora.

No sé por qué nos vestimos, si los dos estábamos pensando en lo mismo, en lo que nunca habíamos hecho, en lo que ya nunca jamás haríamos.

Se puso los pantalones de chándal grises y la camiseta roja del día anterior. Yo me metí en unos vaqueros cortos descoloridos, mal cortados a medio muslo por mí, y en una camiseta blanca de tirantes, sin sujetador; nunca he tenido mucho pecho y entonces todavía no sufría por si se me estriaba.

De vuelta al dormitorio él arregló un poco las sábanas, estirándolas, acariciando con sus palmas secas el aroma de lo poco que quedaba de nosotros. Después se sentó en el borde de la cama mientras yo acababa de resolver mis últimas dudas sobre qué meter en la maleta.

—¿Llevas la canción?

—Por supuesto que llevo la canción, tonto. Y la carpeta también.

—Ya, pero ¿llevas...?

—Claro que sí.

Se refería a un trozo de papel, porque en aquella época las canciones no se

grababan en estudios caseros ni se regalaban en lápices de memoria; en aquel entonces las canciones se componían a lápiz, se cantaban una sola vez, guitarra en mano, y se entregaban en el folio manuscrito original doblado en cuatro.

Claro que sí que la llevaba, y solo me la había cantado una vez pero yo ya me la sabía de memoria. Todavía la recuerdo, e incluso podría cantarla ahora mismo; podría levantarme y recorrer el pasillo, entrar en la cabina de mando, robarle el micro al copiloto y ponerme a berrear, media vida más tarde. Aquella canción me iría ahora que ni pintada, la verdad.

—Ven —me dijo.

Una no podía decir que no ni hacer esperar a ese par de ojos, a ese par de manos, a ese cuerpo escuálido que se expresaba sobre la vida y sobre la muerte con la parsimonia de quien se ha reencarnado doce veces pero con la inocencia de quien acaba de renacer.

Me senté a horcajadas sobre él. Nos besamos.

Sabíamos que la voz de mi madre no tardaría en avisar que había que ir bajando al coche para llevarme al aeropuerto. Creo que fue la intensidad de la prisa y aquel extraño gusto azul salpicado de un amarillo de óxido incipiente. Creo que me amaba. Los dos pensamos solo en mí. En que yo me llevase entre las piernas algo imborrable; algo que dejase mi alma en Recoletos mientras mi cuerpo despegaba en Barajas, camino de mi año en París. O quizás él también pensó un poco en sí mismo, sí, en retenerme, en no dejarme escapar del todo, claro, porque la soledad lo acechaba, lo había acechado siempre, aunque durante aquellos primeros conciertos que daba no se lo pareciese a nadie, a nadie más que a mí.

Me he quedado medio dormida rememorando por enésima vez el vaivén de sus dedos entre mis bragas y mis vaqueros descoloridos, recreándome en el sencillo orgasmo que me ataría de por vida a aquel primer amor. Espero no haberme movido en sueños.

Me despierta la comandante anunciando por megafonía que en veinte minutos

atterrizaremos en París, donde la temperatura es de cero grados centígrados. Todavía siento entre las manos el pelo de Gato, negro y cortísimo, y el calor de su cráneo.

Me largo a París a lo Sabrina porque Gato se ha casado y va a ser padre. Con otra. Con esa *tan maja* de la que me habla mi madre cada vez que ambos se pasan por la tienda, buscando *cositas* para decorar su nidito de amor.

Yo ya lo sabía, que vivía con unas y con otras. Y que follaba con algunas de sus fans, a escondidas, para que nos enterásemos todos. Incluso a veces he pensado que fue culpa mía, que él se convirtiese en un cantautor rompecorazones, porque su corazón no lo rompió otra más que yo. Yo ya lo sabía, que andaba intentando enamorarse de quien fuese, como yo, dando bandazos desde aquella mañana en que, en mi cama adolescente, me robó un grito mojado, para comérselo y para soltarlo después en sus canciones. Lo que no sabía hasta hace dos semanas, hasta que me lo dijo Blanca, es que por fin lo había conseguido. Gato ha conseguido volver a enamorarse de verdad, mientras yo sigo colgada de nuestros descubrimientos: nuestro primer beso, su primera canción, mi brevísimo primer orgasmo, aquel primer adiós y mi primera traición.

Sigo colgada, como una niña.

He ido a sus conciertos durante años, solo de vez en cuando, porque una no puede estar dándose en la espalda demasiados latigazos seguidos. A veces, me escondía entre los hombros de Blanca y de Luis. A veces, me hacía acompañar por mi novio de turno. A veces, me ponía en primera fila al lado de una amiga nueva y él me intuía y bajaba la cabeza y me sonría desde el escenario, como si yo no fuese la espina envenenada que, clavada en su índice, le impedía puntear bien la tercera cuerda.

Me largo a París para ver si de una vez por todas soy capaz de retomar mi vida donde la dejé, donde la abandoné, donde la escondí tan bien que ni yo volví a encontrarla.

2. Con un poco de azúcar

¿Será posible que el Charles de Gaulle me reciba con *Cero*, de Dani Martín, a todo trapo por el hilo musical? ¿Acaso no pueden ponerme algo más parisino, algo tipo *Paris nous nourrit, Paris nous affame*, de La Rumeur, para darme una bienvenida menos patética y más enfadada? O yo qué sé... ¿No tienen nada navideño para un diecisiete de diciembre? No niego que *Cero* sea una de mis canciones favoritas, pero ahora no, por favor, ahora no.

Arrastro mi maleta nueva hasta los lavabos, me siento en la tapa del váter y me llevo las manos a la cara. Esta letra me hace llorar cada vez que la oigo, como si cada palabra me llevase de nuevo a entonces, a Gato, ¡qué rabia!, ¿por qué no sales ya de mi cabeza? ¿«Ahora toca entender qué hacer con tanto daño»? Pues vale, Dani, que sí, que tienes razón, y lo intento, y por eso estoy aquí, pero cállate, por favor.

Me recojo el pelo en un moño mal hecho y un par de mechones me caen sobre la cara. Me sueno los mocos con un pañuelo de papel sucio que llevo en el bolsillo de los pantalones de pana. Debo de estar horrible.

Alguien golpea la puerta con los nudillos. Debe de oírseme sollozar desde la calle.

—*Ça va?*

Me recompongo un poco para poder mentir.

—*Oui, oui, ça va bien.*

—*Avez-vous besoin de quelque chose?*

Tengo ganas de levantarme, de abrir la puerta, de que me den un micro y de ponerme a chillar con Dani Martín que «Quierooo que todo vuelva a empezaaar, que todo vuelva a giraaar, que todo venga de cerooo, ¡de cerooo!»,

pero solo digo:

—*No, no, merci, ça va.*

«Ahora toca aprender cómo dejar de querer», ¿vale?, así que déjeme en paz, lárguese, quiero estar sola. Pienso todo eso mientras oigo alejarse unos zapatos de tacón.

Se hace el silencio.

Después de *Cero*, empieza a sonar un villancico en inglés, «*Silent night, holy night. All is calm, all is bright*». Sí, esto está mucho mejor, porque acompaña esta agri dulce sensación de estar volviendo a casa después de tantos años.

Dejo caer la mirada sobre esa maleta roja y brillante que me compré ayer en los grandes almacenes, para disfrazar mi luto de la ilusión de unas vacaciones sola, de una escapada de renacimiento. Pero no, no he venido a pasar las fiestas. Estoy aquí para ver si la herida cicatriza en mi París y mi sangre puede circular al fin tranquila por un circuito cerrado. No quiero releer mi antiguo ejemplar de *La mujer habitada* y no quiero revisar esos gruesos informes del laboratorio que logré meter a golpes en el bolsillo exterior. Ni siquiera quiero ponerme la ropa que he llevado durante los últimos años, esa ropa anodina que solo sirve para no pasar frío bajo la bata blanca que me acompaña la mayor parte de las horas del día.

Me levanto, tiro el pañuelo a la papelera, me recompongo un poco, me cuelgo a la espalda la mochila con las cuatro cosas importantes y salgo del cubículo, donde dejo abandonada mi maleta, color rojo pasión.

Conozco la ruta de memoria y no ha cambiado. Con el RER y el metro, en menos de una hora, me planto en mi antiguo barrio.

He vuelto pocas veces a la ciudad, pero siempre, absolutamente siempre que cojo el metro en París, me acuerdo de Sergio dormido, casi roncando, y me recuerdo muy joven en el andén de Les Sablons, de madrugada, ante la puerta del tren a punto de cerrarse, gritándole para despertarlo, para que no se fuese solo hasta La Défense, para no volver yo sola al piso en el que entonces

vivíamos juntos. Nos recuerdo un minuto después riendo sentados en el banco de la estación, yo casi ahogándome, él todavía medio grogui.

Hoy bajo en Anatole France. Aquí nunca han encendido guirnaldas navideñas de lado a lado de la calle, siempre vistieron los árboles de esas micro bombillas blancas que en Madrid descubrimos hace relativamente poco. Todavía es pronto y están limpiando el asfalto y las aceras bajo una llovizna brillante. Me siento rejuvenecer, atravesando el barrio sola con mi mochila. Creo que, con un *walkman* y con cinco kilos menos, ahora mismo podría volver a ser la Azul de diecisiete años que se dirigía al Lycée algo antes de las nueve.

No he avisado a Mary Poppins. Quiero darle una sorpresa y quiero comprobar si me reconoce. No he venido a visitarla en siete u ocho años.

Giro la esquina de Voltaire con Président Wilson, cambio de acera y, al cabo de una manzana, ya la veo barriendo el portal con la espalda bien recta y su falda larga hasta los tobillos. Aún hoy se me hace raro creer que no limpie haciendo chasquear los dedos. Ya debe de rondar los setenta. Me mira, claro que me mira, porque ella lo mira todo, pero mi abrigo verde, mi bufanda hasta los ojos y mi gorro hasta las cejas no la dejan verme bien. Sigue barriendo mientras me acerco.

—*Bon jour, Madame Poirier.*

Se gira con cara de haber reconocido algo. ¿Mi acento? ¿Mi voz? Me mira frunciendo el entrecejo y, al cabo de un segundo, me baja la bufanda con las puntas heladas de los dedos.

—*Pour toi, toujours Madame Poppins.* —Se ríe—. Buenos días, mi niña — dice con acento francés mientras apoya la escoba en la fachada y me abraza.

El edificio es estrecho, muy estrecho, todavía más estrecho que cuando yo me mudé. Se trata de una casa de tres plantas con ífulas parisinas. Pese a su pequeñez, reproduce los acabados de los grandes edificios de la segunda mitad del XIX, con esas fachadas sucias y con esos típicos tejados poco inclinados de un gris azulado que solían encerrar las habitaciones para el

servicio y de los que sobresalen mansardas blancas. La pensión de Madame Poirier corresponde a una cascada de herencias y a una adaptación progresiva del espacio. Tiene dos ventanas en cada altura y una sola en el centro del tejado. La planta baja acoge la cocina y un comedor para todos, además de un patio trasero. Arriba, hay dos habitaciones por planta; ella prefiere los huéspedes fijos, como fui yo durante parte de mi curso en el Lycée. Ya hace décadas que reformó la buhardilla y convirtió toda la planta en una sola *suite* con baño propio; una gran habitación con caparazón color marengo, con esa ventana por la que aspiro a sacar mi cabeza de tortuga en los días de sol. Cuando me suelta y consigo respirar, cruzo los dedos y pregunto:

—*Il y a quelqu'un dans la suite du grenier?*

—*T'aurais dû m'appeler. Tu viens comme ça? Pas de valise?*

—*C'est une longue histoire.*

Me invita a pasar. Sin preguntar, me quita la mochila y el abrigo. Ella también se quita el suyo, largo y negro, y lo cuelga todo en el perchero de pie de la entrada, de madera oscura. Ahí sigue también el paragüero donde Mary guarda los paraguas con los que sale a volar para controlar desde el cielo que todos estamos bien.

Pasamos al salón, siempre tan caldeado, con el olor a café impregnado en el papel rosa de las paredes. Todo está igual que entonces: la mesa con su tapete blanco, las ocho sillas de caoba, el piano desvelado, la alfombra roja sobre el parqué castigado, las tres reproducciones descoloridas de bailarinas de Degas enmarcadas en dorado...

Se sienta a mi lado y me planta delante uno de aquellos cafés azucaradísimos, porque lo sabe, porque me conoce y entiende que vengo enferma y que necesito esa píldora suya tan mágica, la que pasa mejor «con un poco de azúcar», como cantaba Julie Andrews en la peli.

Me toco la tortuguita de plata que llevo en el segundo agujero de mi lóbulo derecho justo antes de que me asalte el recuerdo.

Sergio siempre me reñía cuando me veía ponerme tanto azúcar.

—Te vas a poner enferma, Azul, te lo digo en serio. No es solo que engorde, flacucha, es que afecta a la piel, ¿lo sabías?

—Ni idea. Creía que solo te hacía polvo los dientes.

—Mira, si empiezo a hacerte la lista de los motivos por los que nadie debería tomar azúcar...

—Pues no empieces. Déjame disfrutar de mi postre, tío.

Pero cuando nos conocimos no nos hablábamos así. Todavía no. La primera vez debió de decirme algo tipo:

—Oye... Perdona que me meta pero... ¿Sabes que el azúcar no es demasiado bueno para la salud? Es que veo que te has metido como cuatro cucharadas en el yogur y, la verdad...

Al principio de nuestro curso en París, Sergio era así, un zaragozano educado y cultivado que ni siquiera había cumplido los diecisiete. Durante el primer trimestre, todavía se esmeraba en hacerse la raya y se peinaba hacia un lado su corto pelo castaño claro. Como a todos nosotros, aquel año lo cambiaría, y mucho.

Me dejé caer en el sofá, que olía al tabaco de la señora, y puse las botas sobre la mesita de centro.

—Sergio, ¿a ti te habían dicho que seríamos dos en esta casa?

Él, que me había seguido desde la cocina, todavía de pie, negó con la cabeza, mientras yo me metía en la boca una cucharada a rebosar de exquisito yogur.

El Lycée Espagnol de París era algo así como una embajada, territorio español en un barrio parisino. Allí asistía tanto la hija del cónsul como el hijo del portero de escalera extremeño, tanto el hijo de la directiva de Renault desplazada por un año a la central como la hija del futbolista gallego fichado en Francia. Incluso algún latinoamericano. Y después estábamos los pijos enviados por los papis a aprender francés, pero sobre todo, a aprender *muchas cosas de la vida*.

La administración del instituto había buscado una *familia* para acogerme y

había prometido que yo sería la única huésped, para garantizar mi aprendizaje de la lengua. Pero no, a los dos nos habían vendido el mismo cuento. Madame Avarice —así la llamábamos— vivía sola, nos llenaba el congelador de comida precocinada y nunca, nunca, nunca hablaba con ninguno de sus dos estudiantes españoles. De hecho, incluso después de comenzar las clases y durante un par de semanas, pese a estar en clases separadas, porque él era de letras y yo supuestamente de ciencias, Sergio fue mi único interlocutor.

Bueno, vale, Sergio y la cabina de la esquina, desde la que cada tarde, sin excepción, yo llamaba a Gato.

3. Creo que me pondrán a empezar de cero

Me despierta el olor a repostería francesa de Madame Poirier, con mucha mantequilla, dulzona. ¿Puede el aroma de sus cruasanes mágicos trepar tres pisos por esa escalera imposible? No, seguro que no ha subido solo.

Me desperezo. Voy en bragas y con la camiseta interior que llevaba ayer bajo la ropa. Quedó muy bonito como declaración de intenciones, eso de abandonar la maleta en el cubículo de un váter de aeropuerto, pero tendré que salir de compras hoy mismo. Pienso pulirme la paga extra de Navidad en Lafayette. Me lo merezco. Me lo merezco mucho.

Ayer no salí de la pensión. Llovió todo el día. Me lo pasé persiguiendo a mi institutriz, que se movía como una exhalación haciendo camas, cocinando, pasando un trapito por aquí y por allá. Le resumí los últimos años: mi aborto espontáneo, el segundo divorcio, mi ascenso, la nueva hipoteca en Malasaña... y de paso fui quitándole el polvo a mi francés. Ella solo emitía breves vibraciones de las cuerdas vocales mientras asentía sin apartarse de sus tareas, pero en algún momento se detuvo a apretar mi mano fugazmente. No hacía falta decir nada. Ella sabe que yo, a veces, solo necesito largarlo todo y después dormir trece horas seguidas. A comer sí que nos sentamos, a eso de las doce y media, con algún otro huésped, pero me subí a dormir a las siete, antes de la cena.

Aparto el edredón de florecitas, me incorporo y pongo los pies en la moqueta color mostaza. Arrugo los dedos varias veces para sentir la suave rugosidad del suelo. Debería poner moqueta en mi piso de Madrid, pero siempre me pareció una guarrada.

Junto a la cama hay una mesilla de noche y, a lado y lado de la ventana,

cubierta de una cortina blanca opaca, una mesita redonda con un par de sillas con brazos y un tocador con espejo ovalado, todo lacado en blanco. En una esquina, un biombo de un rosa algo más subido que el de las paredes da intimidad a un rincón alicatado con azulejos verde manzana y con suelo de linóleo del mismo tono exacto; hay allí un váter, una pequeña pila, una bañera de las de patas doradas y un espejo de pie. Me levanto y me acerco a abrir el grifo del agua caliente.

El olor a desayuno me sigue llamando y abro la puerta. En el suelo, una bandejita de plata me ofrece un *café ou lait* y un par de cruasanes. *Merci*, Mary Poppins, maga donde las haya. Me lo llevo a la mesa y lo devoro sin contemplaciones.

La bañera humea. Todavía con el último bocado en la boca, me acerco, cierro el grifo y empiezo a desnudarme.

El espejo me llama.

No.

No pienses en Gato ahora. No pienses en Gato mientras te quitas esa poca ropa y miras tu reflejo y te ves entera, pero incompleta, menos tersa que entonces. No te sospeses los senos con las manos, no te pellizques la tripa, no te repases las caderas con las palmas, no recorras el interior de tus muslos con las yemas de los dedos. Estás sola. Has fracasado. No sueñes con ninguno de ellos. Los has echado a todos a patadas. No sirves para el amor verdadero. Gírate. Date la espalda. Ahora.

No. Lo que tengo que hacer es darle la vuelta al espejo y ponerlo contra la pared, así. ¿Quién quiere mirarse, eh?

No llores.

No tengo joyas que quitarme. Solo mi tortuga, y esa ya forma parte de mí.

Me meto en la bañera. Me sumerjo y me trago las lágrimas.

Mi primer despertar en París. Diecisiete años y todo el curso por delante. Faltaban dos días para empezar las clases. No quería ducharme. Quería dejar

pegado a mi piel el sudor que Gato me había arrancado. Esperaba conservar, adheridas a mí, todas las células posibles de su epidermis. No pensaba quitarme la camiseta. Ni siquiera quería cambiarme las bragas.

Suspiré entre las sábanas amarillentas. No podía dejarme vencer por el recuerdo, tan reciente, ni por lo lejano, tan y tan cerca. Debía empezar mi paréntesis con una sonrisa o me hundiría en la miseria.

Todo olía a tabaco rancio.

No tenía hambre.

Me incorporé y puse los pies en la moqueta verde. Arrugué los dedos varias veces para sentir la áspera rugosidad del suelo. Qué asco, estos franceses, menuda idea, forrar el suelo con un paraíso para ácaros.

Abrí el ventanuco, que daba a un patio interior feo, a ver si entraba algo que no fuesen olores de desayunos de otros.

Recuperé de la silla plegable los vaqueros mal cortados y me los puse. No me abroché los botones de la bragueta; estaba acostumbrada a ir por casa medio desnuda. La señora me había dejado una toalla blanca raída y minúscula; con eso yo no tenía ni para el flequillo. Me la colgué al hombro y salí de mi zulo. La puerta del baño dibujaba un ángulo recto con la mía. La abrí sin llamar, porque la había oído marcharse muy temprano.

Casi me lo como.

Allí estaba, esa superespalda perfecta e inmensa. En dos segundos decidí que no era mi tipo, así tan rubito y de belleza tan estándar. Pensé en Gato, flaco pero mucho más alto que quien tenía delante, que era de mi estatura. Al girarse, se le cayó la toalla que llevaba alrededor de la cintura a los pies y se quedó desnudo. No miré, lo prometo. Incluso dije:

—*Excuse-moi.* —Después cerré la puerta.

Se me quedaron grabados en la retina aquel par de ojos sencillos, sinceros, tan normales, de un marrón translúcido.

¿Quién narices era? ¿Un hijo de quien no me había hablado? ¿Un ligue demasiado joven?

Volví a mi habitación y me dejé caer en la cama. Le oí abrir el agua de la ducha. Me reí sola. Ni siquiera sentía vergüenza. Algo en él no había permitido que me creyese culpable de nada. Me quedé allí mirando el techo sin atreverme a salir. Mi francés era un desastre todavía y, ¡yo qué sé!, ¿qué iba a decirle?

Llamó a mi puerta entreabierta al cabo de unos minutos. Le precedía un aroma a desodorante masculino que todavía hoy, cuando me llega de algún lado, me transporta hasta él, aunque seguro que ya ni lo usa. Solté, flojito:

—*Oui?*

—¿Puedo pasar?

Me medio incorporé y me giré sin levantarme.

—¿Eres...? ¿Quién eres? ¿Hablas castellano?

—¿Puedo pasar?

—Claro, sí, pasa, pasa.

Empujó un poco la puerta y entró solo un par de pasos. Ya se había vestido.

—Siento si te he asustado —dijo.

—No, hombre, perdona tú. No pensé en llamar. Creí que estaba sola y...
¿Vives aquí?

—Llegué del aeropuerto de madrugada. Mi vuelo se retrasó.

—¿De dónde eres?

—De Zaragoza. Me llamo Sergio. He venido a estudiar el COU en el Liceo.

—¿En serio? Yo también. Azul. —Extendí mi mano y se acercó a estrechármela—. Siéntate. —Di unas palmaditas sobre la cama deshecha.

—No, tranquila, estoy bien.

Me entraron ganas de sacudirle los hombros enormes y tensos, de despeinarlo, de hacerle cosquillas. Estaba allí plantado, duro, respirando superficialmente, al lado de una desconocida que iba en tirantes y sin sujetador, con la bragueta desabotonada, con la melena hecha un cisco.

—Creo que estoy en el A —dije—. ¿Tú?

—No. Soy de letras puras. En el D. Coincidiremos quizás en clase de

francés. ¿Tienes mucho nivel?

Solté una carcajada.

—Creo que me pondrán a empezar de cero.

Sonrió, como alegrándose de no tener él tampoco ni idea de la lengua.

—¿Te vas a duchar? —¿Por qué me preguntaba eso?—. Perdona. Lo siento.
—Se había puesto rojo—. Me refiero a que si quieres ya tienes el baño libre.

Los párpados se me bajaron solos. Gato. Su piel dorada. Enjabonarle las piernas. Enjuagarle el pelo. Masturbarle en la ducha y no saber cómo. Dejarme limpiar por él. Su canción al oído, con el agua de fondo. Mi suspiro.

—No. Creo que ya no tengo ganas de ducharme.

Sergio salió de mi habitación y se metió en la suya, dando por inaugurado el arco imaginario que unía nuestros dos microuniversos parisinos. O a lo mejor solo era uno, unido por dos metros de pasillo, sí, un microuniverso enmoquetado para dos almas adolescentes perdidas en París.

4. En la puerta de Lafayette Haussmann

Lo llamaré Donky, porque me da que es más pesado que el asno de *Shrek*. Y me da igual que no tenga orejotas, que no enseñe unas palas descomunales cuando habla, que no vista de gris, que se llame Carlos y quiera que le llame Charlie. Lo he llevado pegado al culo durante todo el santo día.

Ahora mismo Madame Poirier comparte el primero con un viudo que se instaló hace unos tres de años en la que fue mi antigua habitación; en el segundo hay un par de parejas italianas que han venido a pasar las fiestas; y en el tercero viven una Erasmus finlandesa que estudia medicina y Donky, el plasta, justo debajo de mi *suite*.

Los he encontrado a todos desayunando alrededor de la mesa.

—*Bon jour*.

—*Bon jour, ma chérie* —me ha respondido Mary Poppins, que taconeaba por la sala, yendo y viniendo cargada de pastelitos y de jarras de porcelana.

Él se ha levantado como si de repente su silla quemase.

—¿Azul? ¿Sos Azul? —Se ha acercado a estrecharme la mano—. Vaya, ya veo que sí. Qué lindos ojos. —Reconozco que los argentinos siempre me caen bien a la primera.

Pero no, en realidad mi madre me puso el nombre antes de ver el color de mis iris, que le confirmaba quién era mi padre, a quien por supuesto no conozco. Todo eso pienso cada vez que alguien me sale con la cancioncita de: «Qué ojos tan bonitos, de ahí tu nombre, ¿no?». Pues no.

He sonreído amablemente. Tenía delante a un joven delgado y de mediana estatura. Su pelo lacio, largo y escalonado le medio cubría la cara. Llevaba un arito de plata en el lóbulo e iba vestido de un negro elegante, aunque solo

fuesen unos simples pantalones y un jersey con cuello de pico.

—Soy Charlie. Estudio en el Lycée Espagnol. Ya sabés: aprender francés y *muchas cosas de la vida*. —Me ha guiñado un ojo. Vale, eso me había hecho gracia—. Me ha dicho Madame Poirier que vos también pasaste por eso, que también te costó un poco al principio y que hablar con vos me iría bien, y también es que, ¿sabés?, siento que necesito hablar un poco de castellano porque en el instituto tampoco es que... Bueno, y que mi francés... —Gesticulaba sin parar con la mano libre, porque con la otra seguía agarrado a mí. No me soltaba.

—Te sientes solo.

—Pues...

—Y quieres que yo cargue contigo.

Soy una borde. No debería haber dicho eso. Donky ha dejado caer mi mano mientras nuestra institutriz me ponía la suya en el hombro y le decía:

—*Excuse-la. Elle va plus mal que toi, maintenant.*

¿Yo? ¿Peor que ese pirado?

Vale. Me he tragado mi necesidad de soledad y de aislamiento y he dibujado una sonrisa, pero pequeña, para que no se confiase; una sonrisa justita que yo no viese desde dentro, que no me acercase a él, que no me recordase cómo llegué yo a la pensión entonces, partida en dos, con los pies helados.

No quiero que nadie se coja a mí como a una farola, como a un semáforo, como a una señal de tráfico. En estos momentos no soy buena para sostener a nadie. Quizás nunca lo he sido. Lo he parecido a veces, pero al final todos los que se aferraron a eso se cayeron al suelo, sobre todo en días de lluvia, y cuando se levantaron se encontraron con la ropa mojada y sucia de barro, y se quedaron tirados en el arcén, mirando a izquierda y derecha, buscándome, y yo ya no estaba allí.

Este chico tiene cara de necesitar una barandilla adhesiva a la que agarrarse con ambas manos, para que pueda mirar abajo y no tirarse.

—Te vienes conmigo —he decretado.

—¿Qué?

—De compras. Recoge tus cosas. Necesito un asesor de imagen, y parece tener buen gusto.

Mary Poppins ha apretado un poco su mano en mi hombro a modo de «*très bien, ma petite*» y después me ha soltado.

A media mañana, por fin ha dejado de llover. Madame Poirier ha abierto la puerta blanca que da al patio y el comedor se ha inundado de frío y de olor a tierra húmeda durante unos minutos. Donky y yo nos hemos puesto en marcha, yo con mi abrigo verde, él con una gabardina negra.

En nueve paradas y un trasbordo nos hemos plantado en los grandes almacenes. Salimos del metro mientras nos recolocamos bufandas y gorros de lana.

Estupendo, bien, sigue allí, bajo el techado de la fachada. Quizás no sea el mismo, o sea su heredero, o haya pagado el traspaso, pero en la puerta de Lafayette Haussmann sigue habiendo un tipo haciendo creps. Me da igual que sea casi hora de comer y no de merendar: «*Nutella et banane, s'il vous plait*». Invito a Donky a otro de beicon con queso. Nos los comemos de pie, él hablando con la boca llena sobre profesores que yo debería recordar, como si no hubiesen pasado veintitrés años, como si en el Lycée la mayoría de las plazas no fuesen rotativas, y yo escuchando, como si escuchar que han reformado el edificio no doliese como cortarse una oreja a lo Van Gogh.

Entramos relamiéndonos mientras nos pasamos una servilleta de papel por los morros. Para él es la primera vez, y su boca abierta me impide pasar por alto el esplendor del interior del gran comercio, una joya de finales del XIX, recargadísima, para mí tan familiar. La inmensa sala redonda se eleva y se pierde hacia arriba, arriba, arriba, hasta esa increíble cúpula de vidriera azulona y lilácea. Del centro cuelga estos días un árbol de Navidad inmenso, sin tronco, que sobrevuela nuestras cabezas, adornado con bolas color fucsia y lazos dorados. Sobre la planta baja, se levantan tres alturas de pasillo circular

a modo de balcón rematado por arcos floreados dorados y barandillas negras de un rococó no superado, como los palcos de un teatro sin escenario en el que todo el mundo interpreta un papel.

Procedemos como en las pelis, a lo *Pretty Woman*, pero ni yo soy puta ni él es rico. Me trae faldas y blusas, mete la cabeza por la cortina de mi probador, asiente, niega, propone ropa interior, pone morritos, elige por mí pantalones estampados, se emperra en ponerme guapa y yo no quiero, no quiero verme guapa, solo quiero borrarame, vestirme de una tela camaleónica que me camufle entre la gente, entre el asfalto y el cielo gris.

Odio los espejos.

El hilo musical da por saco con villancicos en francés que me pican en la piel. Deben faltar pocas horas para que mi madre me llame y me pregunte si iré a la cena de Nochebuena acompañada, y yo tendré que decirle que este año cena sola, o que se busque un ligue, o que se vaya de farra con sus colegas divorciadas del gimnasio.

En fin. Algo tengo que comprar, y veo que Donky anda con la lengua fuera intentando satisfacerme, así que accedo, accedo, accedo, «Vale, sí, esto también me lo quedo», «Azul, por favor, no dejés de comprar este pulóver, que está relindo», y salimos de Lafayette con dos bolsas por mano.

El golpe de frío de la calle trae consigo el perfume caliente de un crep en proceso de cocción. El tipo de la crepería ambulante está de espaldas; con la mano izquierda extiende la masa sobre la plancha circular mientras con la derecha casca un huevo.

Un, dos, tres, crac.

Que no se me olvide que he venido a París a lo Sabrina, a aprender a romper huevos con una sola mano, porque un huevo no es una piedra, porque no está hecho de madera.

A lo Sabrina. Para salir del cascarón.

—¿Sabes, Charlie? Mañana intentaré apuntarme a un curso de cocina por Levallois.

—Me parece maravilloso. Este... Escuchá, Azul. ¿Viste *Sabrina*, la película?
Es de mis favoritas y ahora me hiciste acordar.

Creo que mi Donky y su Sabrina van a entenderse bien.

5. Mi nuevo Lycée

Empujo la puerta, una cuadrícula de madera blanca que sostiene ocho cristales, a juego con el ventanal que hace de fachada del local.

Mi nuevo Lycée es una planta baja, amplia y bien iluminada, con diez mesitas y treinta sillas, cada una de su estilo, su color, su altura y su cojera particular. El suelo es de un parqué claro y las paredes están forradas de papel con cenefas verticales en colores pastel y decoradas con fotografías de manos que cocinan. Al fondo, una barra hace de expositor de pasteles bajo cúpulas de cristal y separa el espacio de los clientes de la cafetera y de los estantes repletos de botecitos de infusiones, de granos de café, de cacao molido...

Es un curso intensivo navideño hasta fin de año, un par de semanas. Me dijeron que solo era necesario traer un delantal. Madame Poirier me ha prestado uno con un estampado de magdalenas.

Son las cinco menos cuarto y creo que soy la primera. El dueño está atendiendo a unos clientes, pero me reconoce de cuando he venido a inscribirme esta mañana y, con un gesto, me da permiso para entrar. Paso por la izquierda de la barra y me cuelo en el taller de repostería.

Hace veintitrés años y tres meses, mochila al hombro, Sergio y yo atravesamos codo con codo la verja del Lycée. En dos días se había convertido en mi hermano y en mi mejor amigo. Había conseguido que me duchase, aunque no fui capaz de deshacer todos los nudos de mi pelo. No se lo había dicho, pero a él le debía el haber sacado fuerzas de flaqueza para quitarme las bragas y lavarlas. Era majo. Yo seguía anclada a mi Luis y a mi Gato —y a mi Blanca pese a todo—, pero intentaba susurrarme a mi propio oído que tenía que

cogerme a algo más, y me había cogido a Sergio.

Avanzábamos lentamente, mientras por derecha e izquierda nos adelantaban aquellos que se convertirían en nuestro colchón, aquellas almitas también medio perdidas que ahora recuerdo como piezas imprescindibles del puzle hoy medio roto de mi vida. Debería haberle dado la mano, creo recordar haber querido hacerlo, pero no quise enviarle mensajes equívocos, y además sentía los ojos verdes de Gato en mi cogote, acompañándome, y sus labios oscuros cantándome aquella canción esponjosa.

Tras pasamos la puerta del edificio y nos acercamos al corcho que muchos desorientados miraban. Alguien acercaba el dedo tembloroso a un listado, leía su apellido en voz alta: «Este soy yo», seguía con el dedo por el papel hacia la derecha y encontraba su número de aula: «Vale». Eso mismo hicimos nosotros.

—Segundo piso, Azul.

—¿Yo también?

—Los dos.

Bien. Al menos podríamos charlar en los descansos.

Subimos.

Arriba, solo señaló mi aula y me dio un beso en la mejilla, el primero de muchos.

Entré y me senté en segunda fila, al lado de la ventana. Fuera, el viento mecía las hojas de los árboles. Me crucé de brazos para tapar la camiseta de Frida Kahlo que me había puesto para caracterizar mi personaje.

Me estaba haciendo un autohomenaje, como si imitase a la actriz que yo misma había sido tres años antes, cuando empecé primero en el instituto de mi barrio.

Yo era la hija de la pija de la tienda de decoración y Blanca era la hija del panzudo del ultramarinos. Habíamos jugado de pequeñas, en la calle o en el patio trasero del negocio de su familia y, al reconocernos, decidimos tácitamente sentarnos juntas: primera fila, columna central, alma de delegadas. No haría falta discutir; en seguida vi que la líder sería ella y no tuve ningún

problema en cederle el podio. Teníamos catorce años y yo ya iba de Frida por la vida.

El que desde la última fila nos tiraba bolitas de papel ensalivado a través del canuto de su boli Bic era Luis, que entonces llevaba los rizos a su libre albedrío, no como hoy en día, que lleva la cabeza rapada porque está medio calvo y una barba anárquica demasiado larga. No había quien se despegase del pelo esas bolitas asquerosas. Blanca intentaba quitármelas a mí, y yo a Blanca, pero no había manera.

Entre los tres se formó en seguida un triángulo isósceles superestirado, superestrecho, superacutángulo, que ha ido pasando a equilátero y a escaleno para volver a isósceles, y así vuelta a empezar, en un bucle que ya dura un cuarto de siglo. Y eso sin contar a Gato, que la lió mucho, pero que mucho.

Cuando vuelvo a ser la Azul de cuarenta años, me sorprendo cortando la masa del cruasán en un triángulo irregular y puntiagudo. La profesora de cocina, una joven rubia de pelo lacio a ras de hombros, ha indicado que cortásemos isósceles no demasiado pronunciados, y al mío le falta poco para parecer un arma blanca. Me encuentro clavando el cuchillo en el hojaldre con fuerza suficiente como para rallar el mármol de debajo. Tengo los nudillos blancos y creo que he dejado de respirar. Salgo de mis recuerdos, bajo los hombros, relajo la mano e inspiro.

Levanto la cabeza. Somos cinco parejas de alumnos. La profe está ayudando a dos abuelitas idénticas a enrollar la masa, «doucement, doucement». Las gemelas se ríen por debajo de la nariz y asienten con la cabeza. Llevan sendos delantales blancos con volantes por todas partes.

Me sobresalta una palma caliente sobre los nudillos, ya más distendidos. Me había quedado anonadada con los dulces bailes de dedos de las ancianas. Sobre mi mano, una mano masculina me pide el cuchillo sin palabras, solo con el tacto seco y blanco de la harina. Se trata de una mano algo peluda, pero solo por la zona más externa del dorso, de dedos largos y firmes, muy rectos, y

uñas bien cortadas. Algo sin nombre, quizás una torpe mariposa de cristal, sube desde mi tobillo hasta mi muslo por el interior de la pierna. ¿En qué piensas, idiota? ¿No ves que podría ser tu padre?

Me pillo calculando, restando, y no, seguramente para ser mi padre tendría que haberme tenido a los dieciséis o algo así, qué exagerada, ¿cómo va a tener la edad de mi padre? Aunque en realidad me llevo veinte con mi madre y no sé si el del espermatozoide rebelde salió corriendo o lo echaron a patadas, así que quién sabe si mi padre podría tener o no la edad de mi compañero del curso de repostería. Lo que sí que me parece improbableísimo es que mi padre pueda parecerse tanto, pero tanto, a Jeffrey Dean Morgan. Y Adrien se le parece en todo: en la altura considerable, en las piernas delgadas y, ¿qué digo?, en el tipazo en general, en la manos perfectas, en el pelo a lo «paso de peinarme», en la barba canosa bien arreglada y en esos hoyuelos de las mejillas que... Eso... Va a ser muy duro resistirse a eso. Ese par de hoyuelos cada vez que sonríe va a ser muy complicado de ignorar.

Lo miro. El muy malote me está sonriendo sin apartar su palma estuosa de encima de mis dedos. Por fin se decide a hablar.

—*Pouvez-vous me passer le couteau, si'l vous plait? J'ais l'impression que vous allez vous faire du mal.*

Y encima me habla de *vous*. Un Jeffrey Dean Morgan hablándome de *vous*, pidiéndome el cuchillo con acento de parisino maduro, arrogante pero con sorna, con hoyuelos en las mejillas, tensando los párpados inferiores como para enfocarme mejor. Si no fuera por su disfraz de cocinero... Pero no, no puedo ni pensar siquiera eso, porque hasta el delantal, negro y bien planchado, suma elegancia a su estilizado porte general.

Y yo aquí, con el pelo enharinado porque me he hecho el moño a medio amasar. Y él que sigue mirándome, y yo que por fin me escapo de mi tornado mental, y se lo entrego sin mover ni un músculo de mi cara de yeso.

—*Merci, mademoiselle.*

Y encima *mademoiselle*.

Solo espero que la mariposa de cristal no sea una de esas tantas que se me hacen añicos en cuanto me llegan a la boca y cogen color. No tengo intención de encontrar en París al hombre de mi vida, todavía no, pero a ver si ahora que Gato ha desaparecido de mi circunscripción de manera irreversible aprendo por fin a disfrutar de algo, de lo que sea, de lo más simple, aunque solo se trate de mirar un par de hoyuelos.

6. *Sauvez-moi, Adrien*

Gato ya andaba entre las sombras. Nosotros ya estábamos en tercero y él era David, el guapito de segundo que iba componiendo canciones facilonas a la hora del recreo con una guitarra de segunda mano para la que había estado ahorrando media vida, porque su padre pasaba de apoyarlo; todo eso te lo contaba él del tirón, sin que le preguntases. El apodo Gato Negro empezó a oírse entonces, supongo que por su piel, más oscura que la media, pese a no ser de otra raza, pero creo que sobre todo por esos ojos verde claro que parecían brillar en su rostro casi mulato, y por su forma, con los extremos visiblemente más elevados que los lagrimales.

Como nosotros nos movíamos en triángulo, me costó verlo. Cuando dos avanzan solos, a veces es fácil juntar los hombros y caminar hacia adelante, mirando al frente. Eso, en triángulo, es mucho más difícil. El vértice de un triángulo amistoso siempre tiende a mirar hacia adentro, a controlar a los otros dos, a ver qué hacen entre ellos. Luis no era guapo, y los tres teníamos un puntito bisexual, o al menos ganas de probar cosas distintas, así que mi miedo más grande no era que Blanca se liase con Luis y yo tuviese que buscarme a otro; aunque teníamos nuestros líos dentro y fuera del triángulo, mi mayor temor era quedarme sin amigos.

Faltaba muy poquito para que Gato empezase a tirar de mi vértice, a estirar, a tensar dos de los lados del triángulo hasta romperlos y llevarme consigo, engullirme, y dejar a Blanca y a Luis solos, mirándose entre ellos, sin saber qué decirse. Faltaba poco, sí, y Luis se percató y empezó a hacerme ojitos; Blanca reaccionó algo más tarde.

Aquel día Gato estaba solo, sentado en el suelo del paredón. Solía estar

rodeado de sus amigos de segundo y de las chicas de primero, pero el timbre que avisaba de que había que volver a las aulas ya estaba acabando y el patio había quedado medio vacío. Un sol de finales de invierno bañaba el muro. La sombra de Gato y del mástil de su guitarra se alargaba por el cemento del margen de la pista de baloncesto. La verdad era que me tocaba inglés y que yo ya tenía media cabeza en Francia y, de hecho, ya había cogido la mochila, cosa que habitualmente no hacía para salir al patio. La verdad era que nos conocíamos poco más que de vista pero que no había nadie más en el horizonte y decidí acercarme para entretenerme un poco. Estaba cerrando ya la cremallera de la funda del instrumento cuando se dio cuenta de que yo me aproximaba.

—Vaya, ¿ya te vas? —le solté—. Pensaba que te quedabas un ratito aquí dándole a las cuerdas. Venía a hacerte los coros.

Era broma, pero se rió por compromiso. Creo que fue la primera vez que le hablé a solas. Habíamos compartido algún corro pero, aunque él soliese ser el centro de muchos de ellos y aunque él y yo nos llevábamos medio año, los *mayores* tendíamos a evitar a los *pequeños*.

—Iba a... Hoy ha nacido una niña refugiada. —Me alargó un periódico que llevaba medio enrollado en la mochila—: Mira.

Leí, todavía de pie: «Ana, de seis días, se ha convertido en la refugiada bosnia número 104 del albergue Numancia, de Leganés, y la primera en nacer en la Comunidad de Madrid. La pequeña, que pesó 3,400 kilos, se encuentra desde el pasado lunes en el albergue, donde se ha convertido en una pequeña estrella».

Le devolví el canuto de papel arrugado.

—¿Y? —Era muy propio de él, interesarse por temas socialmente delicados, pero quería oírlo de sus labios.

Mientras se levantaba, se sacudió el culo de los vaqueros con las manos y dijo:

—Quería pasarme por allí.

—Pero, ¿los conoces de algo?

—No. Mi tía trabaja en el albergue. Quería acercarme porque... Bueno... Me gustaría hacer una canción sobre Ana.

Sonreí. Era consciente de que el sol que me daba por la derecha debía de estar resaltando mis colores: el negro negro de mi pelo, el blanco blanquísimo de mi piel, el cobalto de mis ojos, a juego con mi cazadora vaquera con borreguito, y mis pantalones carmesí. En aquella época me importaba un comino si el sol acentuaba también mis defectos; eso vino después, meses después.

—Es una idea preciosa —concedí.

—Ya lo sé. —Se dio cuenta de su propia chulería al ver mi ceja arqueada y se rió. Lo que dijo después me pilló desprevenida—: ¿Vienes?

Pero decidí no parecer impresionada y vacilarle un poco.

—Oye, David, no nos conocemos de nada. ¿No tienes amigos?

—Claro que tengo amigos, venga, ya lo sabes... Azul, ¿verdad?

—No tienes que impresionarme. Te voy a acompañar igual, *venga, ya lo sabes* —repetí imitando su tono de suficiencia.

Metimos las manos en los bolsillos de las cazadoras y salimos del centro casi juntado los hombros.

No hay quien cocine así. Mi compañero del curso de cocina y yo seguimos a rajatabla las indicaciones de la profesora, pero cuando corto el queso a dados, cuando tamizo la harina, cuando añado la leche, cuando bato, cuando lo pongo al fuego... me cuelgo intentando contar las veces que conseguí juntar a mi triángulo con la panda de Gato para salir todos juntos y así intentar adivinar si sus ojos brillaban en la oscuridad. Después me pellizco la mejilla y me digo: «Azul: París, Navidad de 2016, espabila, tienes ya cuarenta tacos», y me doy cuenta de que tengo delante a mi Jeffrey Dean Morgan, que añade el queso y enfría la mezcla, que suma yemas rotas, que mezcla blanco y amarillo, y que me mira y me dice sin hablar: «*Regardez, mademoiselle*, qué par de hoyuelos

le traigo». Entonces yo tiro toda esa especie de bechamel informe sobre las claras que él se ha pasado media clase montando y me imagino en el bol, revuelta con un gato gordo y blanco y sin uñas, y recuerdo las calles de un Madrid sin luna, la casi primavera del 93, a Gato arrodillado ante un perro abandonado diciendo «Azul, espérame», al grupo alejándose y metiéndose en un antro, en nuestro antro por debajo del nivel del suelo, me veo de rodillas con él, mirando al perro, postrada junto a aquel joven tan abandonado, mientras Adrien mezcla las claras con el resto con un cuidado exquisito, y pienso que Gato, en el fondo, ya era un chico muy triste antes de que yo...

—*Ça va être délicieux, ma petite Bleu.*

Me gusta, suena bien, eso de Bleu. Dicho por él tiene su gracia. Y agradezco que me haya rescatado y me haya impedido recordar aquellos tiempos de superheroína en que yo solo sabía amar salvando.

Para nada, no, sus ojos no brillaban en la oscuridad.

En la opacidad nocturna, Gato no era más que un cachorrito indefenso que maullaba débilmente. No necesitaba beber para ponerse a largar sobre su padre viudo, sobre su madre muerta hacía demasiado, sobre esa nueva madrastra propia de un largometraje Disney y sobre su necesidad imperiosa de poner música y letra a cada una de sus penas. Ahí fui donde yo me perdí de manera irreversible. Yo no me hubiese descarriado por un guapito que lideraba corros en el patio rascando acordes mayores. Yo desaparecí para correr a pillar al vuelo cada centímetro de sombra que acechase a mi gatito negro.

Me desintegré entonces y ya no he vuelto a ser yo. Lo he intentado, lo juro, incluso me casé dos veces e intenté reproducirme, como toca, pero hasta que no he sabido que Gato está por fin en buenas manos, en manos de esa chica *tan maja*, no me he dado permiso para poder decirle a alguien:

—*Sauvez-moi, Adrien.*

—*Pardon? Avez-vous dit quelque chose?*

Que me salves, te digo.

Bajo los ojos al suelo, me toco la tortuguita de plata del segundo agujero de mi lóbulo derecho y después hago como que miro el horno.

—Nada. Que me enciendas la luz para ver cómo van nuestros suflés, ¿quieres?

Se ve que entiende algo el castellano, porque lo ha hecho, ha encendido la luz del horno. Ahí está, junto al de él: mi supersuflé, subiendo, hinchándose, creciendo. A nuestras espaldas, la profe nos felicita por el trabajo bien hecho.

Al acabar la clase, Adrien me pone el abrigo y las gemelas se ríen por debajo de la nariz mientras cuchichean sobre nosotros. Salimos de mi nuevo Lycée cada uno con un suflé en la mano, yo elevando la barbilla mientras pienso que Madame Poirier estará orgullosa de mi maña culinaria. Él no pregunta, yo no respondo, pero camina a mi lado y entiendo que me está acompañando a la pensión. Pregunta con los ojos en las esquinas y yo le indico la dirección con un golpe de cabeza. El frío se me clava en la cara y tengo una estalactita de hielo clavada en el pecho. Me tiembla la respiración. Adrien cambia el suflé de mano para pasar su brazo por detrás de mis hombros. Apoyo mi cabeza en su corazón e inspiro el aroma a queso fundido. Me ha entendido, aunque se haya hecho el tonto. *Sauvez-moi, Adrien.*

7. Bajar las escaleras

Por supuesto que lo he pensado, releer mis diarios de mi estancia en París con diecisiete años, o comprar una libreta en blanco y empezar de nuevo, pero no me da la gana. Los diarios antiguos están en casa de mi madre, en una caja que contiene también como ochenta cartas de Gato abrazadas por una cinta roja muy cargante que no las suelta. Y sobre lo que vivo ahora, ¿quién quiere recordar algo? Bueno, vale, ya lo sé. Entonces sí, de tan joven, creía que escribía para recordar leyendo; pero ahora ya sé que si una escribe es para *hablar consigo misma*, para *reflexionar*, para *verse por dentro* y toda esa mierda.

En mi zulo del piso de Madame Avarice, durante aquel otoño del 93, yo tomaba nota de todo. De la luz sosa y grisácea que se colaba por el ventanuco, del canto tímido de un pájaro perdido, de cada mota de polvo y de cada frase de Sergio. Redactaba con disciplina de niña y con mi buena letra lo vivido durante la semana y lo descubierto durante el *week-end*. Y dialogaba también con la soledad. Papel soledad. Boli soledad. Tomaba consciencia por primera vez en la vida de que la gente que me amaba, mi gente de Madrid, había creado a mi alrededor y por debajo de mis pies una nube de miel vaporosa y de muelles forrados de algodón. Y Sergio era buen tío, pero no era lo mismo.

Por las tardes, antes de la cena, mi compañero de piso, a veces, llamaba a mi puerta y esperaba. Si yo no respondía, decía:

—Vale, lo pillo, estás escribiendo. Si acabas vente a mi cuarto un rato con la guitarra, ¿vale?

Pero al principio yo no iba casi nunca; me quedaba en mi habitación componiendo canciones sin cejilla, porque los acordes con cejilla no podían

sonarme peor. Musicaba poemas de Blanca, o me inventaba mis letras sobre Gato, o silbaba o apretaba los labios y lloraba o tiraba la guitarra sobre la cama y daba un puntapié a la pared.

—¿Qué te pasa, Azulona? ¿Puedo entrar?

Por supuesto que no podía entrar. ¿Entrar a qué? Me bastaba con mi diario quejoso, con la guitarra que mi tío me había dejado para que echar de menos a Gato fuese mucho más penoso, y con mi método de segunda mano: *Aprende a tocar la guitarra por tu cuenta en cinco días, aunque vivas en un zulo de Neuilly sin resonancia y sin amor.*

Tenía una guía de París con un montón de páginas dobladas por la esquina superior y con subrayados de amarillo fosforito. Quería verlo todo. Verlo no, vivirlo. Y no la compartía con nadie. Tampoco ayudaba mucho que Madame Avarice desconectase el teléfono cuando se iba, para que no pudiésemos hacer llamadas; más de una vez me llamó algún compañero para ir a un concierto y al día siguiente me dijo en clase que mi número comunicaba siempre. El caso es que yo cogía mi guía y me largaba sola en metro a visitar templos budistas y bosques de la otra punta de la ciudad, como si no tuviese al lado el Bois de Boulogne, como si Sergio no existiese. Me pasé un sábado entero merodeando por el jardín del Musée Rodin, intentando adivinar en qué pensaba *El pensador*. A última hora, cuando ya empezaba a refrescar, me planté ante *La puerta del infierno* con las manos en los bolsillos de mi *bomber* a esperar, pero nada, no se abría; pensé que quizás, pese a todo, no era tan mala, que el abandono que sentía Gato no era solo culpa mía, y que Sergio no me estaba pidiendo nada que no me apeteciese.

No me he traído la guitarra, y si se me hubiese ocurrido hacer la tontería de subirla al avión habría corrido la misma suerte que mi maleta roja supernueva, que debe de estar pudriéndose en la oficina de los *objets trouvés* del aeropuerto. Tampoco he traído mi guía, aunque todavía la tengo en casa, como un talismán. Lo cierto es que no la necesito para recordar cuáles son mis

rincones favoritos de la ciudad.

Claro que entiendo que pueda parecer una vulgaridad, porque se trata del sitio más visitado del planeta, pero uno de esos lugares preferidos es la tercera y última planta de la Tour Eiffel. Porque tiembla y porque da vértigo. Tiembla por el viento, y tu cuerpo tiembla por fuera, y un poco por dentro, y cuando el viento es muy fuerte a veces cierran el acceso. Da vértigo porque allí arriba una está a trescientos metros del suelo, pese a que todo el mundo sepa que la torre seguiría en pie aunque fallasen la mitad de las uniones entre sus piezas.

Me gusta subir a pie hasta la segunda planta, y no digo hasta la tercera porque solo se puede continuar subiendo en ascensor. Creo que repito la hazaña cada vez que visito la ciudad. Bueno, en realidad no me gusta nada subir a pie. Lo que me pasa es que me recuerda a Sergio.

Una puede subir, subir, subir, mientras no mire abajo. Lo que da miedo es bajar. Cuando subo a mi *suite* de la pensión, por ejemplo, solo miro mis botas mojadas, los peldaños vestidos de alfombra, el rosa de las paredes, la cenefa de hojas verdes que avanza paralela a mi ascenso. Después, cuando bajo a pie los veinte peldaños que me separan de Donky, metida en el pijama de ositos y la bata de estrellas que me obligó a comprar, me asusto. Porque escapar del mundo es fácil, pero caer en él puede doler. Desciendo aferrada a la barandilla rematada en madera, pensando que me voy a tropezar con estas pantuflas, diciéndome que voy a molestar, que quién soy yo para llamar a la puerta de nadie, preguntándome si no seré yo la que recuerda al asno de *Shrek*, en vez de mi joven amigo argentino. Pero él abre la puerta antes de que yo llame con los nudillos; no sé cómo puede oír mis suelas de goma sobre la moqueta, creo que me huele. Me abraza antes de hablar, me dice: «Pasá, pasá» y me hace sentar sobre la pulcra colcha que cubre su cama. Le hablo de Adrien y de suflés y de momento me callo a Gato Negro y él me habla de San Telmo y del Río de la Plata.

Queríamos contar los escalones pero al final nos liamos. Era un domingo de octubre y en el Lycée ya se había medio creado un grupo de pijos enviados por los papis a aprender francés, pero sobre todo a aprender *muchas cosas de la vida*. Y en ello andábamos.

Nos perdimos alrededor del número quinientos. Los asturianos, la toledana y el sevillano iban por delante. Yo, venciendo el vértigo, seguía de cerca a Sergio, que me iba esperando.

—No mires abajo —me aconsejó.

—No, tranquilo. Prefiero tu culo, hombre, mucho más bonito que París desde las alturas. —Esas frases todavía le incomodaban y a mí me encantaba ponerlo nervioso, incluso rojo si podía ser.

—Mujer, lo digo por ayudar.

De repente me acordé de Andy, la pobre *goony* que entretenía el miedo a la muerte gritando:

—¿Tengo un tipo bonito? ¿Tengo un tipo bonito? —pregunté imitando la voz histérica de la dobladora.

Ahora sí, se había girado.

—¿A... a qué viene eso ahora, Azul?

—No me digas que no has visto *Los Goonies*, ¡venga ya! ¿Es que no sientes ni una pizca de orgullo generacional?

—Me suena de algo. —Siguió subiendo.

—Pues eso. Y si no, háblame de lo que sea, *Serge, s'il te plait*, y así no pienso en el suelo bajo nuestros pies, que me está llamando: «Veeen, Azuuul, veeen».

—No bromees. Desde aquí arriba se han suicidado casi cuatrocientas personas, ¿vale?

Tocada y hundida. Ya no hablamos más durante el ascenso.

Lo mejor, sin embargo, fue la bajada.

Creo que los otros llevaban ya como veinte minutos bebiendo latas tirados en la hierba del Champ-de-Mars, bajo el frío sol de la tarde, y yo todavía seguía

con los pies clavados, veinte escalones por debajo de la segunda planta. No podía moverme. A duras penas podía respirar. Aferraba las manos a la estructura metálica y la boca se me llenaba de saliva caliente, mucha, muy líquida.

—¿Quieres cogerte a mí?

Casi ni me había dado cuenta de que Sergio estaba allí, tres escalones por debajo, mirándome fijamente, con las manos en los bolsillos del abrigo gris. Me tragué el líquido ácido que tenía en la boca para conseguir hablar.

—No puedo soltarme. Si me suelto voy a caer en picado y me voy a estrellar.

—Si te caes será encima de mí, mujer. Entiendo que te parezca que nos sostiene algo ligero, pero no es así. Para nada.

—Lo que tú digas. Pero tendrás que arrancarme las manos de aquí.

Se quitó los guantes. Subió dos peldaños. Sentí su aliento en la cara y la punta de mi nariz recuperó algo de temperatura. Intentó coger mis manos, pero no había manera; estaban pegadas a la última capa de pintura de la Torre. Me miró a los ojos. Allí estaba de nuevo aquella transparencia blanda.

—¿Confías en mí?

Ahora esa pregunta me recuerda a la película *Aladdin*, pero en aquel momento todavía faltaba un mes para su estreno en Champs Élysées, que por supuesto no nos perderíamos.

Cerré los ojos y asentí; más me valía confiar en él, si no quería pasar la noche allí y que me encontrasen por la mañana, convertida en una escultura de hierro escarchada. Solté el frío metal y me cogí a él. Sus manos calientes tiraron de mí muy suavemente. Creo que bajaba de espaldas, dándome ambas manos, con su mirada fija en mí. Pero no lo sé muy bien, porque solo podía pensar en mí misma y en mi miedo a volver a la Tierra, y porque no podía ni imaginarme volviendo a abrir los ojos.

Me guió, paciente, durante largos minutos. Sin hablar. Sin bromitas. No recuerdo haber recibido un respeto más liviano y más blanco jamás. Al llegar al suelo me besó la mejilla y me llamó valiente. Solo entonces pude abrir los

ojos. El mundo seguía allí, con un primer plano de Sergio en el centro.

Y cuando digo... cuando me repito a mí misma que París me demostró que en este mundo una nunca está sola salvo si lo necesita, me refiero a eso, exactamente a eso.

No fue París, fue Sergio. Debería reescribir en mi recuerdo el sujeto de la frase sobre la demostración empírica del destino de mi soledad.

O a lo mejor es que París, mi París, es Sergio.

8. La cabina de la esquina

Azul: Luis, tío, creo que me estoy enamorando

Luis: Hola, nena

Azul: Hola. ¿Cómo estáis?

Luis: Bien, bien

Azul: Me he colado por un gabacho

Luis: Venga ya, Azul. Tú no te enamoras

Azul: ¿Por qué no?

Luis: Tú sabrás por qué

Azul: Pero ¿por qué me dices eso?

Luis: Tú no te enamoras desde Gato

Azul: Joder, pero lo intento

Luis: ¿Quién es él?

Azul: Un madurito interesante

Luis: Eso no es amor. Eso es para que te cuide. Te conozco

Azul: ¿Y qué? Si es lo que necesito...

Luis: En eso tienes razón. Pero dile que no se haga ilusiones

Azul: Es igualito a Jeffrey Dean Morgan

Luis: ¿El de Anatomía de Grey?

Azul: Ese. Pero si lo has visto en The Good Wife... Aún está más bueno. Ya tiene canas en la barba

Luis: No cambias, ¿eh?

Azul: NoSe ve que no

Luis: ¿Cómo está nuestra Mary Poppins? ¿Sigue igual que cuando la conocí?

Azul: Tendrá ya como setenta. Pero nada. Cada día más joven. Y no veas qué

cena nos ha hecho. Nochebuena francesa, con su pavo y todo

Luis: ¿Para los huéspedes?

Azul: Bonita familia somos

Luis: Seguro que sí

Azul: ¿Vosotros?

Luis: Con los padres de Blanca Bien, como siempre. Regalos y eso. Oye. Me hace ilusión chatear contigo sabiendo que estás en París ¿Te acuerdas de cuando nos llamabas desde la cabina?

Azul: La cabina de la esquina. La de la calle de la casa de mme Avarice

Luis: Menos mal que después la pensión de mme Poirier sí que se podía llamar ¿Te acuerdas el día que Blanca y yote llamamos de madrugada medio pedos?

Azul: Pobre Mary Poppins

He dejado de leer sus WhatsApp y me he quedado vagando por una acera del otoño del 93. Menuda pregunta, que si me acuerdo de la cabina. Perdí la cuenta del número de *télécartes* que quemé en esa caja de cristal. Perdí la cuenta de las veces que fui al estanco corriendo a comprar otra tarjeta telefónica, porque me había quedado a media conversación, porque las conversaciones diarias con Gato duraban horas.

Salgo de la cama. Se me ha quitado el sueño de golpe. Me despido de Luis, «Feliz Navidad». Me quito el pijama. Me visto otra vez. Leotardos, mallas negras, calentadores, jersey de lana roja, abrigo, gorro, bufanda, portazo.

—¿Qué hacés? —Donky ha oído mi puerta y sale a mi encuentro.

—Voy a dar un paseo. —Salto escalones abajo como una ardilla y no lo miro.

—¿Puedo ir con vos?

—No.

—Por favor, por favor. Es Navidad.

Freno ante su cuarto.

—¿Tan solo estás? ¿No tienes amigos del Lycée?

—Se las tomaron a España por las vacaciones —responde desde su

habitación, mientras coge el abrigo negro.

Me paro y me apoyo en el marco de su puerta.

—¿Y los que viven aquí?

Me mira con ojos de asno.

—Dale. Dejame venir con vos. —No suplica. Impone.

—Venga, vamos.

Sonríe. Se quita la goma del pelo, que, lacio, le cae sobre los ojos.

Bajamos dos pisos más y salimos. Llovizna. No hay luna. Es la una de la madrugada y el Parc de la Planchette, al otro lado de la calle, nos envía un aroma a verde húmedo. Arrancamos la marcha y al cabo de muy poco ya avanzamos por Rue Voltaire hacia Villiers, con las manos en los bolsillos.

—¿Tenés apuro?

No me había dado cuenta de que estaba andando tan rápido.

—Perdona, perdona.

—Me pensé que íbamos a pasear.

—¿Quedan cabinas en París?

—Seguro alguna habrá, pero yo no vi ninguna.

Avanzamos en silencio, atravesando cortinas de humedad. Salimos de Levallois y nos adentramos en Neuilly. He girado a tiempo, para acabar de bajar por Rue Louise Michel y evitar así pasar por delante del Lycée. Soy lista, ¿verdad? Cuando cogemos Parmentier, el corazón se me sube a la garganta, donde se instala y late acelerado, impidiéndome hablar más.

Aquí está: «Rue Perronet», escrito en letras blancas sobre azul marino.

La llovizna no me molesta. Me mantiene aquí.

Me pesan los pies. Se me solidifica la sangre de rodilla para abajo.

Qué manzanas tan largas. Sigo avanzando. Me he olvidado de Donky.

Miro al frente. No está, por supuesto que no, pero me arrastro hasta allí.

Me planto en la esquina, con los pies dentro de una cabina ficticia en la que sigue lloviendo.

Donky no entiende nada pero se ha alejado; se ha largado a la acera de

enfrente y se ha protegido de la lluvia bajo el toldo de un bar ahora cerrado.

Cierro los ojos. Me rodean paredes de cristal ilusorio y sucio. Meto la mano en el bolsillo y busco la *télécarte*. Sueño que sigue allí. La saco. La meto en la ranura de mi cabina imaginaria. Cojo el auricular. ¿Era negro? Creo que siempre estaba caliente, que había cola. Al marcar, puedo sentir el tacto de las teclas metálicas en las yemas de los dedos. El auricular me recuerda la melodía que sonaba al combinar las cifras del número de teléfono de casa de Gato. Un tono, dos tonos, tres tonos. Cuelgo de golpe, por miedo a que responda. Está harto de que le persiga. No quiere verme más.

Respiro. No. Debería llamarle. No seas cobarde, Azul.

La *télécarte* sigue inserida en la ranura. Vuelvo a marcar.

Esta vez responde enseguida, porque la primera llamada le ha puesto en alerta.

—¿Sí? ¿Eres tú?

—Hola, David. Soy la Azul de octubre del 93. Tu Azul.

—Hola. Hoy hace medio año, ¿te acuerdas?

—Claro. Por eso te llamo.

—Me llamas cada día.

—Bueno. Pues hoy tengo excusa.

—Tu excusa es no poder vivir sin mí.

—Eso también.

Medio año atrás, a finales de marzo, el amor nos había pillado sentados en el sofá más sucio de nuestro antro, aquel local inmundo por debajo del nivel del suelo. Todos estaban en la barra, diciendo chorradas. Nosotros sí que éramos profundos, nosotros sí que nos tomábamos la vida en serio, nosotros sí que valíamos la pena, porque en vez de birra pedíamos Granpecher. Me había dicho que quería preguntarme algo y me había llevado al sofá. Sus vaqueros rotos, sus zapatillas Nike, mis botas Dr. Martens, mi minifalda, su pelo cortísimo, mi melena enredada...

—¿Quieres salir conmigo?

Le había costado lo suyo decirlo, así que no iba a reírme ahora. Me pareció una pregunta entre naif y anticuada. No había dicho «¿Quieres rollo?» ni «Me molas cantidad». Había lanzado entre dientes una petición de mano, un «¿Quieres ser mi novia?» humilde y esperanzado.

Pues claro que sí. Por supuesto que sí. Amar salvando, menudo planazo.

Perdí el sofá de vista, y el antro, y el mundo.

Su saliva sabía a cuerda de guitarra, a casete caliente, a letra comprometida.

Abrí los ojos para comprobar qué estaba haciendo él con su mirada felina pero solo encuentro la acera mojada de 2016 y, mierda, ya estoy llorando otra vez. El teléfono invisible comunica contra mi tímpano, y lo dejo caer sin reparos. Que lo cuelgue el siguiente.

Salgo de la cabina de mis sueños, del cubículo de mis pesadillas.

Estoy empapada.

Donky sigue allí, fiel, y quiero ir hacia él, pero no puedo. No quiero cruzar a la otra acera porque es la del piso de Madame Avarice, el piso en el que yo recibía casi una carta diaria. No quiero ni recordar el número del portal.

Y sobre todo, no quiero cruzar porque la otra es la acera de Sergio. Y eso sí que no.

Toco la pequeña tortuga de plata de mi oreja y decido volver tranquilamente a mi caparazón del tejado de la pensión.

9. *Si tu veux m'essayer*

Llevo sentada en un banco del Parc de la Planchette desde las tres. Es mucho más pequeño, apenas como tres manzanas parisinas, pero me hago la ilusión de que estoy en el Retiro, veinte veces más grande. Me encanta el Retiro, mi retiro, que de tan cerca que lo he tenido siempre lo he vivido como el jardín de mi casa.

Son las cuatro y media y es prácticamente de noche. Estoy cargándome de frío para acallar mis duelos pendientes. El aire huele a amores navideños, a paseos familiares y a canciones infantiles en triciclo.

Pasa por delante de mí una estudiante cargada con una mochila y una gran carpeta; lleva sobre el gorro uno de esos auriculares desproporcionados tan de moda, de color fucsia. Camina deprisa, siguiendo la pulsación de la música que escucha, supongo. Por un momento, me veo a mí misma yendo hacia el Lycée de buena mañana, con mi *walkman* en el bolsillo y esos miniauriculares negros de la medida del agujero de la oreja. Sin querer, empiezo a cantarme por dentro aquella canción de Florent Pagny que tanto me gustaba: «*Si tu veux m'essayer, même une semaine, c'est pas un problème*». Eso me lleva directa a la imagen de Adrien en delantal con un pastel de trufa en la mano. Pues sí, probarlo solo durante una semanita no estaría mal; para mí tampoco sería ningún problema.

Como por arte de magia, la oscura silueta de mi Jeffrey Dean Morgan aparece recortada por la luz de una farola, avanzando hacia mí. Bueno, hacia mí no; está atravesando el parque, seguramente hacia nuestra última clase de repostería, que empieza en veinte minutos. Creo que ni me ha visto. Menudos andares, qué clase, qué maleable solidez. Mi Florent Pagny interno continúa

proponiéndome sus indecencias: «*Juste pour y goûter, sans parler d'amour*». ¿Solo para probar, sin hablar de amor? Pues vale. ¿Me levanto y saludo? No sé. Todavía llevo pegado al paladar el retrogusto de la vergüenza por el morro que le eché la tarde de los suflés.

Fue todo muy raro. Y el triángulo nunca jamás se recuperó de aquello. Fue la primera brecha, o más bien una especie de explosión sin onda expansiva, un hacerse añicos silencioso. El hecho de que alguien se pusiese a estirar de un vértice por primera vez y las posteriores consecuencia de ese motín dejaron *K.O.* al pobre polígono, el más simple posible. Ha habido otros desgarros posteriores, pero ninguno como el de aquella primavera, la de principios de abril del 93, probablemente porque fue el que abrió la herida, un arañazo que nos inmunizó de cara a posteriores lesiones.

Al percatarse Luis de que el triángulo se alargaba por mi vértice, al darse cuenta de que Gato ponía en peligro la regularidad de nuestro entonces ya equilátero, y al empezar a hacerme ojitos como para acortar de nuevo esos dos lados, a la desesperada, Blanca despertó. Ella había estado habitando el triángulo como si de un círculo se tratase. A partir del segundo curso, se había relajado, se había sentido segura de nosotros y se había dedicado a pasearse como una niña contenta por el interior de la figura, olvidando sus responsabilidades y su potestad sobre uno de los vértices. Entre primero y tercero, los tres nos habíamos ido enrollando ahora entre nosotros ahora con otros de fuera, sin envidias ni tapujos, y después siempre volvíamos al redil y todo se reequilibraba. Sin embargo, al pillar a Luis acechándome con ojos encantadores de forma recurrente y casi obsesiva, al saber leer que Luis, comido por los celos que le tenía a Gato, intentaba obtenerme solo para sí, Blanca reaccionó, y reaccionó mal. A ella no le importaba que uno de nosotros, en este caso yo, abandonase el pequeño clan para ser feliz en otro lugar, incluso estaba dispuesta a dejarme volver llorando si algo me hacía daño; a ella lo que le jodía, hablando en plata, era que el otro, en este caso

Luis, fuese a salir corriendo detrás de mí. Mucho «tralará tralará» y mucho saltito feliz por dentro de nuestra parcela, pero ella no iba a tolerar eso.

No creo que idease un plan. Blanca no es mala. Es solo que a veces su ombligo se la come y, como un agujero negro, después nos come a todos. Creo que aquel día sencillamente abrió la boca y vomitó, sin poder evitarlo, como una erupción, violenta pero natural.

Nos habíamos sentado en la hierba del Retiro. Hacía sol, olía a verde, enseñábamos la piel, nos reíamos y Gato le daba a la guitarra. Éramos ocho, yo a la derecha del irresistible músico castigado por la vida. Cuánto recordé después aquellos conciertos íntimos, al verme a los veintiocho o a los treinta y cinco entre las masas de un estadio coreando a un Gato Negro demasiado conocido —demasiado conocido por mí—. Aquella tarde estaba presentando la canción que ya había compuesto para Ana, la hija de los refugiados bosnios. Yo ya la conocía, claro, porque me pasaba en su casa las tardes que él no se pasaba en la mía.

Al acabar el tema, aplaudimos, todos menos Blanca. Debí verlo venir.

Tras los aplausos, llegó el silencio. Nadie era crítico musical ni sabía qué decir. David cogió mi mano.

—Y ¿cuándo vas a hacerle una canción a Azul, Gato?

Aquella primera pregunta de Blanca ya fue fea, como si echase por tierra la canción que acabábamos de escuchar. Las mismas palabras, en otro tono, hubiesen sido acogidas por el corro por una oleada de asentimientos y risitas; sin embargo, todos nos quedamos helados. En el entrecejo de Blanca se divisaba un ataque inminente.

—Os queréis mucho, ¿no? Al menos parece que tú a ella sí. Diría que estás coladito, ¿verdad?

Él no se movía. Se le había quedado la mano izquierda pegada al mástil, en la posición del último acorde.

—¿Por qué no te callas, Blanca? —Ese era Luis, en camiseta de Guns'n'Roses, sudando bajo sus locos rizados negros.

—¿Callarme? Creía que a ti esto de Gato y Azul... ¿Vas a negar que estás celoso y que has estado intentado que ella...?

—Eres una idiota. —Apartó la mirada hacia el suelo y se puso a arrancar hierba—. Deja de controlarnos, ¿quieres?

Los otros seis seguíamos el diálogo con los movimientos de cabeza de los asistentes a un partido de tenis.

Blanca no se daba por vencida.

—¿Por qué intentas retenerla, eh? ¿No sabes cómo es? —Me señaló con la punta de un índice incendiado—. Ahora está con Gato, pero va a romperle el corazón y lo sabes. Como te lo rompería a ti si consigues lo que andas buscando.

—No ando buscando nada —respondió Luis entre dientes.

—¿Vas a negarnos que has estado haciéndole ojitos desde que se enamoró de otro?

—¿De otro? ¡¿De otro?! —Se levantó, como dispuesto a marcharse—. ¡Ese otro no existe porque Azul nunca ha sido nada mío! ¿Cuántas veces nos hemos enrollado, eh? ¿Dos? ¡¿Tres?! —Pero se quedó allí de pie, esperando el último relámpago.

—Vaya. Así que ahora el listillo de Luis ha perdido la cuenta. —Blanca seguía sentada, solemne, y cogió aire—. Cinco. —Extendió la palma de la mano—. Os habéis enrollado cinco veces. Y solo una conmigo. —Se clavó el pulgar entre sus tetas enormes—. Una tú —señaló a Luis— y otra tú —completó señalándome a mí—. Pero aquí lo que importa son las veces que la guapita de Azul se ha enrollado con gente que casi ni conocemos. Quizás... ¿Veinte, treinta, en un par de años? Es de eso de lo que estoy avisando a Gato, para que no se confíe, porque lo veo muy pero que muy colgado.

Se hizo un silencio de hielo. Podía sentir una nieve virgen bajo mis piernas cruzadas. David soltó mi mano, pegajosa por el sudor. Los otros cuatro espectadores soltaron el aire que habían estado reteniendo en los pulmones y en el corro se instauró un olor a condena.

En realidad, a quien ella estaba avisando era a Luis. No pretendía fastidiar a Gato, ni siquiera a mí. No sé si me di cuenta entonces, pero hace años que sé que aquella tarde Blanca solo quería machacar a su actual marido por haber estado intentando llevármelo consigo.

Luis celoso de Gato. Blanca celosa de mí. David juzgando mi promiscuidad, una inocente promiscuidad de besos con lengua. Y yo loca por él, enamorada por primera vez en mi vida, dispuesta a casarme con él, a darle hijos, a creer en su música, a seguirlo en mil giras, a vivir para salvarlo.

¿Me había quedado sola?

Sigo helándome en el Parc de la Planchette, de brazos cruzados. El culo perfecto de mi Jeffrey Dean Morgan se aleja sin haberme visto. «*Si tu veux m'essayer, mes mots, mes caresses, me prendre ou me jeter, sans que l'on se blesse...* Si quieres probarme, mis palabras, mis caricias, tomarme o tirarme, sin hacernos daño...», me canta sin saberlo.

Me levanto del banco.

Cuando acabe esta última clase le pediré su número.

—¡Adrien! ¡¡Adrien!!

10. *Bonne année*

Va vestida de luz. Nunca la había visto así. Está iluminada por un amarillo dulce y equitativo, como quizás muchas noches, o como cada noche, pero hoy lleva además un manto irregular de puntos de un blanco frío que le cae sobre las cuatro fachadas isósceles y cóncavas.

Yo me he metido en un vestido azul verdoso demasiado estrecho que he cubierto con un abrigo blanco. No debería haber hecho caso a Donky; no sé andar con tacones.

Hoy he subido en ascensor, solo hasta la primera planta, del brazo de Adrien.

Todavía no sé qué hago aquí. No ha ocurrido nada entre nosotros. No sé si vela por mí o si me desea, si me ha adoptado o si me quiere desnudar con tiento para tenerme después a su merced.

Me disculpo con su grupo de amigos para acercarme sola a la barandilla y mirar las vistas, y esa es mi intención sincera. Sin embargo, antes de llegar al perímetro de la plataforma, un aroma balsámico me desvía en busca del inicio de las escaleras de bajada.

La Tour Eiffel exhala todavía la fragancia de Sergio, al menos para mí.

Contemplo la cascada de peldaños metálicos del primer tramo. Por un momento, vuelve a treparme el vértigo por las tibias. El eco de su voz sigue viviendo detrás de mis tímpanos. «Si te caes será encima de mí, mujer. Entiendo que te parezca que nos sostiene algo ligero, pero no es así. Para nada». Querría coger aire por la boca, como para evitar el llanto, pero se me ha pegado a la lengua un pétalo rojo y amargo que no consigo escupir. Lo mastico y me lo trago.

Meto la mano en el bolsillo blanco, forrado de un terciopelo de nieve nueva,

y saco el móvil. Entro en mi perfil, clico sobre la lupa que, pese a lo canija, siempre encuentra a quien necesito, y tecleo su nombre. Nos seguimos desde hace solo un par de años pero no nos hemos visto en persona desde el 94. No tiene muchas fotos propias, aunque pude descubrir que coordina actividades deportivas en un centro penitenciario y que comparte cualquier convocatoria antifascista y, sobre todo, de manis antinucleares. Mi último mensaje responde a su primer intento de contacto: «Qué ilusión, Sergio, me alegro de reencontrarte». Eso es todo lo que precede a veintiséis meses de silencio.

Me tiemblan los dedos, más delgados por el frío, pero no es por eso. No quiero escribir nada que suene a nada. Solo pretendo que sepa que estoy aquí. Escribo: «Despidiendo el año desde nuestra torre, Sergio. Se te echa de menos». Después borro las últimas cinco palabras y envío el mensaje. Me quedo mirando la pantalla, palpando la tortuguita de plata de mi lóbulo derecho; no tarda en aparecer el aviso de «Leído a las 19:55». Tengo los ojos tan pegados al pequeño rectángulo de luz que, a estas horas, el resto del mundo se ha quedado negro.

La mano de Adrien en el hombro me retorna a este planeta. Me recuerda al oído que la cena empieza a las ocho. Guardo el móvil. Sonrío. Al devolverme él la sonrisa, todo el calor que vive entre mis labios mayores asciende hacia mi glotis en una línea recta interna, para salirme por la boca como un último aliento y dividirse en dos, para colarse por sus hoyuelos e instalarse allí. Me coge de la mano por primera vez; la suya, más grande que la mía, es un remanso imperturbable. Camisa azul petróleo y pantalón gris zinc; se ha quitado el abrigo y ha salido a buscarme sin él.

Entramos en el Restaurant 58, mesa con vistas, ¿cómo no? Justo antes de quitarme el abrigo siento vibrar mi bolsillo y no lo puedo evitar, aunque los cinco me estén mirando y me esperen, incluido mi acompañante, que sigue de pie. Saco el móvil, desbloqueo la pantalla y, mientras Adrien me ofrece una copa de *champagne* que cojo con la izquierda, con la derecha me bebo la respuesta de Sergio: «¿Confías en mí?», y el icono de un guiño.

Siempre me ha costado confiar. Me tatué en el interior de la muñeca izquierda una mariposa azul para acordarme de hacerlo. En cuanto dudo de alguien la miro, y ella, con su frágil intensidad, se ríe de mí. Lo difícil es mirarla cuando dudo de mí misma.

Por supuesto que confiaba en Sergio, eso era fácil. Y creo que él en mí también; siempre lo creí muy listo, pero en eso se equivocaba.

Nadie debería confiar en mí.

Gato lo hizo.

Aquella tarde en el Parque del Retiro, Gato no creyó a Blanca. Creyó los hechos, pero no anduvo sobre aquel fondo aceitoso que ella pretendía escampar para que Luis resbalase y cayese en sus brazos. Gato supuso que aquello era algo entre nosotros tres y, cuando escapó del estado de *shock* generado por la tensión del momento, se sacudió las dudas como pudo y montó en su corcel cojo para venir a mi encuentro.

Yo me había levantado del carro y me había largado a casa. No enfadada ni humillada ni despechada, no, avergonzada. No había podido soportar aquel momentáneo signo de interrogación oscureciendo el verde de los iris de David.

Llevaba sola en casa un cuarto de hora cuando sonó el telefonillo. Apagué la tele con el mando a distancia y me levanté de aquel sofá más viejo que yo, de un cuero desgastado. Corrí descalza sobre el parqué; no podía contener los nervios. ¿Sería Blanca, llorando, pidiendo disculpas? No, por favor, que fuese Gato.

—¿Sí?

—Soy Luis. ¿Puedes abrir?

—¿Luis? Oye, necesito estar sola. Ahora no.

—Abre. Va a subir Gato. Me ha obligado a acompañarlo. Cree que debes de estar mosqueada por no haber salido corriendo detrás de ti o algo así y no sabe cómo... —El zumbido eléctrico de la puerta al abrirse lo acalló un segundo—. Vale. Gracias. Yo me largo.

La voz de Gato se oía tenue, alejada del interfono.

—No, por favor, sube conmigo.

—Ya la has oído. A mí no quiere verme.

—Pero tienes que ayudarme a explicarle...

Luis susurró, pero yo lo oí todo:

—Es ella la que tiene miedo de perderte, tío. Tú solo necesitabas unos minutos para reaccionar. Estás aquí, en su puerta. ¿Qué más quiere? Sube. Te va a comer a besos.

Sonreí, sola en el recibidor, con el telefonillo en la mano. Qué pedazo de amigo.

—*Ciao*, Luis —dije—. Y gracias.

Habló mucho. Como si quien tuviese que disculparse fuese él. Por no haberse levantado tras de mí, por no haberme defendido, por no haber hecho callar a Blanca... Hasta que puse mi palma sobre sus labios carnosos y empecé a pedir perdón yo. Por no haberle amado antes de conocerlo, por no haber pensado en sus sentimientos antes de amarlo, por no haber limpiado su honor respondiendo a Blanca delante de todos... Hasta que puso sobre su boca sobre la mía.

Seguíamos ante la puerta abierta de casa de mi madre, sobre el felpudo de la entrada, yo descalza, él con sus Nike. La tosquedad se ablandaba bajo mis pies, la levedad se acentuaba entre mis labios. Cerré los ojos.

A mi alrededor oigo brindis, risas, los violines de la orquesta, y siento caer confeti sobre mis manos y mi rostro. Un beso candente me felicita el año nuevo.

Vuelvo al ahora. Tengo la cabeza entre sus manos. Estamos de pie al lado de un ventanal sobre un París nocturno iluminado por luciérnagas eléctricas. Su barba canosa no pincha. Me dejo llevar. Me dejo caer y diluyo mis faltas en su saliva. Es mayor que yo, así que espero que sepa lo que se hace; a su edad ya

debería saber cuidarse solo.

Ahora que mi París está tan roto y que intento recomponerlo a base de recuerdos, me percató de que mi perenne adoración por Gato está empapada de culpa.

Nunca quise cargar con nadie. Puedo sola. Déjame. Apártate.

Llevo veintitrés años desbaratando corazones.

Nunca quise cargar con mi madre.

Que alguien cargue conmigo de una vez, por favor.

Sauvez-moi, Adrien.

Sigue estrechando mi carita entre esas manos de galán. Agota el beso, se separa un poco, sonrío, me estampa los hoyuelos en las retinas.

—*Bonne année, ma petite Bleu.*

—*Bonne année, Adrien.*

Nos separamos para abrazar y felicitar al resto del grupo. Alguien nos llena las copas. Me bebo un pedazo de confeti azul. Sonrío, pero quiero llorar y creo que quiero llorar de felicidad y no me entiendo.

No puedo evitar buscar mi móvil. Lo encuentro sobre el mantel, entre el plato del *coulant* y la cucharilla, medio tapado por mi servilleta sucia. Lo desbloqueo. Por supuesto, hay como cincuenta WhatsApp de veinte conversaciones diferentes. Los aparto con un suave deslizar de mi índice hacia la derecha. La conversación con Sergio en la red social sigue abierta. «¿Es serio estás en París? ¿De vacaciones? ¿Hasta cuándo? ¿Dónde te estás quedando? Perdona, cuántas preguntas, ¡jajaja! ¡Qué recuerdos, Azul! Venga, cuéntame cómo estás. *Bonne année*, tortuguita». Mecnografío con los pulgares un «*Bonne année*, Sergio. Sí, sí, hasta Reyes, en mi antigua pensión. Cuídate».

11. Un juego de cuerdas nuevas

Me despierto desnuda entre sábanas negras. Por un momento creo que Mary Poppins debe de estar llamando ya a mi madre porque no he vuelto a dormir esta noche y que mi madre debe de estar respondiendo que no se preocupe, que su hija es dueña de sí misma. Entonces recuerdo que ya tengo mis años y que ni mi institutriz se preocupa por mi paradero. Creo que Madame Poirier debe de estar sonriendo mientras sirve el café a un Donky que pregunta por mí.

Me siento virgen.

No he hecho el amor desde el divorcio.

En realidad no he hecho el amor desde el legrado. El útero me sabe a muerte. No. El útero me sabe a vida todavía, y es por eso. Hasta hoy no he estado dispuesta a olvidar ese sabor, ese regusto a bebé futuro, por un poco de erotismo.

Mierda.

No pudimos con ello. No supimos cargar juntos con el duelo. No supimos compartirlo. Nos inventamos dos duelos diferentes y no pudimos arrastrarlos por separado. Se nos pudrió el amor que nos quedaba.

Al menos no fui yo la que salió corriendo, como siempre.

Llevo medio año sola y más de uno sin sexo.

¿A qué viene esto ahora? ¿Qué me pasa?

Todo esto viene a que he dejado un hijo en el 2016 y a que estamos en el 2017 y yo sigo viva sin haberlo pedido. A eso viene.

Anoche llegamos a Montmartre en taxi, rendidos y con más *champagne* en el cuerpo del que podíamos digerir. Subí los dos pisos de estrecha escalera descalza, con los zapatos de tacón en la mano y preguntándome qué hacía mi

Jeffrey Dean Morgan en un curso de repostería en Levallois, si vive a trece o catorce paradas de metro. Entonces pensé que las hadas madrinas suelen funcionar así, se te presentan allá donde estés, con solo llamarlas.

Al llegar al apartamento él me quitó el abrigo y lo colgó tras la puerta de entrada junto al suyo. Todo me pareció pequeño, como el interior de una nuez. Un baño mínimo y una cocina perfecta adherida al pasillo precedían una única estancia que al principio me pareció un salón: dos butacas de terciopelo azul, una mesita blanca y una librería de madera natural que acogía algunos libros bien ordenados de arquitectura, fotografía y *jazz*. Estaba a punto de preguntar a qué se dedicaba cuando me susurró al oído que era arquitecto, mientras me bajaba la cremallera de la espalda.

Me quedé en ropa interior, con el vestido arrugado a mis pies, que bebían a borbotones la calidez de la moqueta roja. Me giré a desabotonarle la camisa y nos besamos y él desplegó una cama que, vertical y pegada a la pared, hacía las veces de tapiz; en él, en una escena renacentista, un ángel custodiaba a una mujer con un bebé. Nos tiramos en el colchón, acabamos de desnudarnos y nos estudiamos los cuerpos con las yemas de los dedos, pero me venció el sueño, un sueño protector, un sueño oportuno que evitaba despedazar el duelo que aún habita en mi matriz.

Me giro y doy la espalda a la pared. Ante mí, Adrien duerme desenfocado y mi mirada se clava más allá, en el pedazo de suelo en que se apoya una guitarra que no había visto.

Aquella guitarra de mi tío tenía mucha solera. En un par de décadas de vida se había llevado algún golpe e incluso había perdido el barniz en alguna zona, de tanto sobarla. No perdía su añeja afinación ni aún con mi mala praxis, pero emitía un timbre oxidado que me emperreé en sustituir.

Llegué al piso de Madame Avarice una hora antes de la cena. Había ido a comprar un juego de cuerdas nuevas al salir del Lycée y ya había asistido a mi cita diaria con la cabina. Dejé caer la mochila en el suelo de la cocina, que

había que atravesar para ir hacia las habitaciones. Si algo tenía de bueno vivir en casa de una avariciosa sucia que nunca estaba allí era que una no tenía por qué mantener el orden.

Me estaba quitando la *bomber* cuando apareció Sergio, que venía de correr, sudando su chándal de pijo. Me fundió el frío de la mejilla con un beso fugaz, pero me di poca cuenta, porque tenía el corazón atado con cables metálicos al auricular del teléfono público de la esquina.

—¿Qué haces? —me preguntó.

—Nada. Acabo de llegar, ¿no lo ves?

—¿Tienes hambre?

—No.

Abrió la nevera y cogió un trozo de queso que empezó a cortar sobre un plato que puso sobre la encimera. Yo me senté a mirarlo, aburrida. Cortaba con precisión y comía como si el queso no estuviese reseco, como si el filo del cuchillo no estuviese cascado. Después recogió todo.

—Voy a darme una ducha —dijo, y desapareció por el pasillo.

Yo me levanté, lo seguí y me metí en mi habitación.

Al cabo de poco lo oí volver a su cuarto y esperé unos minutos para asegurarme de que estuviese vestido, posiblemente ya en pijama, porque le encantaba cenar así, con su bata granate de señor aragonés, en pantuflas.

No me hizo falta llamar. Me oyó recorrer aquel arco imaginario, corazón de nuestro microuniverso, y me dijo:

—Adelante.

Yo seguía con mi ropa de calle, pantalón de pana roja y sudadera blanca, pero ya iba en calcetines. Llevaba mi guitarra en una mano y el juego de cuerdas nuevas en la otra.

—Me vengo aquí a cambiar las cuerdas, ¿vale?

—Claro. Ya lo sabes.

Su habitación era más pequeña que la mía, pero su ventana mucho más grande. Tal como solía hacer, había puesto unas migas en el alféizar y ya tenía

allí a su amiga la paloma. Fuera era de noche. Me senté sobre la cama, hecha con la precisión de los mejores hoteles, y él ocupó la silla. No se había puesto aún la bata y con una toalla pequeña y una energía inusitada se iba secando el pelo.

Empecé a girar una de las clavillas.

—Esta casa es una mierda, Sergio. ¿Tú estás bien aquí?

—Bueno. Estás tú.

—Pero yo qué sé. Esta tía es una imbécil. Y una guarra. Debe de haber mil pisos mejores. O residencias, como en la que vive la toledana, ¿no crees?

—A mí esto me sirve.

—¿Quieres que busque algo para los dos?

—No lo sé. A mi padre le costó mucho encontrarme esto.

Suspiré. Tiré de la cuerda más grave con fuerza hasta que conseguí arrancarla del puente; se había quedado medio pegada.

—¿Te ayudo? —ofreció.

—Sí. Vamos con la siguiente. —Señalé otra clavilla—. Gira tú esta mientras voy sacando esto, porfi.

—Cuando acabemos, ¿va sonar a mejor, la antigualla esta?

—No te pases. Esto es patrimonio familiar. —Nos reímos—. Y no. Va a sonar fatal, porque se va a desafinar cada cinco minutos, hasta que la cuerda se relaje y encuentre su puntito.

—Vaya.

—¿Qué?

—Que ya era hora. Y que me recuerdan a ti, las cuerdas estas.

—Mira quién habla.

Pienso en las yemas de los dedos de Adrien. Las busco con las manos, las toco bajo las sábanas.

Los guitarristas no tienen las yemas especialmente suaves pero sí increíblemente hábiles.

Me vine a París a lo Sabrina, pero todavía no sé abrir cáscaras de huevo con una sola mano. Me vine porque Gato va a ser padre.

Emprendí este mismo viaje con diecisiete años y subí al avión llorando porque dos horas antes había tenido el primer orgasmo de mi vida. Seguía siendo virgen en lo que a penetración se refería, pero las yemas de los dedos del mejor guitarrista del instituto me habían hecho temblar en menos de cinco minutos.

No me rindo a mis pensamientos recurrentes así que cojo la mano de Adrien y me llevo sus dedos a la boca y los mojo con mi saliva de *champagne* y de resaca. Él se medio despierta y me muestra sus hoyuelos sin subir los párpados y emite un dulce sonido gutural. Ya no hace falta que lo guíe más; sabe llevar la mano hasta mis labios mayores y abrirse paso y acariciar mis labios menores y sincerarse con ellos y sumergir un dedo hábil, muy hábil, hacia adentro, mientras algún otro juguetea todavía con mis puertas. Busco su erección entre las sábanas y entonces él abre los ojos, esos ojos verde oscuro que nunca he mirado con tanta predilección.

Sé que va a penetrarme y no dudo que tiene preservativos preparados en algún rincón. No voy a llamarlo con las manos ni con los brazos ni con las piernas ni con la voz. Quiero que mi útero adormecido lo llame por sí mismo, que le dé permiso, que lo reciba, que se deje querer y mimar por su pene lento e impecable, sin promesas y, si puede ser, sanando el miedo que mis cicatrices invisibles albergan, sin ahogarlo.

12. *Carpe diem*

Lo que pasa es que lo de Gato, eso de que va a ser padre, me pilló en mal momento. O quizás es que mis malos momentos persiguen a Gato.

No voy a negar que he tenido épocas, incluso algún lustro compacto, en que Gato solo se me pasaba por la cabeza como felino negro silencioso, en forma de evocación ronroneante.

Lo que pasa, sí, es que cada vez que la cago, cada vez que me hundo, mis garras vuelven a buscarlo para cogerse de él, para que me salve, porque él me deja jugar a salvarlo y amar salvando es lo único que evita que me despeñe yo. Salvando me siento a salvo. Y Gato, por más estadios que llene, por más que salga en la tele, siempre tiene cara de «Sálvame», y yo no puedo evitar querer corresponderlo. Es que me encanta.

Cuando conviví con cualquiera de las cuatro parejas que he tenido, al principio, cuando las plantas crecían y las paredes estaban recién pintadas, ¿quién pensaba en Gato? Las noticias pseudorománticas que me llegaban sobre él no eran entonces amargas flechas de Cupido, no, solo eran ráfagas de viento que no me hacían siquiera tambalearme. Además, yo ya veía que David no estaba construyendo nada serio, que se le pasaría pronto.

Pero claro, cuando una no solo convive sino que además se casa, cuando una decide construir una familia, pero acaba con las piernas abiertas en un quirófano, cuando ve que no puede restablecer nada después de eso y se queda sola... Si entonces viene Blanca con su sonrisa imperturbable y dice «En enero, Azul. Ella está preñadísima ya. Gato va a ser padre», entonces una manda todo a la mierda y se vuelve a París, a retomar su vida donde la dejó, pues claro que sí.

Mi París siempre me demuestra que soy del mundo, que soy pequeña, pero que sigo entera, que todavía no me estoy desintegrando.

Y el amor de Adrien cura, sí, aunque no salve.

Adrien me cose las heridas, me las besa, me las mimas, me las venda y me dice que siga adelante. Me acaricia los párpados, las pestañas a veces húmedas, me lame las mejillas y yo arqueo la espalda.

Llevamos todo el día en la cama, entre sexo y vino y picoteo. Se ha hecho de noche y quiero volver a mi guarida, a mi *suite* con cáscara azul, con duro caparazón, a mi escondite vigilado por Mary Poppins.

Debería salvarme sola.

Cuando me levanto y empiezo a vestirme, Adrien me observa con ojos tiernos y no intenta retenerme. Sonríe.

Hoyuelos.

Me quedo otra noche más.

Mi madre se hartó de ver a Gato en calzoncillos por el pasillo de casa y dijo basta. En realidad no nos atrevíamos a mucho, pero él se quedaba a pasar la noche, aunque solo fuese por escapar de la tirantez que habitaba en su casa. Ante las quejas de mi madre, solo por poder dormir abrazados, empezamos a inventar salidas en grupo a cualquier alojamiento gratis que pudiésemos conseguir. Septiembre y París nos acechaban como lobos y no nos habíamos tatuado un *Carpe Diem* porque no habíamos obtenido el permiso de nuestros tutores legales.

El corazón del triángulo todavía bombeaba. Blanca no se había disculpado pero hice un esfuerzo de empatía y descifré aquel pavor a perder al chico del que estaba enamorada. Por su parte, Luis dejó de hacerme ojitos y esperó a que Blanca moviese ficha; siempre ha sido un tipo práctico y lo envidio por eso.

Llegamos a la casa que los abuelos de Blanca tenían en la Sierra en autobús de línea y hubo que andar un buen rato. Éramos ocho, cargados con mochilas,

guitarras y bolsas del súper. Teníamos cinco días de Semana Santa para hacer el cabra sin supervisores y pensábamos usarlos.

Era una casa de piedra, con ventanas y balcones de madera, en medio de un gran jardín. La decoración interior era rústica, sencilla. Hubo kilos espaguetis con tomate, algo de hachís, mucha música, demasiado calimocho e incluso una sesión de espiritismo en el que algún alma cara dura le chivó a mi Gato Negro que yo iba a amarlo para siempre. Allí estábamos los ocho, con los índices pegados al culo de un vaso de Duralex, pasándonos una botella de plástico llena de babas.

Tengo un recuerdo difuso, del David de aquellos días. No sé por qué tengo tantas reminiscencias desdibujadas sobre él, por qué no puedo rememorar escenas sencillas y brillantes, momentos diáfanos como los vividos con Sergio poco después, aunque estos últimos no tuviesen nada de apasionados. ¿Será que la pasión nubla la vista? ¿Es por eso que dicen que el amor es ciego?

Recuerdo un enfado. No sé quién perseguía a quién. Ni siquiera sé quién de los dos vomitó o, si lo hicimos los dos, quién echó la pota antes. No creo que hubiésemos bebido tanto. Creo que las emociones hicieron más que el poco calimocho que nos atrevimos a probar aquella tercera madrugada en que ya arrastrábamos una resaca crónica.

Uno de los dos salió de la casa y cruzó el jardín andando a toda velocidad. El otro no tardó en seguirlo. Nos encontramos en el suelo, sentados, pidiéndonos perdón, no sé por qué motivo. Intento rascar mi cabeza para entender si alguno de los dos habría flirteado con otro, o yo qué sé, pero desde mi mirada madura solo se me ocurre concluir que moraba en ambos un desasosiego creciente que no nos dejaba amar en paz. La silueta del otoño siguiente, aún lejano, eclipsaba todo intento de apego.

Lo siguiente es lo único que recuerdo con claridad.

Estaba sentada sobre la hierba, apoyada en el muro que encerraba el jardín, con las piernas extendidas, apoyada en su hombro. Recuerdo haber levantado la cabeza y encontrarlo contemplándome y haberme dado cuenta de que nunca,

nunca jamás antes, había visto nada tan hermoso. Él tenía las piernas cruzadas como un indio apache. Me cambié de sitio y me coloqué frente a él en su misma postura. Estaba amaneciendo. Me di cuenta de que no lo conocía, de que nadie lo conocía. Dedicué varios minutos a descubrirlo de nuevo, de cero. Pese a tener el muro detrás, él tenía la espalda algo encorvada, normal, supongo, en alguien tal larguirucho; hundía un poco la cabeza entre los hombros. Me miraba con una adoración casi religiosa. Creo que él podría decir lo mismo de mí, una chica de dieciséis años, pálida y de largo pelo negro tímidamente ondulado, clavándole unos ojos color cobalto que no pestañaban. Nunca nos habíamos mirado durante tanto rato sin hablar. Se me reveló un Gato macizo, pesado, sereno y nada frágil, alguien capaz de enamorar pidiendo, pero dispuesto a darlo todo sin después reclamar. Él sí pestañeaba y medio sonreía. Era una sonrisa interior que no movía sus labios, pero que lo sacudía por dentro y le brotaba por las pupilas húmedas. Aquella imagen es como la foto que alguien lleva en la cartera. No tenía cámara, pero la llevo impresa en un papel sensible cerebral.

Después dormimos toda la mañana abrazados, más abrazados que nunca.

Llevábamos menos de un mes juntos y faltaba bastante para que me marchase, pero conocíamos nuestra sentencia de muerte desde antes de aquella primera noche en que él preguntó: «¿Quieres salir conmigo?». Nos pasamos aquel medio año despidiéndonos, enfadados por dentro, y yo dudando de si largarme a París sería el peor error de mi vida.

13. Entre los arbustos

Vuelvo a la pensión de Madame Poirier el día dos, al alba. Bajo el abrigo blanco visto el traje de Nochevieja, pero llevo desnuda desde entonces, así que muy sucio no está, aunque sí un poco arrugado. Salgo del metro y encuentro la Rue Voltaire desierta. Todavía no se han apagado las farolas y solo se oye mi torpe taconeo.

Traigo pegado el olor de Adrien. Me gusta llevar adheridas fragancias de otros, a veces de otras. Yo no huelo a nada.

Cuando Luis me hacía ojitos me decía que yo olía a casa de mi madre y que eso le encantaba. Después, a los veinte años, cuando me fui a vivir con mi novio de turno, dijo que el chico no le caía mal pero que yo había perdido mi aroma y que era una pena. Solo le faltó decirme: «Me has decepcionado». Quiero mucho a Luis, pero odio cuando se emperrea en ver en mí a la chica de catorce años que conoció el primer día de instituto. ¿Acaso él no se ha quedado medio calvo? ¿Acaso no tiene un poco de barriga?

Seguramente huelo a algo, pero yo no me lo noto. Desde luego, oler a casa de mi madre no es algo que yo echaría de menos. Y tampoco quiero apestar a pérdida ni a nostalgia ni a miedo a quedarme sola. Cubrir mi piel de sudores y babas de Adrien está bien, muy bien, porque todo en él huele a Jeffrey Dean Morgan, a hoyuelo impertinente, a yemas hábiles.

Giro la esquina para tomar la Rue du Président Wilson cuando choco contra una paloma blanca que, con las alas extendidas, volaba ligera y segura. Me da tiempo a protegerme la cara con el brazo pero ella se aturde, revolotea ante mí, se para un segundo a observarme y después, ágilmente, me rodea para continuar rauda en dirección a La Poste, a tres manzanas de aquí, como si no

faltasen dos horas y media para que abran sus puertas.

Cuando se me pasa el susto sigo hacia la pensión, taconeando, oliéndome las palmas otra vez, añorando algo muy nuevo y muy maduro, canturreando aquello de Florent Pagny, espantando el miedo que me da andar sola por la calle a las seis de la mañana de un dos de enero, cuando el cielo es todavía negro.

¿Una paloma blanca? ¿No podría haber topado con un dulce gatito negro? Me río por dentro.

Al llegar a la esquina del Parc de la Planchette, sigo avanzando en paralelo a la reja, por Président Wilson, hasta que, pocos metros más allá, algo mueve los arbustos. Doy un saltito inconsciente que me aleja de los barrotes negros y continúo. No corre un ápice de aire. Me habrá sugestionado la oscuridad, o el accidente con la paloma, pero debe de ser solo un animalillo. ¿Habrá ardillas en Levallois? Todo es posible, me digo, y sacudo la cabeza.

Al cabo de diez pasos, resuenan de nuevo las hojas de dentro del parque, a dos metros de mí, como si el animal en cuestión avanzase conmigo. El asunto me divierte. Me acerco a la reja, cojo dos barrotes con las manos, meto la nariz en medio, husmeo, miro a lado y lado, y no se mueve nada. Prosigo.

Camino tranquila unos diez o doce pasos más. Parece que ya nada se agita entre la tenebrosidad todavía medio nocturna del verde. Vuelvo a mis entretenimientos mentales, a mis excusas sobre pieles y efluvios ajenos. De repente, en el silencio absoluto, sin motivos, aconsejada solo por la intuición, paro y me giro en seco hacia la reja. Y entonces lo veo, justo antes de que se agache, puedo jurarlo: había un hombre que caminaba medio agachado en paralelo a mí y que ahora debe de estar en cuclillas, respirando agitado, fuera de mi campo visual. He distinguido sin duda alguna una silueta entre serena y apresurada, entre volátil y sólida, muy negra, andando a mi lado, separada de mí por el enrejado, como inclinada hacia adelante, que al volverme se ha precipitado entre los matorrales.

Pero, ¿qué hago aquí mirando?

Me activo de nuevo para cruzar la calle vacía sin buscar el paso de cebra y corro por la otra acera mientras ya saco del bolsillo las llaves de la puerta de Madame Poirier.

La he despertado con el portazo. No he podido evitar cerrar la puerta tras de mí de un golpe y quedarme apoyada en ella, jadeando. No he corrido ni veinte metros, pero el miedo cansa.

Seguramente no es el de hace dieciséis años, pero es igual: su camisa blanca y recto hasta los pies, con esos puños cerrados por botones en las muñecas y ese cuello un pelín alto que la cubre hasta medio cuello, me hace sentir en casa. ¿Cómo puede dormir con ese moño tan perfecto?

Me abraza.

—*Bonne année, ma petite. Tout va bien?*

Quiero asentir sin hablar, porque un lazo demasiado apretado me está estrangulando la garganta, pero un llanto se me escapa, primero infantil, después desgarrado, y solo consigo hundir mi cabeza, que niega a sacudidas, entre sus pechos.

Me coge de la mano y me conduce al salón, donde me quita el abrigo y me invita a sentarme. Tengo ganas de abrir la boca y de señalarle a mi institutriz el extremo de la cinta roja que llevo anudada a la glotis, para que tire de ella y yo pueda por fin respirar, pero no me atrevo. Tiro los zapatos bajo la mesa. La taza de chocolate caliente no tarda ni dos minutos; creo que la ha hecho con uno de esos chasquidos de dedos, y aún le ha sobrado tiempo para echarse sobre los hombros una rebequita color crema. Me la tomo a cucharaditas pequeñas, para que me dure más, mientras ella se trae de la cocina los utensilios e ingredientes para elaborar en el salón, junto a mí y a mi congoja, los cruasanes del desayuno. Le echaría una mano, pero eso me recordaría demasiado a entonces y se me escaparía una lagrimita. También echo de menos las recientes clases de repostería. Debería preguntar si... Qué tontería, si me vuelvo a Madrid el sábado y aquí hoy lunes ya darán por acabadas las

vacaciones escolares. Si hay nuevos cursos de cocina ya no serán cortos, serán trimestrales como poco.

Pienso en mi piso vacío en Malasaña, en mi coche dormido en el *parking*, en mi bata blanca del laboratorio, que sigue en la pila de la ropa sucia, en el polvo que me va a tocar quitar el próximo domingo y en los informes que me comprometí a leer cuando me concedieron estas vacaciones sin haber avisado con tiempo y que yo abandoné en el váter del aeropuerto.

No han pasado ni diez minutos cuando nos sorprende la puerta de la calle, que se cierra con delicadeza. Los pasos casi mudos sobre el parqué se dirigen directos a la escalera y no pasan por el salón. Mary Poppins levanta la mirada de su masa cuando nota que me levanto. Yo tampoco sé muy bien por qué estoy yendo al recibidor.

Y aquí estoy, con mi vestido azul verdoso, mirando como Donky sube las escaleras sigiloso, cogido a la baranda con una mano y con los zapatos en la otra. Viste de negro muy negro, como siempre. Para y me sonrío. Se pone un índice sobre los labios y me manda callar. Se ríe por debajo de la nariz. Creo que está medio piripi.

No puede ser. No puedo sospechar que un crío de diecisiete años me haya estado espionando borracho entre los arbustos del parque. Él no.

Necesito un cruasán.

14. Buscar bulevares

Salgo a correr a media tarde, ya casi de noche.

Llevo aquí dos semanas y queda menos de una. No he aprendido a decir «Un, dos, tres, crac» antes de romper un huevo con un gesto de muñeca. Lo de Adrien resulta balsámico, pero sigo pensando en David, y no en modo platónico sino en modo rabioso.

Ayer pasé el día deambulando por la casa, lamiéndome las heridas, dejándome mimar por Mary Poppins, evitando a Donky y ojeando las agujas del reloj del salón, que parecían no moverse.

Alargué el desayuno para ahorrarme la comida, aunque mi institutriz me subió un sándwich a una hora indefinida, pero bajé a cenar, después de encadenar varias siestas y de regalarme un baño caliente ante mi espejo castigado de cara a la pared.

Me senté en la mesa con mi pijama de ositos y mi bata de estrellas, entre el viudo y la Erasmus —únicos escudos posibles ahora que ya se han largado las dos parejas italianas—, esperando que Donky se diera por aludido y me dejase en paz. Él estuvo a punto de pedir a la futura médica finlandesa que le cambiase el sitio, pero mi mirada fulminante lo sorprendió y lo dejó mutis para toda la cena.

Estoy haciendo estiramientos sobre la hierba del Parc de la Planchette, con un equipo de corredora profesional que me he agenciado esta mañana en el Decathlon Paris Wagram. ¿A quién quiero engañar? Yo soy más de yoga y de piscina. Hace mil años que no hago esto. Pero es que necesito quemar algo, no sé qué, y quemarlo mucho. Me siento sucia. No sé si por el sexo con Adrien o por lo raro de lo que hizo Donky —si es que era él el de los arbustos— o por

no haberme atrevido a girar el espejo y contemplarme y decirme: «Vale, esto es lo que hay». Me pliego por la cintura, estiro los brazos, levanto las manos, me cojo una rodilla, me pongo en cuclillas, no tengo ni idea de cómo se calienta para correr, pero me da igual.

Salgo del parque y hago lo que hacíamos entonces: buscar bulevares. Desde casa de Madame Avarice íbamos directos al Boulevard d'Inkermann, pero desde donde estoy ahora me conviene andar a buena marcha por la calle de arriba y arrancar a correr solo cuando me encuentre con el Boulevard Victor Hugo.

Empiezo a caminar. Combato el frío y los pensamientos hilando pasos largos, pegando y despegando las suelas como papel secante. Las manos en los bolsillos buscan algo indoloro a lo que cogerse, pero no encuentran nada, solo forro polar, que ni duele ni acompaña. Doy algún saltito. Ir cómoda y abrigada al mismo tiempo no siempre es compatible. Adrien es cómodo, muy cómodo, pero no abriga lo suficiente.

Una manzana antes del cruce con Victor Hugo, la calle que transito se convierte en un tal Boulevard de Château y puedo empezar a correr sin molestar, entre la hierba y los árboles que limitan la acera. Me chirrían las bisagras de todo el cuerpo, pero sigo con ello, obstinada sin pretexto; no voy a rendirme tan pronto.

Medio minuto, y aquí está mi bulevar: Victor Hugo. Me dispongo a girar hacia la izquierda y entonces veo a lo lejos a una Azul de diecisiete años riendo de cualquier chorrada del brazo de Álex, el sevillano. Qué auténtico era, con aquella melenaza rubia; hablaba el francés con el acento de su pueblo, como yo con el mío, supongo, pero eso una nunca se lo nota a sí misma. Los espío desde aquí. Deben de ir a comer algo por ahí, por no bajar a la cantina del sótano del Lycée, que a veces ya aburre. Querría irme con ellos y pagarles el café, pero no me verían. Se puede viajar al pasado, pero al futuro resulta imposible.

Se me han clavado las zapatillas a la acera. ¿Cuándo he dejado de correr? ¿Y

por qué girar hacia el liceo si puedo seguir por donde iba y ahorrarme el enojo de ver el nuevo edificio? Continúo pues a mi ritmo creciente por Boulevard de Château, y eso que me acabo de enterar de que aquí, tan arriba, hay otro paseo. Nunca vine desde el Parc de la Planchette por este lado y, durante el primer trimestre en casa de Madame Avarice, siempre nos limitábamos al mismo recorrido.

Corro, o eso intento. Me falta el aliento, pero persisto, no me rindo a recordar mi edad. Me he escapado de ver el Lycée pero no voy a poder escapar de Sergio. A las cuatro manzanas, el bulevar se cruza con Rue Perronet, a una altura a la que nunca llegué, porque de casa de Madame Avarice siempre salíamos hacia abajo para ir a clase. O a lo peor es la esquina de la cabina, la que me atrae otra vez. El caso es que, pese a que la calle es mucho menos conveniente para mi ejercicio que seguir recto por donde iba, giro a la izquierda y me acerco irremediabilmente a mi primer nido en París. Esquivo a una señora con un perro y a un repartidor que descarga bebidas ante un bar, salto sobre una paloma que picotea y evito tropezar con una bici mal aparcada. Corro, creo que ya sudo, y no voy a llegar a tiempo. Sergio, espérame.

Los veo salir del portal; él con su chándal de pijo y la Azul de diecisiete años con lo primero que ha pillado. Para mí es pleno invierno y para ellos todavía otoño. Estiran un poco en la acera; él es quien da las indicaciones. No tardan en echar a correr. Acelero. Sé que cuando corría conmigo iba algo más lento porque era un caballero, pero aún así sé que ambos van más rápido que yo y no quiero perderlos. Me coloco tras ellos, que tampoco pueden ir muy juntos por una acera no demasiado ancha. Charlan. Él pregunta por Gato; se mofa con ternura de que ella reciba una carta diaria. Recogen al sevillano en la misma calle, un par de manzanas más allá; lo encuentran estirando las pantorrillas contra el muro de su edificio y quejándose por el retraso con su gracia innata. Chocan las manos y los tres siguen corriendo. En la esquina con Inkermann se suman los asturianos, dos mellizos, chico y chica, nadadores de

competición. Continúan con la marcha y yo me esfuerzo por seguirlos con la lengua fuera. ¿Por qué se empernan en ir tan rápido si solo están en mi imaginación? Nunca me gustó correr. Lo hacía por ir con él, la verdad, y me salía a cuenta, porque la alternativa era quedarme en la cama relejendo cartas de amor, maltratando a la guitarra o escribiendo un diario que narraba bucles con una letra desastrosa.

Pero... ¿Qué hacen? ¡No, no, no! No pueden girar por ahí. ¿Qué ganas tienen de pasar por delante del edificio en el que se pasan el día?

De repente, a mi yo del pasado le entra un ataque de flato. Creo que lo ha hecho adrede, por mí. Freno, me apoyo en un tronco y jadeo. La miro, doblada por la cintura, abrazándose el diafragma.

El resto ha seguido corriendo sin darse cuenta.

—¡Seguid sin nosotros! —grita Sergio—. ¡Azul no está a la altura! ¡Ya os alcanzaremos!

Los otros se ríen y gritan una despedida provisional.

Ella le da una palmada en el culo.

—Cállate, tonto.

Él se agacha ante ella, que sigue doblada; se pone en cuclillas para mirarla.

—¿Estás bien? Inspira hondo y expira con calma, todo, hasta el final.

Azul se ríe y se queja al mismo tiempo. Quiere decir «gracias» pero no tiene aliento.

Una paloma blanca se posa entre los pies de ambos. Sergio le toca la cabeza.

—Creo que es mi paloma. La de mi alféizar.

Azul se medio incorpora, inspirando de nuevo, esta vez más profundamente.

—Lo que tú digas, flipado. ¡Ay! —Se le ha clavado el aire entre los órganos—. Todas las palomas son iguales, ¿sabes?

Él levanta la vista.

—¿Estás mejor?

Y ella echa a correr.

—¿A que no me pillas, palomo?

Al ponerse él de pie, la paloma alza al vuelo.

—¡Te pillo y te dejo atrás, tortuguita! —La adelanta y después la espera.

Yo vuelvo a ponerme en marcha, ahora sí, siguiéndolos hacia el Lycée. Creo que al lado de Sergio seré capaz de superar el impacto visual de la nueva construcción.

Él va preguntando cada poco cómo está ella.

—Déjalo ya, pesado. Estoy bien, en serio.

Estoy posponiendo mirar hacia allí, pero no hay remedio. Ellos cruzan para coger Víctor Hugo hacia arriba, pero yo no estoy por la labor y, una vez ya en la acera de arriba, freno. Giran la esquina sin levantar la vista y desaparecen.

Me he quedado sola delante de la verja y todavía no me atrevo a mirar. Cojo aire. Me giro.

Están los dos superpuestos, el de entonces y el de ahora. Los veo como dos diapositivas que se han pegado con el tiempo. Parpadeo. No consigo ver el presente, pero también el pasado es difuso. Creo que no recuerdo bien cómo era en realidad, pero tampoco soy capaz de concebir lo que tengo delante sin compararlo con el extraño dibujo arrugado que me ronda por la memoria. No veo.

Una mano se posa en mi hombro. La miro: es la paloma blanca de Sergio.

Una mano se posa en mi otro hombro. Me giro: ahora sí, es una mano muy joven. Vuelvo la cabeza de nuevo al otro lado y allí está Sergio, en chándal de pijo, a sus diecisiete recién cumplidos, clavándome su mirada transparente y un beso seco en la mejilla.

—No pasa nada, Azul. Estamos bien. Todo está bien.

—No. Tú no sabes nada.

—Bueno. Tú tampoco. Qué más da.

—Tienes razón.

—Inspira hondo y expira con calma, todo, hasta el final.

Río y los párpados se me entornan solo un momento, el instante justo para que él desaparezca.

Estoy sola en París, veintitrés años después. El sevillano vive en Bruselas, los asturianos tienen una colección de medallas de natación en un caserón inmenso, la toledana se mudó a Nueva York, Sergio es un mensaje de red social y yo estoy aquí haciendo la imbécil delante del Lycée, buscando con los dedos la tortuga de plata de mi oreja.

Me froto los ojos.

A mi izquierda, una sombra, una silueta negra, aparece durante un segundo tras un árbol y se vuelve a esconder. Juraría que eso ya no es mi imaginación. ¿Me acerco? Pues claro. No voy a amedrentarme.

Estoy a cinco pasos del tronco cuando él echa a correr. Va en ropa deportiva y con capucha. Cojo aire para perseguirlo pero al cabo de una manzana ya me ha sacado veinte metros.

15. Azul rompe con todo

Volvimos a la Sierra en septiembre, poco antes de mi marcha. Blanca no lo reconocerá nunca, y yo tampoco se lo agradeceré jamás, pero sé que nos convocó a todos como despedida, para mí, por mí.

Todo tenía el regusto de lo bien que nos lo habíamos pasado durante la Semana Santa, pero a la vez el mismo filtro de miedo, que se iba haciendo opaco.

Ahora me doy cuenta de lo que me cuesta afrontarlo. Intento rascar mi memoria y el recuerdo me echa de allí. La Azul de septiembre del 93 y su Gato no me quieren en su escena, porque soy una traidora, y no me dejan mirar. Ellos ya no existen sino en mi recuerdo, son solo un par de sombras chinas agotadas, pero se me resisten como si no fuesen solo míos. Siguen sentados en aquel sofá de madera y cojines marrones rellenos de espuma frente a una chimenea vacía. Las contraventanas siguen medio abiertas y los colegas siguen fuera, los unos de paseo por la montaña, los otros enredando por el jardín o haciendo fuego para la cena. Azul sigue esperando. Gato sigue inmóvil.

—Venga. Dale ya. Qué rollo tienes —le espeté.

Llevaba un par de meses chivándome que tenía un regalo de despedida para mí. Acababa de decirme que había llegado el momento y había cogido su guitarra. No había hecho falta aclararme que el regalo era una canción. Y ahora resultaba que le había entrado la vergüenza. El chico de los corros de instituto, el novio al que yo tenía que espantarle las seguidoras de primero, casi de segundo, el valiente que ya había cantado en un par de bares guarros, tenía ahora la garganta seca y el aire bloqueado en los pulmones.

Se giró para dejar la guitarra apoyada a sus espaldas, sobre el sofá. ¿Se estaba rajando? Bueno, quizás solo lo estaba posponiendo.

—¿Dónde está la carpeta? —preguntó.

Blanca me había comprado una carpeta verde muy hortera con separadores de cartulina también verde. Después en París la forré con páginas de cómics, para no ver los dibujitos infantiles que solo me recordaban a ella y que hoy ya ni sé cómo eran. En los separadores, durante aquellos tres días en la casa de la Sierra, todos habían ido escribiendo dedicatorias para mí: «Eres la mejor», «Te echaremos de menos», ese tipo de cosas, y algún dibujo divertido.

Le pasé a Gato la carpeta y el puntafina negro que Blanca había traído para que todos escribiesen con idénticos color e intensidad. La abrió y buscó un separador en blanco. Destapó el boli.

—No mires.

Me giré para sentarme correctamente. Bajé los pies descalzos al suelo y puse las manos sobre los muslos. Él empezó a escribir y yo empecé a dar golpecitos con mi planta en el terrazo.

—Para, Azul. Me pones nervioso.

—Vale. Perdona.

Me pareció una eternidad. Casi podía oír cómo el papel absorbía la tinta.

—Ya está. Lee.

Tomé la carpeta en mi regazo y bajé la vista.

Leí.

¿Por qué?

No podía hacerme aquello.

Azul rompe con todo.

Azul saca un pie del camino,

coge una estrella blanca,

coge una sonrisa extraña

y se va.

Azul rompe con todo.

*Azul se me desnuda,
cierra un puño sin rabia,
cierra los ojos sin peso
y se va.*

—No puedes hacerme esto.

Me había quedado con la carpeta abierta en el regazo y la cabeza gacha.

—Escucha.

El grave de la sexta cuerda de la guitarra me sobresaltó; se me hundió en el pecho como un susto y se quedó allí, acelerándome el latido. No quería escucharlo. Los primeros acordes, cuando los recuerdo ahora, me arrastran a otras escenas posteriores, a otros recuerdos mucho peores, lacerantes, pero quiero quedarme en este.

Aquella tarde me cantó todo eso como romanza propia, como descripción de sus cadenas, pero fue él quien después tuvo que consolarme a mí, y aunque no lo tenía previsto, lo hizo bastante bien.

Cuando levanté la vista, inundada de dudas, mientras David seguía acariciando mi espalda encorvada hacia adelante, vi la entrada triunfal de Luis y Blanca, que venían cogidos de la mano para no tener que pronunciar un ridículo «Nos hemos enrollado y vamos en serio». Pues muy bien. Muy bien, genial, estupendo. Por fin habéis encontrado el amor y vais a vivirlo eternamente porque ninguno de vosotros dos es un imbécil que se va a largar a París y por supuesto el otro no es un pringado que se va a quedar aquí escribiendo cartas con bilis azucarada. Que seáis muy felices, que comáis perdices, y a ver si os atragantáis.

Siguen casados. Todavía hoy, veintitrés años después, los otros dos vértices de mi triángulo pasan la Nochebuena con los padres de ella y la Navidad con los padres de él y... Pues muy bien.

Yo todavía no lo sabía, pero ya me imaginaba que de aquellas dos parejas, la de los que lloraban en el sofá y la de los que llegaban de la mano, o sea, la compleja y la simple, una se iba a fracturar amargamente y la otra iba a

protagonizar una dichosa sencillez.

Lo que nunca entendí es que mi tío me convenciese para irme, pero que a la vez me dejase su antigua guitarra. O a lo mejor era como una moneda de cambio. Sí, creo que era eso.

Menuda encerrona. Mi madre lo invitó a cenar y en cuanto él entró al recibidor ya me soltó:

—Me ha dicho esta que te vas a París, ¿no? ¡Cómo mola! —Y me plantó dos besos en las mejillas. Pinchaba.

Mi tío tiene una edad intermedia entre mi madre y yo. Los tres somos igual de pálidos, pero solo yo tengo los ojos azules, heredados de un señor de usar y tirar. Por aquel entonces mi tío debía rondar los treinta y ya había recorrido medio mundo con su enorme mochila.

Mi billete de avión a París, solo ida, ya estaba comprado desde hacía semanas, y quedaban pocos días para que empezase una pena que ya no quería cumplir. Y ahora él hacía como si se acabase de enterar de algo que por supuesto mi madre debía de haberle contado meses atrás. Como si yo no supiese que su visita era una consecuencia directa de lo que yo le había dicho a ella al volver de la Sierra el día antes: que no me iba, y que no iba a tirar por la borda mi historia de amor para aprender *muchas cosas de la vida* ni de coña.

—Te he traído mi vieja guitarra, para que no eches nada de menos. Me ha dicho tu mami que alguien te ha enseñado cuatro acordes, ¿verdad?

Hablaba con la boca llena de patatas fritas. Yo mojaba las mías en la yema, mientras con la otra mano me aguataba la cabeza. Encogí los hombros.

—Se llama David. Es cantante. Me ha hecho una canción.

Él tragó y miró a mi madre, que asintió con la cabeza.

—A ver, Azulita. —Odiaba que me llamase así—. Escucha a tu tío, que es un hombre de mundo. —Se señalaba a sí mismo con ambas manos—. Yo rollos he tenido mil, como mi hermana. Me extraña que creas en el amor, viniendo de

donde vienes, pero bueno, según tengo entendido te nos has enamorado del chavalín ese que las encandila a todas cantando y tal. Yo solo te digo que el amor es una patraña; el amor se acaba, ¿sabes? Eso es así. Ese romance tuyo... ¿Qué tienes? ¿Quince años?

—Diecisiete.

—Da igual. Este tipo no es ni de lejos el amor de tu vida, si es que eso existe. Vas a tener mil historias, mil desengaños, antes de encontrar algo serio, aunque tampoco te lo recomiendo, eso de encontrar algo serio. En fin, lo que quiero decir es que, tía, si te puedes largar un año a París, a tu edad, y esta te lo paga... Joder, cógelo. Eso... Eso sí que no lo olvidarás en tu vida. Te va a cambiar entera, de arriba abajo. Te va a transformar en alguien capaz de todo, en alguien sin miedos, en alguien con amigos de aquí y de allá, en alguien... Yo qué sé. ¿Me explico?

—No.

—Bueno, pues si no me explico, quédate. Y después, cuando ese tonto te deje, o cuando te hartes de él, te miras unas guías de París o te lees algún diario de viajes de esos guapos o hablas con alguien que haya podido ir a estudiar fuera... Y que se te lleven los demonios. Ya será demasiado tarde, ¿vale?

Me metí en la boca la última patata y miré de reojo la funda raída de su guitarra. Necesitaba que alguien le quitase el polvo.

—Vale.

—¿Cómo que vale?

—Que lo he entendido. Ahora, si me disculpáis, necesito estar sola.

Me levanté, me encerré a mi habitación, bajé la persiana y me hinché a llorar entre almohadones.

16. El Gato con canas

He soñado con Gato. No es algo que pase mucho. Lo odio porque los sueños son buenos, pero los despertares malos.

No era el Gato del que me enamoré sino el Gato que duele, el Gato con canas en las patillas que a veces me encuentro por ahí, el Gato que me sorprendió la pasada primavera en la Feria del Libro.

Me había sentado en un banco del Retiro a hojear la novela que acababa de comprar. Él iba hacia la cita con sus admiradores; firmaba en una caseta la recopilación de sus cien letras de canciones, que acababa de editarse con fotos a todo color. Si hubiese visto anunciado que él venía, yo habría salido del parque mucho antes.

—Hola, Azul.

Levanté la vista del libro. Me costó dilucidar su silueta a contraluz. Al reconocerlo, en lo primero que pensé fue en mi aspecto: vaqueros desgastados pero limpios, camiseta de los Goonies, coleta, sí, iba medio mona. Después tragué saliva como intentando bajarme el corazón al sitio, porque se me había puesto en la campanilla. Solo acerté a emitir una sonrisa en modo mueca y a asentir con la cabeza. Él seguía allí de pie, en camisa negra, y yo sentada, sin levantarme. Se aclaró la voz.

—Voy a... Hoy firmo libros.

—¿El de las letras?

Sonrió.

—Sí.

Dejé mi novela sobre el banco, me levanté y le di un beso en la mejilla mientras él ponía y quitaba una mano de mi hombro. Había evitado comprar su

recopilación porque no quería llevarme un disgusto si mi canción no estaba allí. Me leyó el pensamiento, claro.

—Está tu canción. Si te pasas luego, te regalo un ejemplar.

Bajé la mirada a la tierra seca. Me pesaba la frente pero no quería inclinar la cabeza.

—Bueno... Tengo algo de prisa —mentí.

—Es la versión original. La de la Sierra.

Ese era mi Gato. El que se negaba a ser recuperado por mí pero que se pasaba la vida, mi vida, siendo amable, majo, educado, dulce, como si no le doliese nada, como si todo estuviese bien, como si saludarme fuese reencontrar a una vieja amiga, a alguien a quien se quiso y a quien no se guarda ningún rencor. Ódiame un poco, joder, David, que parezca que sientes algo.

Mi canción. La versión original. La de la Sierra. Una flecha con veneno en la punta.

—Si te parece lo busco en alguna librería y otro día te llamo y ya me lo firmas. Tengo prisa, en serio.

—Venga, pues un beso, que me esperan en la caseta.

Me dio dos, uno en cada mejilla. Que no, que ahora ya no quiero besos en las mejillas, Gato, lárgate.

—Hasta luego, David.

—*Ciao*, Azul. Llámame si quieres y tomamos un café.

Él sabía que no le iba a llamar. Nadie sabe por qué me emperro en guardar su número. ¿Guardará él el mío? Quién sabe. A lo mejor estamos igual de locos.

Y hoy he soñado con él. No recuerdo muy bien el argumento. Lo veo sentado, trasteando con el móvil con esos dedos largos que siempre me recuerdan a nuestra despedida de septiembre del 93. Creo que además de él había por allí más gente, entre ellos mi pareja, no sé qué pareja ni de cuándo, pero la verdad es que todo excepto él estaba desenfocado. Él, en mi centro de atención, me decía que quería que colaborásemos en una canción que tenía previsto grabar

pronto. Entonces yo le preguntaba si se refería a todo el grupo, porque yo cantaba en un grupo a capela de cuatro voces. En realidad lo del grupo fue cuando teníamos unos veintipico, pero la Azul y el Gato del sueño éramos los actuales, como si él volviese ahora a pedirme aquello.

—¿Te refieres a las cuatro voces del grupo? ¿Contigo?

—Bueno... —Me miraba fijamente, desde una distancia como de cinco o seis metros—. No. Me refiero a ti. Me gustaría incluir en el próximo disco una canción cantada por mi guitarra, por mí y por ti, los tres solos.

Me despierto y abrazo a Adrien, fuerte, muy fuerte, para que la potencia del abrazo borre a Gato de mi piel presente. ¿Por qué lo siento en la piel si no me ha tocado en todo el sueño?

Sonríe aún dormido. Clavo la punta del índice en una de sus mejillas, buscando el hoyuelo que duerme plácido bajo la barba. Intento volver a la realidad mediante algo lo suficientemente bello como para eclipsar mis visiones nocturnas. Mi Jeffrey Dean Morgan me da una palmadita en la mano y yo me rindo y me dejo caer de nuevo en el colchón como un peso muerto. Pongo las manos bajo la nuca. Por el balcón entra algo de luz gris, un pedazo de cielo de tormenta. Si mi amante no se despierta voy a empezar a hacer eso de visualizar cartas antiguas, su letra grande y pequeña, sus líneas rectas pero en ascenso o en descenso, sus dibujos y aquella especie de grafitis con letras dobles de colores que gritaban su amor por mí desde el papel, con estrellas, exclamaciones y corazones rotos.

Adrien susurra que puede oír mis comeduras de cabeza desde sus sueños, que qué hago cavilando si todavía es casi de noche, que lo he despertado solo pensando, que grito por dentro. Pregunta si estoy bien.

Me giro, intento sonreír. Él me guiña un ojo y con un brazo me atrae hacia sí y me besa. Ahora sí, estoy bien.

Después, desnudo, sale de la cama, me ofrece canturreando un *café au lait* y me invita a hacer juntos unos cruasanes rellenos de chocolate.

Cuando me echo a la calle con la ropa de ayer y la tripa llena, después de haberle canturreado a Adrien cuatro tonterías de la Movida con su guitarra carísima, un primer rayo ilumina la calle y me hace levantar la vista. Cuando la bajo, todavía con la puerta del portal en la mano, entreveo tras la cristalera empañada de la cafetería de enfrente una mirada directa hacia mí. La silueta, sentada, se arruga y se lleva las manos a la cabeza. Creo que se está poniendo la capucha. Se levanta.

Me largo. Ando rápido, esquivando las primeras gotas de lluvia, gruesas y calientes. A mis espaldas chirría la puerta de la cafetería. Continúo mi marcha, casi corro. No voy a girarme. No me giraré. Que no. Pero me giro. Ahí está, mi sombra, pisando mis pasos y oscureciendo las fachadas. ¿Qué me está pasando? ¿De verdad creo que Donky me seguiría hasta aquí? Y si me está siguiendo, ¿dónde ha pasado la noche? ¿Desde cuándo me espera frente a la puerta de Adrien? No puede ser. Es solo un adolescente aburrido, pero es bueno, él no me asustaría así. Me giro otra vez. ¿Dónde está? Me siento sola en la calle, cubierta de nubes negras pero mojada por un rayo de sol que se escapa del cielo. No lo veo. Ahora ya no. Doblo la esquina. Oigo pasos sin peso a mis espaldas. ¿Otra vez? Sigue ahí. Sigo corriendo. Ya veo las escaleras del metro. Ya veo otras almas por las aceras. Desacelero un poco. Camino, meto las manos en los bolsillos del abrigo y desciendo al submundo de andenes y vagones.

17. Bajo la lluvia

Cuando salgo del metro la tormenta ya ha estallado. Subo las escaleras de dos en dos. Mi abrigo verde no tiene capucha y no llevo paraguas, pero la verdad es que me apetece una buena ducha. Decido no correr.

Una vez, a los catorce años, Blanca y yo nos pasamos discutiendo todo el trayecto del instituto a casa sobre cómo nos mojaríamos menos bajo la lluvia, si andando o corriendo. Ella insistía en que si corríamos llegaríamos antes; menos tiempo bajo la lluvia, por lo tanto menos lluvia. Yo alegaba que, si andábamos, chocaríamos contra menos gotas por segundo, y que, aunque estuviésemos más tiempo bajo el chaparrón, no nos mojaríamos más. Llegamos empapadas, por supuesto, algo que en el fondo no pretendíamos evitar.

Ahora tengo ganas de quedarme en el centro de la Place de la Mairie de Levallois, sobre el escudo del pavimento, o quizás incluso metida en una de sus fuentes, mirando al cielo con los brazos extendidos; pero me quedo en mi triste cruce, entre dos bancos, un horno y una cafetería, haciendo eso mismo sobre el asfalto, rodeada de cuatro pasos de cebra, obligando a pitar a un motorista con prisas.

Al bajar la vista me percató de que la Rue Voltaire muere aquí mismo, una manzana más allá. La puerta de medio punto de una iglesia, un rosetón, su tejado a dos aguas y una torre sencilla me llaman desde el fondo de la calle. Abandono la idea de girar por Président Wilson y me dirijo hacia allí. «Église Saint Justin», leo. Las copas de los árboles que preceden la fachada han sido recortadas como prismas rectangulares, como yo. No sé si está cerrada pero no quiero entrar. Y siempre he sido atea, pero hay en la acera rojiza dos

imanes que hacen caer mis rodillas al suelo y, después, sin necesidad de imantación, mi frente cae y se posa y se moja y extendiendo los brazos hacia delante, por el rojo, y me dejo bautizar por la lluvia. Ya no sé a quién pedir ayuda, ni cómo se pide eso, y Adrien no basta, y Mary Poppins no basta, y quiero salvarme yo, pero tampoco me basto y no quiero volver a mi vida, quiero quedarme aquí en este extraño sueño que me mece y me aleja de mí misma y no me toques, déjame, aparta tu mano de mi hombro, no quiero levantarme, déjame en paz.

—¿Azul? ¿Azul? Dale. Levantate, mujer. ¿Qué hacés acá?

Giro un poco la cabeza.

—¿Donky?

—Soy Charlie.

Está de cuclillas junto a mí, con la palma en mi espalda, y la capucha de su abrigo negro sobre la cabeza. Me incorporo, me levanto del suelo, y él se yergue. Le clavo mis ojos demoledores.

—¿Qué hacés, gorda? ¿Estás bien?

—¿Bien? ¡¿Bien?! —Empiezo a gesticular como una posesa—. Pues lo intento, pero no puedo, ¿sabes? Porque hay un loco que me sigue. ¿Sabes algo de eso? ¿Te suena? ¿Te suena un tío de negro que se esconde entre arbustos o tras los cristales para espiarme, eh?

—¿Qué estás diciendo? No me asustes.

—¿Qué no te asuste yo a ti? —Le golpeo el pecho, para apartarlo un poco—. ¡¿Serás cabrón?! Sé que eres tú, ¿vale? ¿Qué te pasa? Debo de tener la edad de tu madre. ¿No tienes madre? ¿Por qué me haces esto? ¡Tengo otros problemas, ¿sabes?!

—Azul, no sé de qué me estás hablando. En serio. Estoy solo, a lo mejor soy un pesado, pero no estoy loco, ¿entendés?

—Entonces, ¿qué haces aquí? ¿Nos hemos encontrado de casualidad?

—Sí, claro. Iba para el Lycée y me desvié a comprarme algo para comer después al mediodía. —Frunce el ceño—. Si te estuviese persiguiendo a

escondidas no estaría acá hablando con vos.

Tiene razón. Respiro. La lluvia sigue cayendo. Tengo el pelo empapado, enredado y pegado al cráneo. Miro a mi pobre Donky. ¿Cómo he podido sospechar de él?

—Vaya... Supongo que prefería pensar que.... Es que si no eres tú... Entonces sí que da miedo, ¿no? —Sonrío.

—No tiene gracia, Azul —responde muy serio—. Estoy... Estoy... Creí que éramos amigos. Y si todavía lo somos un poco, creo poder decirte que tu único problema no es imaginar que alguien te sigue. Ya nos veremos. Supongo.

Se gira y se larga sin más, escribiendo con sus pasos sobre el agua que se está mejor solo que mal acompañado.

Me despierta una paloma blanca, ¿o quizás debería decir *la* paloma blanca? Pica el dorso de mi mano derecha, que duerme cruzada sobre la izquierda, en mi regazo. Me he quedado dormida sentada en la hierba, apoyada en el tronco de uno de los árboles geométricos, medio protegida por ellos de la lluvia. Enderezo la cabeza y me acaricio la nuca. La paloma se restriega ahora por mi palma izquierda y me ensucia de barro el abrigo con sus patitas. No sé si es la paloma mensajera o la de la paz, o si será la paloma de la pureza y la fidelidad, o si viene a anunciarme, como a Noé, que la inundación empieza a remitir ya; no trae ninguna ramita en el pico y tampoco conozco tanto la simbología como para saber si todas las palomas que me invento son la misma. Sergio diría que es su paloma, la de su alféizar, como si pudiese haber seguido viva hasta ahora. Sonrío tristemente y me toco la tortuguita del segundo agujero de la oreja derecha.

Ya está bien de ser tan patética.

Me levanto y me dirijo a la pensión. La paloma me sigue a pie por las aceras, como para cerciorarse de que no hago más tonterías y de que llego sana y salva.

Cuando abro la puerta, Donky, que por lo visto me ha oído, sale del salón con

el abrigo en la mano y sube hacia su habitación sin saludar. Parece que se le han ido las ganas de ir a clase. La paloma da un saltito y entra conmigo; se posa en un sobre que hay en el parqué, dejando sus huellas de barro a modo de matasellos. Después golpea mi nombre con el pico. Reconozco la letra al instante, pero aun así cojo el sobre y lo giro. Carta de Sergio.

La paloma alza el vuelo y sale volando a la calle justo antes de que yo cierre la puerta y ya aparezca Madame Poirier con una toalla blanca, y adivino que caliente, entre las manos.

18. Unas segundas voces

Querida tortuga azul:

No he podido evitar enviarte una carta a la antigua usanza. Recuerdo como se te iluminaban los ojos, ese par de ojazos, cada vez que llegaba una de tu felino a casa de Madame Avarice. Ya sé que no es lo mismo, pero sé que te gusta recibir sobres, aunque ya estemos en otra era, y fijo que todavía más estando en París. Espero que te llegue a tiempo. Creo que dijiste que te quedabas hasta Reyes.

Se me hace muy raro saberte ahí. Pero muy muy raro, tía. No sé. Ya sabes que aquel año nos marcó, y que fue extraño en algunos sentidos, sobre todo en términos sentimentales. Y ahora, imaginarte en París, a nuestra edad, y no saber si has viajado sola ni por qué has ido, en plenas fiestas, y qué haces instalada en la que fue tu casa en lugar de en un hotel normal, como se hace cuando se viaja por placer... Intento leer tu vida entre líneas en las redes sociales, pero eres discreta, y más lo soy yo, si es que has intentado saber de mí. Te imagino por Levallois y te siento muy cerca de repente, después de veintidós años sin verte, después de decirte aquello, después de tanto silencio y de cuatro mensajitos de puro protocolo.

¿Estás bien?

Que no se te ocurra responderme en papel, porque si no estás bien no voy a llegar a tiempo. Envíame solo un sí o un no al chat de la red social y yo haré el resto.

Tu palomo, que te quiere.

Es la quinta vez que la leo. Estoy dándome un baño de agua caliente y de vez en cuando saco la mano, me la medio seco en la toalla que me espera sobre la

silla, la bajo al suelo y cojo de nuevo la hoja de libreta escrita a boli. Estoy empezando a arrugarla y a mojarla un poco por donde pongo los dedos.

No puedo responderle. No puedo mentir a Sergio. Y si le digo la verdad... ¿Qué quiere decir «no voy a llegar a tiempo», eh? Miedo me da. No sé de qué es capaz.

Dejo la carta de nuevo sobre el linóleo verde manzana, sumerjo otra vez la cabeza y dejo que mi pelo ondulado se extienda por el agua alrededor de mi cráneo, hundido pero flotando.

Ese papel huele a nostalgia. Huele a intentar recuperar algo que ya no.

Dejarme ayudar por Sergio no iba a servir de nada porque ni él ni yo somos ya los mismos y el canal de comunicación entre nosotros, incluso nuestros códigos... Todo eso ha caducado. Debo buscar algo nuevo, quizás apostar más en serio por Adrien.

Me acaricio el cuerpo bajo el agua caliente. Saco de nuevo la cabeza.

Querría releer la carta, pero no, ya está bien. Ese papel huele como mis manos de pija de veintiséis años en los bolsillos de Gato, los dos en su vespino por un Madrid reseco, hacia el estudio de grabación de su tercer disco.

Mi madre y yo estábamos comiendo cuando sonó el teléfono. Ella siempre ha tenido por norma no moverse a responder a *esos maleducados que llaman en horas inoportunas*. Me levanté de la mesa y fui hasta la mesita de al lado del sofá.

—Sí.

—¿Eres Azul?

—Sí.

—Soy David.

Me había pillado desprevenida. Sabía todo de él, pero no habíamos coincidido desde mi torpe intento del 2000, dos años antes.

—Vaya. Hola.

—Estoy grabando unos temas para el próximo disco. He estado escuchando vuestra maqueta y...

Socorro. Qué vergüenza. Se refería a aquel casete de solo cuatro canciones a capela bien arregladas, pero tan mal editadas.

—Nada. Te quería preguntar si te animas a hacerme unas segundas voces.

Al cabo de dos días me subí a su moto. Y por supuesto que recuerdo las canciones, y cada nota que inventé para los coros, porque me dijo que los crease yo; y podría describir el tacto de los auriculares calientes sobre la piel de mis orejas y la densidad del negro del filtro que había entre el micro y yo. Pero el hecho es que, para mí, aquellas voces se reducen al asfalto hibernal recorrido junto a él. Salir del portal y encontrarlo subido a su vespino, con un casco puesto y con otro en la mano, para mí. Entrever tras el plástico limpiísimo su mirada, ahora ya sí, fosforescente. Montarme y cogerme a su cintura y meterle las manos en los bolsillos caldeados de su chupa nueva sin pedir permiso. Charlar de tonterías en los semáforos rojos, odiar los verdes. Aprender que con él yo podía reírme sin sentirme culpable y darme cuenta de que él podía vivir sin mí, y mucho.

Y después vino todo el asfalto entre Madrid y Barcelona, que recorrimos en una furgoneta blanca, medio dormidos el uno contra el otro, acompañados de su productora y de su mánager, que además conducía. Me había invitado a presentar el disco en un local de gente guay del que no recuerdo el nombre y que aquel día solo admitía el acceso a la prensa. Éramos dos veinteañeros sentados en un vacío blanco sobre dos taburetes negros y nos tomaron súper en serio. Me pregunté si David Maire, Gato Negro, llegaría a ser un Joaquín Sabina o un Silvio Rodríguez. Sus textos habían mejorado mucho; ahora eran más sutiles en la forma y más impactantes en el fondo. Sus manos se movían por la guitarra con una agilidad que yo reconocía de sus caricias, pero no de sus acordes de nueve años atrás. A veces me miraba para darme la entrada y a veces sonreía recordando cómo nos habíamos tronchado al improvisar tal o tal dibujo melódico en el estudio de grabación. Después vino el asfalto de vuelta

y un pico en los labios sin intención ninguna —como todos los picos que los modernillos nos dábamos entre nosotros—, de despedida.

Nos encontramos al cabo de un año, una madrugada de inicios de primavera, ante la puerta de un bar del barrio, petado a aquellas horas. Yo estaba fuera, apoyada en la fachada; hablaba por teléfono —hacía poco que ya todos teníamos móviles— con mi novio del momento y el pico de David me dejó sin habla. Creo que fue el último; tardaríamos tanto en volver a vernos que entonces ya nos sentiríamos demasiado adultos para eso de los besos guays en los labios. Colgué el teléfono sin despedirme y no me lo metí en el bolsillo, porque los móviles aún eran como troncos.

—Hola.

—Hola.

—He acabado la gira. —Llevaba una chaqueta tejana perfecta, abierta, que dejaba ver una camiseta azul marino bien planchada.

—Ah. Y, ¿qué tal ha ido?

—Bien. Pero debí... —Entre los labios oscuros, dejó escapar un aire tibio como de flores naranjas—. Debiste venir conmigo.

—¿Por?

—La gente... —Encogió los hombros—. La gente no cantaba conmigo. La gente cantaba por ti. Como si te echara de menos, como si les faltasen tus coros, los del disco, tu voz. Era precioso.

—Vaya.

Se le habían empañado los ojos y yo no sabía qué tenía que decir.

—Bueno —dijo, y carraspeó—. Voy para adentro. He quedado.

—Sí.

Fue a entrar, pero lo agarré del brazo y le hice volver a mí. Se giró a mirarme.

—Gracias —dije. Quería añadir un «por no odiarme» pero no me salía más aire por la boca.

Él tragó saliva.

—Supongo que ha sido mejor así, ¿no?

Asentí con la cabeza. Me hubiese pasado la gira tirándole los trastos y él rehuyéndome. Los dos lo sabíamos, que el miedo que yo le metí en el cuerpo, ese sentimiento solo de mi propiedad pero que él atesoraba, era un muro infranqueable. Yo lo había levantado, pero él lo custodiaba. Las patadas de mis Dr. Martens no podían contra eso.

Habían pasado diez años y ni siquiera yo los había contado.

19. *Ma solitude*

El congelador de Madame Avarice empezaba a asemejarse a su nevera, por lo vacío. Ya ni siquiera encontrábamos chips y palitos de merluza suficientes como para agotar una bolsita de ketchup del Burger King. Las paredes hedían a tabaco fumado años atrás y a refrito de bar insalubre, pero no nos dejaba abrir las ventanas porque decía que se iba el calor, como si lo hiciese, en aquel piso lúgubre de radiadores gélidos. Me habría encantado tener un microscopio para analizar con actitud antropológica las relaciones entre las comunidades de seres que habitaban la moqueta.

—¿Crees que hago mal en ir descalza, Sergio? A lo mejor pillo algo chungo del suelo este, ¿no?

—Eso da igual. Deberías preocuparte por la pulmonía que vamos a coger, a punto de entrar en diciembre y sin calefacción.

Me dejé caer en su cama. Sabía que le daba rabia que se la arrugase, y más con ropa de la calle, pero lo hacía por él, por educarlo en la tolerancia a la imperfección. No era más que un aragonesito tiquismiquis.

—Te lo pido por última vez, tío, en serio: larguémonos de aquí, los dos juntos. Ya somos mayorcitos. Yo busco alternativas y te cuento. No tendrás que hacer nada. Solo la maleta. ¿Sí? ¿Porfi?

Nunca entendí por qué no dijo que sí, por qué no aceptó mi sueño de una nueva familia para los dos, un nuevo clan parisino que nos diese cobijo de verdad, una parejita maja y normal, quizás con niños, que nos arropase por las noches. Creo que había algo de niño bueno en él que le impedía hacer planes si el origen de la idea no provenía de sus padres. Incluso a veces he pensado que a él le bastaba con arroparme a mí.

Pero no fue por eso.

Si me dio por decirle a mi madre que ya no aguantaba más en París no fue porque Sergio no quisiera cambiarse de familia conmigo. Fue por la cabina de la esquina y por los sobres que se colaban por la ranura bajo la puerta de mi cuarto. Llegaba del Lycée, abría mi habitación, miraba la moqueta, recogía la carta, la abría con prisas, la leía rápido, la releía despacio, bajaba a la esquina, lo llamaba, se me acababa la télécarte, corría al estanco a comprar otra, llamaba otra vez y, cuando por fin colgábamos, volvía al piso a tocar una guitarra vieja, a escribir en un diario gris y, en definitiva, a hundirme en la miseria.

Y una tarde de esas lo dije, lo decidí, lo decreté, lo grité, y Sergio no movió ni un solo músculo.

Mi madre movió los hilos, a su pesar. Por una vez en la vida, respetó mi decisión. Todavía hoy me sorprende; debí de mostrarme más firme de lo habitual. Resolvió mi readmisión en enero en mi antiguo instituto y avisó al Lycée para que arreglase los papeles que hubiese que arreglar. Después de Navidad no haría falta que volviese a la capital francesa.

No habían pasado ni veinticuatro horas de mis últimas conversaciones con mi madre y aún me faltaban cuatro escalones para aterrizar en la planta de nuestra aula cuando el sevillano me atrapó por el codo y me echó un brazo sobre los hombros.

—¿Qué me han dicho, niña, que te vas?

—Joder, Álex, sí que van rápidas las noticias por aquí. Bueno, hasta Navidad me quedo.

Seguimos subiendo, así juntitos, y me susurró al oído:

—Está Teresa escampándolo como quien no quiere la cosa. Qué maja, ¿no crees? —Se refería a nuestra tutora, la profe de castellano.

—¿Para qué? ¿Para que me digáis que me equivoco?

—Yo no te voy a decir nada de eso, mi Azul. Yo te voy a decir una cosa na' más. —Y se retiró la melena rubia de la cara—: no estás sola. Recuérdalo. O

a lo mejor es que somos muchos solos por aquí y tanta soledad arrojada pues se vuelve compañía al final. ¿Entiendes?

Asentí con la cabeza. Me arrancó el gorro de lana, me dio un beso en la coronilla y me adelantó. Me quedé allí de pie, al inicio del pasillo, dándole al tarro mientras todos me esquivaban. Había plantado en mi cráneo la semilla que salvaría mi vida y la había regado con sus labios.

Pensé en la soledad de Sergio. Y en la de Álex. Pensé en la toledana y en los asturianos. Pensé en la hija del cónsul y en Ángel, el hijo del portero de escalera extremeño. Pensé en el hijo de la directiva de Renault desplazada por un año a la central y en la hija del futbolista gallego fichado en Francia. Pensé en los latinoamericanos. Pensé en estar con padres o sin padres y pensé en las barreras lingüísticas. Pensé en la soledad como en una pesada que viene a verte estés donde estés o como en un plasta que se emperra en perseguirte. Pensé en la soledad como en un sentimiento recurrente sin motivos siempre contrastados, algo muy interno, algo así como un quiste antiguo y maleable pero inextirpable. Un parásito.

La soledad era yo.

Mi soledad.

Me abracé a mí misma unos segundos.

Me estaba enamorando de ella.

Me había quedado en una catatonia epifánica en medio del pasillo, ya casi sola.

La soledad nos unía los unos a los otros como un pegamento dulce.

La soledad nos enseñaba algo.

El pozo de la soledad tenía una boca estrecha por la que entraba un haz de luz andaluza, aragonesa, asturiana, castellana, extremeña, parisina, universal.

A lo mejor iba a tener razón el viejo Moustaki cuando cantaba guitarra en mano que con la soledad uno nunca está solo, que es como una sombra, como una amiga. ¿Era eso lo que yo quería? ¿Me bastaba con eso?

Pensé en la soledad de Gato y en la soledad de mi triángulo, más isósceles que nunca, casi roto. Pensé en mi madre plegando ropa sin plancharla, escuchando a Moustaki en un cedé reeditado. Pensé en la guitarra de mi tío, y en mi tío y en sus fundas raídas, sus corazas.

Arrastré los pies hasta mi aula. Cuando entré, se hizo el silencio. Me senté entre Ángel y mi ventana.

De la clase que aquella mañana a las nueve nos regaló Valentín, el profe de filosofía, solo recuerdo la mejor frase que dijo en todo el curso: «La inteligencia es la capacidad de adaptación». Y es posible que no la dijese aquel día; a lo mejor faltaban días para que lo explicase o a lo mejor lo había hecho ya, pero en mi recuerdo, esa frase y la soledad y el beso de Álex forman un pack indivisible.

Dejé caer la cabezota en el hombro del extremeño.

Non, je ne suis jamais seul avec ma solitude.

20. El haba de la sabiduría

Azul: No quiero volver. No me apetece nada

Luis: Pero mujer. Justo al contrario que entonces que por poco te vuelves y te quedas en Madrid a acabar el curso

Azul: Es que, Luis, se está muy bien sola

Luis: Me estás asustando ¿Quieres que vayamos a recogerte? A Blanca le encanta París

Azul: Pues no se vino conmigo

Luis: Bien que fuimos a visitarte, ¿no?

Azul: Pero no a pasar el año como yo

Luis: Su padre no la dejó, ya lo sabes

Azul: Bueno, eso y que estaba coladita por ti

Luis: Pero el lunes curras, ¿no?

Azul: No quiero ir

Luis: ¿Vas a decir que estás enferma? ¿Qué vas a hacer?

Azul: A lo mejor nada A lo mejor me borro. Me esfumo

Luis: Ahora ya me estás acojonando. En serio

Azul: ¿Tengo cara de suicida? Necesito alargar las vacaciones

Luis: Entonces llama al laboratorio y dilo. No te van a poner pegas. Eres demasiado valiosa

Azul: ¿Y si no quiero torturar más ratones? ¿Y si no quiero ser más un ratón?

Luis: No te precipites, tía

Azul: ¿Sabes lo que es una galette des Rois?

Luis: ¿Cómo un roscón de reyes o algo?

Azul: Ni punto de comparación

Luis: Tráeme un cacho

Azul: No queda. Y deberías ponerte a régimen

Luis: Prefiero hacer después abdominales

Azul: Tú no has hecho abdominales en tu vida

Luis: ¿Cuándo llega tu vuelo? ¿Va alguien al aeropuerto?

Azul: Se supone que el domingo. Pasado mañana, el 8

Luis: ¿Te recogemos?

Azul: Ya te he dicho que no vuelvo

Luis: Creía que era solo una idea

Azul: Pues ahora ya lo he decidido

Luis: Tú misma. Ya sabes que nos tienes aquí

Azul: Un beso, guapo

Luis: Cuídate, por favor

Aunque todavía no ha perdonado mis absurdas acusaciones, anoche Donky entró en el juego de la *galette des Rois*. Al ser el más joven de los cinco, Mary Poppins se empeñó en que se metiese debajo de la mesa. Recuerdo haber hecho eso mismo en enero del 94, a los pocos días de instalarme en la pensión, pues por aquel entonces la mayoría de los huéspedes me sacaban unas cuantas décadas. Ayer, después de la cena, tras lanzarme una mirada de «No creas que porque me meto bajo la mesa te estoy amnistiando, lo hago por Madame Poirier», Charlie desapareció en cuclillas tras los flecos verdes del mantel rojo, que hacía las veces de telón teatral. Desde allí, a ciegas, designaba quién debía recibir cada porción de pastel cortada por las manos negras y octogenarias del viudo, el más mayor del grupo.

Donky está tan enfadado conmigo que dejó mi nombre para el final. Indicó que le diesen porciones a la finlandesa, a la dueña de la casa, al que cortaba el pastel e incluso a él mismo antes de decir mi nombre, que le salió por la boca como uno de esos rebuznos orgullosos que en las pelis el asno vomita a Shrek cuando se ponen de morros. Y como la *galette* la había hecho yo, pues supe

enseguida que, pese al mosqueo, mi amigo me estaba asignando sin darse cuenta el haba seca que simboliza el profundo conocimiento de los secretos de la vida.

No quise reírme ante la ironía, para no hacerle enfadar más, y ni siquiera tenía ya ganas de llorar; llevaba tres copas de *champagne* en el cuerpo y el aire olía a despedida espinosa. Quién sabe, pensé, a lo mejor me merezco el haba, a lo mejor no soy tan estúpida. Con Adrien lo he hecho medio bien, creo, aunque solo sea una aventura con los días contados.

Donky salió de debajo de la mesa, volvió a su silla y se puso a comer mi *galette*. Fue el único que no me felicitó por su exquisitez. Yo comí poco a poco para no romperme un diente y, cuando di con la legumbre, dura como una piedra, me hice la sorprendida y todos me aplaudieron. Me cayó alguna palmadita en el hombro. Después me pusieron la corona de cartón dorado que mi institutriz había estado recortando y decorando mientras me daba indicaciones culinarias para elaborar el mejor pastel de Reyes.

Habíamos pasado juntas la tarde en su cocina, ella con su vestido azulón hasta los pies, sentada ante la mesita blanca, y yo, en pijama, de pie frente al banco de mármol, encarada a la ventana que da al jardincito interior. Mi Mary Poppins había subido a rescatarme de mi cama porque sabe que cocinar me sume en un dulce estado meditativo; deshacer los grumos de la harina en la leche me limpia el recuerdo y me ancla al presente, batir yemas me sacude el pensamiento y me lo aturde, repartir crema sobre hojaldre me dilata la vida y sellar la masa con un tenedor me amarra al suelo. Cuando cocino los relojes callan. Cuando cocino... el exterior es una niebla nítida, un gris blanco que deslumbra y al que no hay ni que mirar.

Después de cenar subí a mi habitación con los zapatos de tacón en una mano y la copa de *champagne*, con el haba en el fondo, en la otra. Reconozco que estaba algo piripi y que la alfombra que viste los escalones parecía ondularse y querer salir volando.

Al llegar arriba solté los zapatos, di el último sorbo, escupí el haba en el

crystal, abandoné la copa en el tocador y me dejé caer sobre la cama con los brazos extendidos y la corona puesta. Me quedé mirando un techo que giraba lentamente, solo iluminado por la poca luz que entraba por la mansarda. El haba de la sabiduría, a mí, menudo cachondeo. Me entró la risa tonta. Yo, maestra en los secretos de la vida. Pues a lo mejor sí. Al fin y al cabo, llevo vivido lo mío, aunque sea en plan torpe, y la experiencia es un grado.

Cerré los ojos. De acuerdo. Supongamos que soy una mujer sabia, que he hecho bien en venirme a París a lo Sabrina, que he acertado dejándome mimar por Adrien y por Mary Poppins, que no ha sido ninguna locura informar a Sergio de mi escapada navideña, que no desacierto dando rienda suelta a mi pasión por la cocina. Si todo eso está bien, si voy por buen camino, ¿cuál es el siguiente paso?

¿Estás bien?

Que no se te ocurra responderme en papel, porque si no estás bien no voy a llegar a tiempo. Envíame solo un sí o un no al chat de la red social y yo haré el resto.

Tu palomo, que te quiere.

Que te quiere. Que siempre te ha querido. Y yo a ti, bombón, y yo a ti, pijito aragonés.

Me dormí vestida, atravesada en la cama, con los pies colgando.

Me he despertado y, al poner los pies en la moqueta, he sentido que el suelo se me pegaba a las plantas, que casi quería absorberme y me pedía: «Quédate. No puedes irte todavía».

Vale, me quedo. Me quedo y ya veremos hasta cuándo.

¿Qué haría ahora una chica merecedora del haba que simboliza el profundo conocimiento de los secretos de la vida? ¿Dónde está mi móvil?

Lo he encontrado apagado y sin batería en el bolsillo de mi abrigo verde, lo he enchufado al lado de la mesilla y lo he encendido. Me he metido vestida

entre las sábanas, me he puesto mi corona de cartón dorado y se lo he contado a Luis como para convencerme de que era una resolución y no un titubeo.

Después abro la aplicación de la red social y busco a Sergio: «No lo sé. No sé si estoy bien. Te mantendré informado».

21. La Prueba

En el sótano del Lycée, antes de llegar a la cantina, a la izquierda del pasillo, había una sala; amplia, con escenario y muchas sillas, creo que verdes, de esas escolares.

De aquella sala solo recuerdo cuatro momentos. Llevo rato pensando en ello.

Sigo en la cama dejando que la mañana de Reyes se consuma, con el móvil en la mano y la aplicación abierta, esperando una respuesta de Sergio que no llega.

Recuerdo una chuleta de fórmulas matemáticas volando desde mi calculadora hasta el suelo, un metro por delante de mis pies, y la mirada cómplice y malota de un compañero de Murcia. La recogí rápido, a espaldas del profesor. El murciano y yo nos sonreímos.

Recuerdo otro examen de mates, un examen finalísimo al que el profe —un tipo enrollado de rizos grises despeinados— me había invitado para subir nota, para poder ponerme un sobresaliente, porque tenía una media de ocho y medio. No me presenté. Pasé por la puerta a mirar de reojo y él me devolvió una mirada sin juicios. Puso el nueve en mi expediente sin mediar palabra. Nunca le di las gracias.

Recuerdo que el telón siempre estaba abierto y que algunos mediodías la segoviana se subía al escenario y se sentaba ante el piano de cola. Sus padres habían pactado con la dirección del centro que le permitiesen practicar allí para que el curso en París no hiciese mella en su carrera musical. Mientras tanto, yo me debatía entre la liberación de haber podido abandonar mi piano vertical en mi cuarto vacío de Recoletos y la pena de saber que nunca llegaría a ser buena con ningún instrumento, porque a mi madre el saxo le había

parecido poco para mí y porque «Hija, te falta fuerza de voluntad».

Pero lo que más recuerdo de aquella sala, lo que más de todo, es la Prueba, con mayúscula. Creo que fue un test de inteligencia, de coeficiente intelectual. El psicólogo del centro nos hizo bajar a media mañana a todos los alumnos de COU de unas y otras ramas, y se puso a repartir cuadernillos grapados por el lomo. No recuerdo explicación alguna, aunque quizás la hiciese. Dijo «Ya» rascándose la calva y se hizo el silencio. Empezamos.

No era difícil. Todas las preguntas tenían respuesta. De hecho, había que escoger la correcta de entre cuatro propuestas. Había sinónimos, cubos incompletos, campos semánticos, figuritas en dos y tres dimensiones... Mi recuerdo es algo borroso. Veo mi boli Bic cabalgando entre recuadros, marcando crucecitas, y mi mano pasando páginas. Veo sinapsis color fucsia conectando a todo trapo mis neuronas azulonas entre minúsculas estrellas amarillas. Cuando el psicólogo dijo «Tiempo. Cerrad los tests. Dejados aquí», y señaló el borde del escenario, me quedaban varias páginas para acabar. Pensé que había fracasado estrepitosamente. Miré a mi alrededor. Nadie había acabado y, por lo visto, mis compañeros ni siquiera habían llegado a la misma página que yo. Respiré medio aliviada y abandoné mi cuadernillo sobre el montón.

—Deberían haberme hecho esta prueba en segundo, en mi insti de Madrid.

—¿Por qué dices eso?

—Porque a lo mejor mi madre me hubiese escuchado cuando dije con la boca pequeña que a lo mejor yo prefería letras.

Ya estábamos en mayo y el sol bañaba el patio. El psicólogo nos iba llamando uno por uno a su despacho, en la planta más alta, y nos explicaba nuestros resultados y sus conclusiones al respecto. Al bajar encontré a Sergio sentado en el respaldo del banco, ensuciando el asiento con las plantas de sus zapatillas, de un modo impensable cuando lo había conocido ocho meses atrás. Le habían crecido greñas, se afeitaba poco y se peinaba menos. Su camiseta

blanca, aunque arrugada, deslumbraba, pero mis ojos no podían apartarse de sus bíceps, de sus brazos sin un solo pelo.

—¿Qué te ha dicho el loquero?

Me senté a su lado. Íbamos conjuntados, blanco y vaqueros, pero yo en tirantes.

—Que no sabe qué hago en ciencias.

—¿Y eso?

—Que soy superior en letras.

Nos quedamos los dos contemplando la pista de baloncesto con las miradas perdidas.

—Bueno, lo que cuenta es qué te mola —dijo él.

—Pues lo dicho. De todos modos dice que no pasa nada, que pese a eso soy muuuy superior en ciencias a tooda mi clase. Hay que joderse.

Me dio un codazo.

—Cada día hablas peor, Azul.

—Estoy hasta el coño de mi madre. De pensar que en un par de meses estaré otra vez viviendo con ella...

—Quédate.

—¿En París? ¿Contigo?

—No. Yo me vuelvo a Zaragoza.

—¿Y qué harás?

—No lo sé. Derecho, dice mi padre, pero solo me gusta el deporte. Te lo digo porque hay gente que se queda a hacer la carrera.

—Ya.

—Tienes aquí Le Cordon Bleu. He estado investigando. Creo que hay otras sedes por ahí, por Europa y eso, pero la de París es la original, la guay, y cumple un siglo el año que viene. Hay un montón de especialidades y...

—Sergio, para, tío. ¿De qué estás hablando?

—De estudiar Cocina.

—¿Cocina? ¿Yo? Yo voy a estudiar Biológicas, ¿no te lo dije?

—Bueno, pensé que... Desde que vives con esa tal Mary Poppins solo hablas de repostería, Azul. Te pasas las tardes en su cocina haciendo...

—Eso solo en un *hobby*, palomo. —Sacudí una mano en el aire, como si su loco planteamiento fuese una mosca molesta.

Encogió los hombros.

—Pensé que podría ser una buena idea.

—Oye, que vengo del psicólogo, ¿vale? Ya he tenido bastante con él.

—¿Por qué me dices eso?

—A todos os parece todo muy fácil. Que estudie lo que quiera, dice. Que me deje llevar. Que haré bien cualquier cosa que elija. Ese no conoce a mi madre.

—Entonces no vuelvas a casa.

—Mi madre no me va a pagar otro año de niña rica.

—Pues te pones a currar.

Me callé. Aquello me hizo dudar. Quizás no fuese una locura. ¿Bellas artes? ¿Filosofía? Suflé de queso. *Galette des Rois*. Mis tardes de cremas sin grumos y de mantequilla líquida en la cocina de Madame Poirier. Inspiré como si el patio del Lycée pudiese traerme el aroma de nuestros cruasanes y miré a mi amigo.

—Pero, ¿te quedas conmigo o no?

—No puedo.

—¿Es porque te fallé, porque te dejé solo en casa de Madame Avarice? Te dije que...

—No.

—Tienes miedo de tu padre.

—Y tú de tu madre. Mira esta.

—Vaya par de pringados.

—Pues sí.

Apoyé la cabeza en su hombro y ya no nos movimos hasta que sonó el aviso que nos llamaba a las aulas.

22. Si dulce o salado

Todavía no me he atrevido a decírselo. No quiero asustarlo. Una cosa es soñar despierta con vivir en el hoyuelo de su mejilla y otra muy distinta quedarme en París por tiempo indefinido solo por él. No quiero darle una falsa impresión.

Desde la cama, lo oigo trastear en la cocina, que no alcanzo a ver.

Me ha despertado peinándome con los dedos, me ha preguntado si dulce o salado, se ha levantado sin siquiera un bostezo, ha abierto las cortinas y, desnudo, se ha ido hacia el pasillo, en cuya pared se abre la minicocina.

Él cree que me voy mañana y que este es un desayuno de despedida. No sabe de mi llamada al laboratorio ni de mis gestiones virtuales para recuperar el dinero del billete de vuelta.

Me desperezo. Despego las sábanas de mi piel, casi tan blanca como la tela. Reviso mi cuerpo, que en casa de Adrien huele a joven, sabe a terso. Me lamo los dorsos de las manos para quitarme las legañas, como un gato, un gato con minúscula. Me incorporo e inspiro: harina y mantequilla.

Encuentro el culo de mi amante vestido tan solo con el lazo negro del delantal, que le cubre pecho y parte delantera de los muslos, pero que deja al descubierto todo su reverso. Se ha manchado de harina la nalga izquierda, quizás al apoyar allí una mano. No puedo evitar acercarme e intentar limpiarla con las yemas de los dedos, pero de repente me doy cuenta de que lo que en realidad deseo es más harina, ensuciarlo más, sentir el tacto seco del polvo blanco entre mi palma y esa piel esférica con vello. Pego mi pubis desnudo a su nalga derecha, presiono, mientras con la mano izquierda busco el paquete abierto sobre el mármol. Sumerjo en él mis dedos, los saco vestidos de harina y los llevo a esa cacha izquierda caliente y dispuesta. Acaricio, repaso, doy

forma, me paro, aprieto, desaprieto, vuelvo a por más harina y acaricio... Adrien sigue amasando la base de la *quiche* como si yo no estuviese allí, siguiéndome el juego, dejándose hacer. Sin embargo, no tarda en necesitar dar un pasito hacia atrás, porque su erección bajo el delantal ya topa contra el mármol. Yo continuo amasando esa nalga salada, buscando recovecos entre ella y el muslo, entre el muslo y los testículos. Antes de que mi mano derecha piense en buscar su pene, le veo morderse la esquina del labio inferior y mirarme de reojo, mientras abandona la masa y aparta la cucharilla del tarro de mantequilla para meter en ella dos dedos y coger un buen pellizco. Tiemblo imaginando. Lo mejor de Adrien es que me hace perder de vista este mundo mío, inundado de bilis posadolescente.

Con un golpecito de cadera, aparta mi pubis de su culo y se gira. Me coge por la cintura y me pone de espaldas al mármol, de cara a él. Yo paso mis manos por detrás de su cintura, deshago el lazo y le quito el delantal; todavía estoy mirando cómo cae al suelo cuando me sorprendo al notar sus dos dedos embadurnados de mantequilla entre mis labios mayores, abriéndose paso hacia adentro, pero no demasiado. Se quedan allí, en mis labios menores, paseándose hacia atrás y hacia delante, mientras arqueo mi espalda y gimo sin palabras. Creo que ahora ya hay un tercer dedo en juego, y que alguno de ellos se ha metido en un lugar muy oscuro. Cierro los ojos. Me obligo a dejar de contar yemas, intento no controlar dónde están a cada segundo y me abandono. En algún momento intuyo que Adrien me lleva en volandas a la cama porque las piernas me flaquean y no me aguanto de pie.

Creo que tengo que disolverme, no en nada ni en nadie, pero quizás sí con la ayuda de algo o de alguien, y renacer. Creo que el placer se está acentuando con mi necesidad de morir aquí hoy, morir para reencarnarme en mí y volver a salir de mi propio útero.

Diría que estoy boca arriba sobre el colchón, con las piernas abiertas como una parturienta. Noto las manos de Adrien, las dos, abriendo mis muslos, y creo que es su lengua quien juega con mis puertas. Me parece que mi Jeffrey

Dean Morgan sabe mucho de esto y que va a sacar lo mejor de mí y a sanar lo que quede después. Por un momento creo que voy a mearme encima, y sufro por las sábanas, pero me olvido. Me olvido. Me olvido.

No sé si grito. No sé si respiro todavía o si ya estoy en el limbo.

Ya no se oye nada.

Y de repente me doy cuenta.

Estoy dando a luz a mi *amrita*, ese líquido sagrado, mi néctar de diosa, un batido de inmortalidad, un océano de leche. Siempre creí que era un cuento de los cursos de Tantra, pero no. Yo también tengo *amrita* y ahora está esparcida por las manos, la boca y el colchón de mi amor parisino. Inundación de renacimiento. Bautizo tardío.

Vuelvo a tomar aire. Oigo su risa de fruta madura y me río. Su cabeza cae sobre mi pecho y lo abrazo.

A veces parece un terapeuta, con los pies descalzos enraizados a esa moqueta roja, con el cuerpo desnudo abandonado en esa butaca de terciopelo azul, con la mesita blanca entre nosotros. Hoy yo hablo desde la otra butaca, donde me he sentado enrollada en la sábana húmeda. En la mesa quedan dos vasos vacíos y dos platos con las migas supervivientes de una *quiche* exquisita.

Le cuento que me encanta cocinar y mueve la cabeza en silencio, dibujando un gesto que convalida un «Ya lo sé». Me entretengo a hablarle de Madame Poirier, mi Mary Poppins, y de cómo me aficioné a la repostería francesa a los diecisiete años, en aquella cocina de Levallois con vistas a un jardincito privado. Él sonríe brevemente. Le cuento lo del psicólogo del Lycée, lo de mi madre sin estudios universitarios, lo de las Biológicas insulsas que fui aprobando por los pelos. Le hablo de la locura de Sergio, cuando le dio por buscarme información sobre la escuela de cocina de Le Cordon Bleu, y miro al suelo. Adrien se pone entonces muy serio.

—*Fou? Pour quoi c'était fou?*

Pues no lo sé. No sé por qué hablo de locura cuando recuerdo el intento de

Sergio de empujarme hacia la plenitud. Me oigo riéndome de mi amigo y reconozco en mi glotis la voz de mi madre.

Le hablo del laboratorio en el que trabajo, de la bata blanca sin bolsillos, de los fluorescentes gélidos, de las ventanas de aluminio que no pueden abrirse, del olor a aire reciclado, de los animales enjaulados y de la cantina con menú recalentado. Y quiero que entienda mis motivos antes de decirle que me quedo, para que no crea que es solo cuelgue por él, dependencia de su paternidad sexualizada, de su cuidarme sin peajes. Y entonces se lo suelto, mientras dejo escapar la mirada a través del cristal del balcón.

—*Je reste à Paris pour le moment.*

De momento me quedo aquí.

Entonces la piel del Adrien terapeuta se funde y cae al suelo, y de dentro sale el Adrien amoroso, que se adelanta un poco para ofrecerme la mano sobre los platos. Le doy la mía. No dice nada. Me besa los dedos como a una reina y vuelve a su sitio. No parece que vaya a salir corriendo. He conseguido no asustarle. Parece que el haba de la sabiduría no andaba desencaminada al colarse en mi boca.

Me decido por fin a hablarle de mi sombra. Ni siquiera sé si se trata de una alucinación, pero se lo cuento como si fuese real. Le hablo de un hombre de negro que se esconde tras los troncos, los arbustos, las rejas, las esquinas. Le describo su capucha, su altura, y le confieso avergonzada que acusé a Donky injustamente y que el pobre ya no me habla. No le confieso que mi sombra ya no me da miedo, que casi me hace gracia, cuando le detallo cómo me siguió anoche hasta la misma puerta de aquí abajo, por la que entré jadeando.

La piel del Adrien amoroso se funde también, para mostrar ahora un Adrien padre que nunca había visto tan de cara, tan cristalino. De repente me da reparo tener tan cerca su desnudez, su pene tranquilo sobre el terciopelo azul, y no sé a dónde mirar. Él ha mutado su ritmo cardíaco, su voz, su postura. Habla rápido, e insiste en llamar a la policía, en vestirse y bajar a la calle a buscarlo, en amenazarle, en darle un buen susto. Le digo que me lo deje a mí,

que no se ponga machito, que me haré cargo de ello. Sus hoyuelos subrayan ahora una desconfianza sin sonrisa y me mira fijamente arqueando una ceja. Después de unos segundos sin respirar se da cuenta de que no tiene derecho a meterse si no se lo pido y se rinde contra el respaldo sin mucho convencimiento. Me hace jurar que le mantendré informado.

23. Al final de la piscina

Sé que al otro lado del cristal de la ventana hace frío, mucho, y desde mis sábanas calientes miro de reojo la bañera. Al imaginar mi cuerpo sumergido me doy cuenta de que en realidad me apetece nadar. ¿Cuánto hace que no nado?

Mis párpados bajan sin permiso para avisarme de que estoy a punto de entrar en mi ya habitual estado de añoranza.

Los asturianos no perdían el tiempo. Casi cada tarde, después de las clases del Lycée, se largaban a la piscina «a entrenar». Eran mellizos pero se parecían como gemelos monocigóticos y los anchos de sus espaldas no se habrían distinguido desde atrás si no hubiese sido porque él iba casi rapado y ella llevaba una melenita corta.

—Os tenéis que venir un día —nos decían cuando nos separábamos de ellos, que iban cargados con la mochila de clase y con la bolsa de deporte, para retirarnos hacia casa de Madame Avarice.

¿Dónde estaba aquella piscina? Era larga como una penitencia. Saco la mano del letargo y la bajo al suelo, de donde rescato el móvil. *Googleo «piscine Neuilly»* y voy clicando aquí y allá. No tengo ni idea de si las fotos que encuentro del *bassin sportif* del *Centre Aquatique* se corresponden en detalle alguno con las sensaciones de espacio catedralicio que guardo en una neurona perezosa. Habría jurado que la piscina de los asturianos estaba en el bulevar de Victor Hugo y esta se halla en Inkermann. También habría apostado porque era de cincuenta metros, ya que nadarla entera me costaba una eternidad, y esta mide veinticinco, pero quién sabe.

Al cabo de media hora ya estoy ante la puerta del recinto enrollada en mi

abrigo verde y con una bolsa minúscula prestada en la que Mary Poppins ha metido todo su equipo: un bañador azul marino desgatado con florecitas blancas, una toalla amarilla infinita, unas chancletas, unas gafas ralladas y un casquete que ya no aprieta. Ha tenido el detalle de no ofrecerme sus tapones para los oídos y de no aprovechar sus poderes para añadir un perchero, un gran espejo dorado ni una lámpara de pie.

Aquí plantada juraría que no he estado ante estas instalaciones en mi vida, pero me digo que he venido a nadar, no a documentar mi absurda nostalgia. Parece que en un domingo de tan bajas temperaturas somos pocos los valientes con ganas de piscina. Pago una entrada puntual y me sumerjo en los vestuarios. Nada. Nada me suena de nada, seguramente porque soy incapaz de visualizar algo que no sea la espalda desnuda y mojada de Sergio gritándome: «¡Tortuga!». No hay en mis evocaciones ni bancos, ni paredes, ni duchas, ni fondo azul turquesa. Solo agua tibia y aquellos gritos entre cariñosos e irascibles.

Debíamos estar ya a mediados de noviembre porque lo que sí recuerdo es que la voz de Sergio cuando se dirigía a mí había cambiado. Se había enterado de mi intención de acabar el curso en Madrid por terceras personas, por chismorreos de pasillo, y no por mí. No me había sacado el tema, y yo a él tampoco. En los ratos compartidos casi por obligación, me lanzaba puyas sin perder la sonrisa y sin pronunciar palabras como «Madrid», «Navidad», «instituto» o «trimestre». Pero ya no era la misma sonrisa y su mirada había perdido la transparencia blanda que solía arroparme. En casa nos evitábamos, cenábamos por turnos. En parte me avergonzaba de mi cobarde decisión y en parte lo responsabilizaba por no haber querido venirse a otra familia conmigo, como si un aragonés rubito, desde París, pudiese tener algo que ver con el peso de las cartas empapadas que recibía cada día o con la cadena que yo misma había tejido entre mi estrecha cama y la cabina de la esquina, como si él pudiese librarme de seguir vomitando tinta negra sobre mi diario o de rascar y rascar acordes disminuidos.

Aquella tarde, la única en la que sucumbimos a la propuesta de los asturianos de lanzarnos a la piscina, cada vez que me adelantaba con su preciso nado a crol, Sergio me hacía una ahogadilla, como jugando, pero muy poco delicada. Cuando yo lograba sacar la cabeza, solo veía su espalda, que seguía avanzando, y entonces le oía gritar «¡Tortuga!» sin el afecto con que solía decírmelo en los meses anteriores. Sonaba a insulto.

Hoy, con los pies a remojo, sentada en el borde de una piscina casi inhabitada que se resiste a confesarme si es o no la misma de entonces, pienso que las tortugas de tierra son lentas, pero que las marinas son rápidas, o por lo menos eso entendí cuando vi *Buscando a Nemo*. Lo que no sé es si son rápidas por sus técnicas de natación transoceánica o por eso de que se dejan arrastrar por las corrientes adecuadas.

Coincidió con él —digamos que me atrapó— al final de la piscina y, como pude, porque cubría en ambos extremos del carril, lo cogí del codo y le impedí seguir nadando tras su voltereta profesional. Se subió las gafas a la frente, para clavarme aquellas pupilas turbias, y esperó a que hablase yo.

—¿A ti qué te pasa? —pregunté, arrancándome las mías y dejándolas en el borde.

—¿Y a ti qué te parece?

—Lo que me tengas que decir, me lo dices a la cara.

—Eso mismo te digo yo.

—Deja de ahogarme, tío, es muy desagradable, y sobre todo deja de llamarme tortuga así, como a ultraje, joder.

—Vale. Perdona. Eso es feo. Tienes razón.

Se quedó callado y sacó los codos de la piscina, por detrás de su espalda. Sus pectorales subían y bajaban, ondulándose a cada respiración. Lo ayudé a continuar con una simple pregunta, para que cogiese carrerilla.

—¿Pero?

—Pero... Pues que me da rabia, que me enfada, Azul, que me... jode... —él nunca usaba esa palabra, pero por lo visto le costaba encontrar otra que

describiese la gravedad de su mosqueo—, me sulfura, ostras, que te bajes del barco, que te vayas a largar a Madrid para el segundo trimestre, como si no tuvieses motivos para quedarte, como si yo... —Sacudió una mano y se rió para sí, en una mueca agria—. Da igual. Lo que más me molesta, la verdad, es que no me lo hayas dicho a mí antes que a los otros, y que me haya tenido que enterar por Álex. ¿Qué cara crees que se me quedó cuando él me lo comentó suponiendo que, *por supuesto*, yo ya lo sabía?

No se me ocurría qué responderle. No había excusa posible. Quizás la verdad fuese la mejor respuesta. Me acerqué a él para intentar hablarle en susurros, para reconquistar su confianza, pero me pareció que su cabeza reculaba un poco y volví a mi posición. Me estaba entrando frío, allí mojada y quieta.

—¿Sabes, Sergio? Creo que yo también estoy algo cabreada contigo.

—Venga ya. ¿A santo de qué?

—Supongo que esperaba que me salvaras o algo. O que me acompañases a salvarme. Te pregunté si querías...

—No empieces. Deberías saber salvarte sola, o con algo de ayuda, pero sin depender tanto de nadie. —Miraba al otro extremo del carril, como un *cowboy* oteando el horizonte—. Cuando tu madre te dice que aquí aprenderás *muchas cosas de la vida*, se refiere por ejemplo a eso. ¿Te has parado a pensarlo?

—No me jodas. Mi madre no sabe nada de eso.

—No la infravalores.

—No la conoces.

—Nadie conoce a nadie del todo.

—Oye, te estás poniendo filosófico. Creía que eras un tipo práctico.

Me miró solo un segundo, lo justo para pronunciar:

—Lo soy.

Se hizo un breve silencio, que aproveché para tomar aire y soltarlo.

—También me daba vergüenza, la verdad. Decírtelo, confesarte que París me queda grande, quiero decir.

Se giró hacia mí y sonrió. Su mirada aún no era clara pero al menos sus labios se estaban relajando.

—Oye, tortuguita. Pase lo que pase, prométeme que nunca sentirás vergüenza conmigo. Eso no. —La aspereza de su voz se había disuelto en el agua clorada—. Enfádate, vete, aléjate, grítame, pero no me digas que conmigo no te sientes relajada. Por favor.

Asentí sin mediar palabra, a punto de soltar una lagrimita que por suerte se confundiría con la humedad ambiental.

Él se bajó las gafas, robó al aire una profunda inspiración y se largó dando brazadas de mariposa.

24. Un no no-beso

Encontré a Luis sentado en el suelo, sobre el escaloncito de mármol que precedía al portal de la que aún era mi casa, con los codos sobre las rodillas y la cabeza hundida, fumando y estirándose los rizos con la otra mano. Yo volvía de comprar calcetines para el otoño y el invierno parisinos, porque según mi madre los que tenía, ya medio transparentes sobre las uñas de los pulgares, eran dignos de Recoletos pero no del Lycée Espagnol de París.

—¿Qué haces fumando a estas horas y a la vista de todos, tío? Creía que era un secreto. —Vivía en la esquina de la misma calle y sus padres y hermanos podían pasar por allí en cualquier momento.

—Me da igual.

Me senté a su lado y dejé la bolsa de la mercería en el suelo.

—A ver: ¿qué te pasa?

—No te vayas, Azul, quédate, por el bien de todos.

—Pero, ¿qué dices? Salgo en dos días.

—Anoche no deberías haberte retirado tan pronto. —Me miró por primera vez—: ¿Por qué no le pediste a Gato que te acompañase a casa, eh?

—Dices cosas muy raras. No habrás bebido, ¿no? Porque ni siquiera es hora de comer.

—¿Qué dices, tía? Claro que no.

—¿Resaca?

—Eso a lo mejor sí.

Le di un golpecito en la rodilla y me apoyé en ella para ponerme de pie.

—Venga, levanta, que te invito a una Coca-cola, a ver si te despejas.

—No, no. Espera. —Tiró de mi camiseta y me devolvió al suelo—. Solo he

venido a contarte algo.

Suspiré.

—Pues suéltalo, Luis, porque me estás poniendo nerviosa.

Dejó salir el humo poco a poco y a nuestro alrededor se fue formando, en espiral, una nube estrangulante.

—Anoche se enrollaron.

—¿De quién hablas?

—De ellos, joder, de los dos. —Tiró al suelo la colilla y la pisó con la suela—. Sabía que tú y yo deberíamos habernos enamorado el uno del otro y pasar de los demás. Es que lo sabía. Ahora estaríamos mejor. —Soltó el último humo que le quedaba dentro.

—Estás desvariando.

—Te digo que anoche, al poco de irte tú, vi a Gato y a Blanca morreándose en el sofá ese asqueroso de nuestro antro, el de la mesita coja.

No. ¿Qué estaba diciendo? Me pareció que brotaban de mi piel millones de microgotas de sudor frío. El sofá del que hablaba Luis era el de mi primer beso con David. ¿Cómo había sido capaz de besar en él a *mi mejor amiga* a dos días de mi marcha? ¿Y era *eso* una amiga o una guarra loca y perversa?

Miré a Luis. Ahora se tiraba de los rizos con ambas manos. Mi orgullo, o quizás mi practicidad, se resistía a caer en ese pozo de exasperación desde el que uno no ve nada, solo el círculo de luz inalcanzable de allí arriba, muy arriba. Respiré, pero no fue suficiente. Tomé aire de nuevo. Recordé a Blanca desbarrando sobre mí, sobre mi supuesta promiscuidad, en el Retiro algunos meses atrás y a Luis acompañando a Gato hasta mi casa y a Gato evaporando sospechas y abriendo el pecho para recibir mi verdad, la mía, la única, la nuestra, sin velos.

—¿Has hablado con Blanca?

—Qué va. Me largué corriendo. Además se me cayó al suelo el vodka con naranja y me sentía ridículo.

—¿No les dijiste nada? ¿Sabes si vieron que les viste o no? ¿Y hoy no la has

llamado? ¿A qué esperas?

—Es ella la que me debe una explicación. Que me busque ella.

—Oye, tienes un problema con tu novia y, en lugar de irte a resolverlo, ¿te sientas en mi portal a lloriquear?

Se irguió, caballeroso.

—Quería avisarte.

—No me jodas. Te conozco. —Le clavé un índice en el torso—. Esto no lo haces por mí. Lo que quieres es una aliada para tu guerra, un colchón sobre el que caer tras haber sido herido de bala. Levántate, tío, y cruza un par de calles. Allí está el portal en el que debes sentarte. Yo me subo a casa a llamar a David.

Me levanté.

—Pero...

—Te agradezco el aviso. Ahora lárgate. —Le ofrecí la mano y la tomó para levantarse.

—Nos despediremos con calma, ¿verdad?

—Claro, tío. Nos vemos mañana.

No hizo falta llamar a Gato. Al abrir la puerta de casa oí su voz educada en la cocina, en respuesta al monólogo de mi madre sobre sus técnicas para elaborar esas croquetas requemadas cuyo tufo llegaba hasta el ascensor.

—Tienes visita, Azul.

—Hola, David. —Intenté sonreír.

Él estaba algo descolorido. Con un golpecito de mi cabeza entendió que le invitaba a pasar a mi cuarto y me siguió por el pasillo. Entramos y cerré la puerta; en casa nunca hizo falta pestillo, algo que sí agradezco a mi madre. Yo me senté en la cama y él prefirió mi silla de estudio negra, mullida y con ruedas. Dejé los calcetines nuevos sobre el almohadón.

Cuando nos recuerdo así me cuesta quedarme en aquella mañana; ni siquiera puedo pensar en la de dos días después, la mítica mañana de nuestra

despedida, la de sus dedos bajo mis bragas. Cuando nos recuerdo así, sentados frente a frente, aquel momento es eclipsado por otra escena que compartiríamos en la posterior Semana Santa en la que me veo suplicándole que vuelva conmigo, que me perdone, que no me deje escapar. Pero debo revisitarnos; quiero volver a aquel momento de antes de mi viaje.

—Tenemos que hablar —dijo.

Me pareció que lo mejor era dejarle hacer, no hablarle de Luis, no adelantar recelos. Sonreí un poco, en silencio.

—Quiero contártelo yo, porque si te lo cuenta otro...

—Ya me lo ha contado otro —se me escapó, aunque juro que pretendía estar callada. Él se había quedado congelado—. Pero dime, dime. Cuéntamelo tú.

Resopló y se restregó los lagrimales.

—Creo que tengo un problema con el *no*. Es como que a veces tengo un *no* dentro pero no me sale de la boca.

—Pues vaya mierda. —Dejé caer mi espalda en la cama sin hacer y proseguí, mirando al techo—: ¿Y alguna vez te has cortado en decirme que no a mí?

—Es que contigo no me ha hecho falta.

—¿Y si algún día hace falta? O, ¿y si me largo a París y se te insinúa otra, eh? —Incorporé solo la cabeza para verle—. Me gustaría estar segura de lo que sientes.

—Oye, Azul, anoche besé a Blanca. O... bueno... Ella me besó y yo no supe quitármela de encima porque soy un tonto y un blando y... ¿Tú me vienes con ese rollo? ¿No vas a gritar, a echarme, a dejarme?

—No. —Volví a mi posición sentada frente a él—. Claro que no. Ya lo he entendido. Lo de anoche no fue un beso sino un no no-beso. Por lo tanto, de lo que debo preocuparme es de si eres sincero conmigo.

Se encogió de hombros.

—Vaya. A veces eres tan lista que me noqueas.

—No soy lista, soy práctica. Estoy a punto de irme muy lejos y necesito un ancla que funcione... o algo.

—Tranquila. Ya has visto que he venido enseguida a...

—¿Puedes besarme ya?

—Claro.

Cerró los ojos e impulsó la silla con los pies, hacia mí.

—Un momento, un momento. —Lo frené poniendo mi palma en su pecho—.

¿Te has limpiado sus babas?

Asintió con la cabeza, sin abrir los ojos, riéndose.

—Me he duchado entero.

Me reí por no llorar y nos besamos.

Podía perdonar a Gato el blandengue, pero en mi corazón una espina, o quizás ya fuesen dos, llevaba el nombre de Blanca.

25. La ciudad nevada

—Parece azul.

—¿Qué?

—A estas horas, la nieve, que parece azul.

—Venga ya, Sergio. No te me pongas poeta.

—No sé. Últimamente veo la ciudad muy azulada. Será el invierno.

Estábamos los dos en pijama ante mi pequeña ventana. En el cristal sudado, mi mano había despejado una zona para poder ver el patio interior nevado. La paloma de Sergio revoloteaba fuera y, ciertamente, en contraste con su blanco, la nieve tenía un punto de éter claro, muy claro. Suspiré.

—No me apetece nada ir a clase hoy, tío.

Me pasó un brazo por los hombros.

—Por supuesto que no vamos a ir. Nos vamos a la Tour Eiffel para contemplar la ciudad nevada desde las alturas.

—Estás loco.

—Venga, vístete, que aún llegamos a tiempo de secuestrar a algunos cómplices en la puerta del Lycée.

Me froté los ojos. No parecía mi Sergio.

—¿Ya no estás enfadado conmigo?

—Psé. He pensado que si me quedan tres semanas contigo, lo mejor será aprovecharlas e intentar grabar unos cuantos buenos recuerdos. —Sonrió sin muchas ganas—. Bueno, ¿qué? ¿Qué me dices? —Se quedó mirándome, esperando mi respuesta.

—Vale, vale. Pero subimos en ascensor.

Estoy intentando domar mi pelo cuando unos nudillos golpean la puerta de mi nube azul marengo. Me levanto del tocador, meto el cepillo en el bolsillo de la bata de estrellitas, me arreglo el cinturón y me dispongo a abrir. Es Donky.

—Buenos días, Charlie —intento sonreír.

—Así que es cierto.

—¿El qué?

—Que no te fuiste. Es lunes y seguís acá. ¿Te echaron del laburo por antipática?

—Anda, pasa.

Lleva un pijama negro y un moñito medio deshecho en el pelo. Va descalzo. Se sienta en mi cama sin permiso y cruza las piernas a lo indio apache.

—Vine a decirte que ya te perdoné.

—¿Y eso?

—Si vas a quedarte necesitarás algún amigo, ¿no?

Me siento a su lado.

—Supongo —respondo, aunque dudo sobre quién necesita más a quién.

—¿Querés que te peine?

Sin hablar, le doy el cepillo y me giro de espaldas a él. Empieza a repasar mi melena con mucha suavidad.

—Esto está de terror, gorda. ¿Desde cuándo no te peinas?

No respondo pero me río, y nos quedamos así unos minutos, yo respirando y él deshaciendo mis nudos negros con paciencia amorosa.

—Charlie, ¿crees que nevará un día de estos?

—Todo es posible. Esto ya está. ¿Querés peinarme vos?

Giramos ambos ciento ochenta grados. Le quito la goma negra. Tiene un cabello lacio y brillante que quizás necesite mimos, pero desde luego no un cepillo. Le acaricio la cabeza con las manos y después entrometo mis dedos abiertos entre su negro despejado. Huele a limpio, a oscuridad nítida, a cueva fresca. Uso el cepillo solo para comprobar que no hay nada que peinar, que no hay ataduras que deshacer. Cuando acabo, no puedo evitar besar su coronilla.

Amar a un hombre sin deseo y a la vez sin compasión ni ramalazos maternos, dejar mi corazón unos minutos a alguien tan joven y tan sereno me sienta bien.

Charlie se gira, me regala un beso en la mejilla y me arregla con los dedos los mechones de delante de la cara.

—Me voy al Lycée.

—Qué envidia, *mon ami*.

—Nos vemos después.

Habían cerrado el acceso a la cúspide de la torre por mal tiempo, así que nos quedamos en la segunda planta, a ciento quince metros del suelo. Habíamos arrastrado a Álex, el sevillano; a la asturiana, sin su gemelo; a Ángel, el hijo del portero de escalera, y a la toledana.

—¿Lo ves, como es azul?

—Hombre, Sergio, desde aquí sí, porque se entremezcla con el marengo de los tejados.

—Lo que tú digas. ¿Tienes vértigo?

—No. Bueno, a lo mejor un poco.

Sergio estaba a mi derecha, pero una mano caliente me cogió la izquierda. Era Ángel, ese querubín de ojos azules y sangre extremeña que hablaba el castellano con acento francés. ¿Qué estaba haciendo? Lo miré tan extrañada que me soltó rápidamente y dijo:

—Perdona. Es que he oído lo del vértigo. Quería ayudar.

De repente, sentí una barbilla en mi hombro, ante el que caía la larga trenza de la toledana. Me frotó la mejilla con la suya, como una gatita, mientras preguntaba:

—¿A que no te vas ir? ¿A que vas a volver de Madrid después de Navidad?

—¡Haz que te lo jure! ¡No me fio de ella! —Era la voz de Álex, gritando desde seis metros más allá, mientras hacía una foto a la ciudad congelada.

Entonces, como si lo tuvieran ensayado, Sergio tomó mi mano derecha, la

toledana se metió entre Ángel y yo y pasó sus brazos sobre nuestros hombros, la asturiana trajo a Álex del brazo dando saltitos y los seis acabamos apretujados en una especie de abrazo pesado e inmovilizador. No lo pensé entonces, pero ahora creo que, juntos, formábamos algo así como un Frankenstein, una pandilla hecha de retales, de sobras, de pedazos que, juntos, aún podían remendarse.

Y si no hubiese sido por la reja de seguridad, creo que todos habríamos decidido en bloque salir volando, cogidos de las manos, a lo Wendy con Peter Pan.

26. Avión hacia la nada

Blanca vino al aeropuerto con todos los demás y con la cabeza bien alta. Ella sabía que yo lo sabía, seguro, por Luis, pero no se le salía ni un solo pelo de aquella larga cabellera lisísima y castaña.

Yo llegué a Barajas cogida de la mano de Gato, que aún olía a mi flujo, con la guitarra de mi tío colgada del hombro y con mi madre en el cogote. El grupo esperaba cerca del mostrador en que las pantallas aseguraban que Azul, esa joven temeraria de Recoletos, debía facturar su maleta gigante. En ella guardaba a buen recaudo la carpeta verde en la que todos habían firmado durante la última escapada a la Sierra, pero aun así se habían currado también una minipancarta de cartulina rosa muy cutre que decía «*Carpe diem*» y algunos regalitos personales: un collar de caracolas, un ramito de flores secas, una ballena minúscula de arcilla aún no seca del todo y una pulserita de hilos de colores. Todavía conservo todo eso. Lo que tuve que devolver a mi vuelta fue el oso de Blanca, su peluche favorito, que me entregó delante de todos para mi estupefacción.

—Para que te haga compañía en la cama. Sobre todo al principio, que estarás muy sola. Es fiel. —Sonrió y después se acercó a mi oído, junto al que susurró —: Recuerda que se llama Luis, pero que Luis no lo sabe, ¿eh?

Tomé al oso solo con mi mano libre porque no estaba dispuesta a soltar a mi supernovio por un peluche. Un «gracias» grave y casi inaudible se escapó de entre mis labios. Creo que sonó a pregunta, pero ella lo aceptó sacando tetas y mostrando su perfecta dentadura en una sonrisa que dedicó a todos los presentes. ¿*Es fiel?* ¿Qué había querido decir con eso? En ese momento me pregunté por qué la quería tanto y por qué la iba a echar tanto de menos si era

tan tonta retonta. No encontré respuesta en ningún recoveco de mi alma, ni de mi cerebro, ni de mis vísceras, pero me dio un salto el corazón al percatarme de la premisa de mi pregunta: la quería mucho, muchísimo. Creo que no había sido consciente de ello antes de aquella despedida. Y creo que en el fondo yo sabía que prestarme a su oso Luis, al que dormía abrazada cada noche, era para ella una renuncia descomunal, una garantía de amor, una declaración muda, una prenda, un «Vuelve, por favor». En ese momento de alienada lucidez, incluso se me ocurrió pensar que su torpe intento de seducción de Gato no había sido más que un modo de llamar mi atención, la mía, mi contemplación de ella, mi mirada hacia su supervivencia, porque yo me iba y ella se quedaba, y ella notaba que yo me estaba largando sin girarme, sin darle un abrazo, sin preguntarle si se quedaba bien sin mí.

Solté la mano de David y me lancé a sus brazos. Sus tetas gigantes nos separaban, pero me decidí a aplastarlas sin temor. Me fundí con ella hasta que conseguí unir nuestros ombligos. Inspiré el olor de su suavizante, el que siempre avisaba de su llegada unos segundos antes, siempre el mismo.

—¿No estás enfadada conmigo? —preguntó.

Quizás ella habría preferido un sí, pero me salió un:

—No. Me joden tus maneras, y te me vas atragantando, pero no tengo tiempo de enfadarme. Dame un beso, anda. Te quiero mucho.

Me mojó la mejilla con su lágrima y supuse que además debía de haberme manchado del rojo de sus labios, pero no me limpié.

Y ahí sigue nuestro triángulo. Nunca se rompió del todo. Siempre hubo algún lado más podrido que otro, algún vértice a ratos oxidado, pero se trata de todo un superviviente, pese a nuestros múltiples intentos de asesinato. Ellos siguen siendo una pareja feliz, Luis y yo seguimos siendo amigos con derecho a miraditas, y Blanca y yo seguimos queriéndonos sin saber por qué, tan distintas, tan distantes, dos hijas únicas que se tratan y maltratan como hermanas.

Entre aquella despedida y hoy han pasado muchas cosas: puñaladas, silencios, perdones, gritos, y mucha cerveza barata. Hoy ella vive bastante tranquila, creo, y no nos escondemos más información de la necesaria. Regenta junto a Luis el antiguo ultramarinos de su padre, ya jubilado; han reformado el local con gusto, han introducido productos ecológicos, de proximidad, dietéticos, sin gluten, veganos, a granel, e incluso algas y semillas de nombres impronunciables. En la terraza trasera en la que jugábamos de niñas han plantado jazmines, cactus, palmeras y cinco mesas donde sirven alguna copa de buen vino y unas infusiones carísimas, un rincón que se ha convertido en un punto de encuentro de *hippies* pijos cuarentones de todo Madrid.

Yo prefiero colarme por la persiana a medio bajar, a eso de las ocho y media de la noche, y hacerme invitar a la infusión más exótica que encuentren. Sentarme con Luis allí fuera en veranito, en la mesa del rincón, mi preferida, mientras Blanca cierra la caja. No esperar a que ella se sume para empezar a llorar, o a reír. Narrar mis penas, dejar que se rían conmigo, o de mí, y dejarme cuidar. Escuchar sus discusiones matrimoniales tontas, que mantienen como si yo no estuviese, como si fuésemos familia. Dejarme emborrachar por un buen vino que han traído para catar, para ver si quieren o no incorporarlo a su selecta bodega. Cantar sin guitarras. Callarnos durante largos minutos. Permitir que nuestros corazones desaceleren.

Y ahora, echarlos de menos.

Qué frío hace en París. Hace mucho frío hoy.

Todos, incluso mi madre, se habían alejado para dejarnos solos. Aun así, podía sentir unos diez pares de ojos intermitentes en el cogote, enfriando la ya fría iluminación fluorescente del aeropuerto.

Aquello no era una despedida. Yo ya no estaba allí. Sentía que mi David había desaparecido tras mis párpados justo antes del orgasmo y que, al abrirlos, no había encontrado sino a un Gato Negro que se había quedado atrás, mustio como una flor olvidada.

Me veía allí plantada con el oso Luis colgando de la mano, con el recuerdo del abrazo a Blanca todavía caliente, inspirando, tratando de secuestrar alguna célula escapada de la piel de las mejillas que mi novio se empeñaba en restregar por las mías, esa piel casi mulata, inverosímil, barbilampiña, sin rastro de grasa.

Quería lamerle esos ojos cerrados pero me daba vergüenza. Él lo hubiese aceptado, pero sabía que los demás nos estaban mirando sin mirar, haciendo como que charlaban de temas *reales*, como que yo ya me había esfumado y que la vida seguía sin mí, por supuesto que sí. Pero continuaban pendientes de Gato, de sus pedazos ya esparcidos por el suelo que tendrían que recoger entre todos al cabo de dos minutos.

Yo no sabía que decir.

No tenía nada que añadir. Aquello era una estúpida espera hueca, el absurdo aprovechamiento de unos minutos en peligro de extinción. Lo mejor era desaparecer ya, musitar algo y hacer una señal a mi madre con la mano. Iba a decir que tenía que ir tirando, y cogí aire, pero no pude soltarlo. Se me quedó atascado y solo tosí tímidamente.

No podía irme. ¿Estaba cometiendo el mayor error de mi vida? A veces todavía lo creo, que separarme de David aquel septiembre fue solo el inicio de un goteo agónico que perdura hasta hoy. Y a veces pienso que fue un acierto, que aunque esa expiración hubiese sido más penosa a su lado, habría resultado más corta, más seca, fulminante e irreversible. Quizás desde mi barrio la separación habría llegado como todas, en *decrecendo*, como una brasa roja incandescente mutando hacia el gris, una ruptura olvidable.

Aquella mañana todavía no sabía cuánto iban a pesar sus cartas. Aún creía que las cabinas me salvarían del olvido, del olvido de todos; que los sellos me anclarían a Madrid, que me asegurarían el puesto para cuando volviese.

¿Qué mierdas estaba haciendo? ¿A dónde iba? ¿Por qué estaba yo en el aeropuerto a punto de subir a un avión hacia la nada mientras ellos se volvían tan tranquilos a Recoletos a seguir viviendo mi vida? Odié a mi madre. Y a mi

tío. Pero me aferré a la cinta de la guitarra, que me colgaba del hombro, porque a partir de ese día ella iba a ser el icono, la sustituta, la efigie de mi novio cantautor.

Azul rompe con todo.

27. El buen hijo

Quiero volver andando como entonces, pisando el negro, masticando la noche, pero hoy, segundo martes de enero de 2017, voy sola, muy sola, a no ser que aparezca mi sombra y me acompañe a distancia. Hay unos cuarenta minutos a pie desde los cines de George V, en Champs Élysées, hasta mi desván tortuga de Levallois. Meto las manos en los bolsillos del abrigo y me pongo a caminar lentamente, aunque el frío invita a moverse algo más rápido y me voy animando.

Aquella noche de febrero, Álex, Sergio y yo habíamos visto *El buen hijo* y yo monologué desde la puerta del UGC hasta la esquina de Neuilly en que nos separaríamos. Ellos caminaban flanqueando mis andares, Sergio habitando en silencio el interior caliente de su abrigo gris, asintiendo sin palabras a mi discurso de vez en cuando, Álex dándome coba. Yo había salido del cine indignada con el guión, criticando esos traicioneros alardes de originalidad que ponían al pobre Macaulay Culkin a hacer de malo cruel, cuando en el fondo usaban al otro, al moreno, un pequeño Elijah Wood encantador y para mí todavía desconocido, a hacer de guapito inocente e irresistible. ¿Cómo podían vender de ese modo a mi pobre Kevin de *Solo en casa*?

Recuerdo los chasquidos de mis botas Dr. Martens castigando el asfalto de los pasos de cebra que rodean la rotonda que envuelve al Arc de Triomphe, la más perfecta que jamás haya visto. Sergio estaba muy seco conmigo; intentaba ser amable y apuntarse a alguno de nuestros planes, siempre que no implicase quedarnos solos, pero ya no era el de antes. Ni yo tampoco. El cambio de año había dado un vuelco a nuestras vidas. Aquellas Navidades me habían

desvencijado. Y aunque yo todavía no entendía las cicatrices que mis cambios habían provocado en él, no era difícil intuir que algo se había descosido sin hacer ruido.

Al separarme de ellos en la esquina de Perronet con Parmentier, recordé el casi-beso de un mes antes, el casi-error garrafal, o el casi-acierto, yo qué sé. Yo, entonces, después de mis fatídicas Navidades, ya era libre de perseguirle hasta el portal para besarlo, pero por lo visto él no estaba ya por la labor. Sé alejó con el sevillano calle arriba y yo esperé unos segundos antes de girar hacia la pensión de Mary Poppins, para asegurarme de que Sergio no volvía atrás para besarme, aunque fuese en la mejilla, como antes.

Había sido en diciembre, después de una de aquellas tardes tontas en casa de Madame Avarice, pocos días después de lo de la piscina, uno de aquellos ratos de guitarra, pijamas y paloma blanca en la ventana. Cenamos poco, con ganas de volver a su habitación a seguir cantando y riendo, a seguir perdonándonos por la separación inminente, a aprovechar, a exprimir con todas nuestras fuerzas las últimas oportunidades de intimidad, de amistad inolvidable de por vida. Diciembre se agotaba.

Pero fue ya de noche, ya en mi cuarto, aunque no recuerdo por qué. Lo de arrojarme cuando yo ya estaba metida en la cama era casi un hábito, pero lo que hizo justo antes no sé muy bien a qué vino. Cierro los ojos y vuelvo a ver mi pequeña habitación del revés, mis pies volando hacia el techo, las puntas de mi pelo peinando la moqueta, los imponentes brazos de Sergio abrazando mis caderas huesudas, mi cuerpo colgado boca abajo.

—¿Lo ves? —repetía—. Te he dicho que podría. Ahora cómete tus palabras, bonita.

—Perdón, perdón. Lo siento, vale, eres muy fuerte. ¡Suéltame ya!

—No vuelvas a llamarme flojucho nunca más. —Se hacía el ofendido, entre risas.

—Nunca más, vale, en serio.

—¿Lo juras?

—¡Te lo juro! Suéltame ya. ¡Tengo vértigo!

—No será por la altura. Tienes la cabeza en el suelo.

—Y cuidado al dejarme caer. ¡No me rompas el cuello!

No lo hizo. Se acercó a mi cama y me elevó para dejarme sobre el colchón con suavidad. Lo último que soltó fueron mis pies descalzos. Buscó mis peucos entre las sábanas arrebujadas y me los puso sin prisas. Después me tapó, como había hecho tantas veces, arreglando manta sobre manta. Entonces se quedó quieto, muy cerca, y creí que miraba mis labios durante unos segundos. Incluso, por un instante, me pareció que el marrón de sus iris volvía a mostrarse transparente ante mí. Nos miramos a los ojos, serios, muy serios, sin respirar. Silencio.

—Traidora —susurró.

—Cobarde —respondí.

Me besó en la frente y me apagó la luz.

Un mes después, tras separarme de él en aquella esquina al volver del cine, me di cuenta de que solo era un buen hijo, un moreno encantador sin ganas de romper platos.

Hoy lo recuerdo mientras rodeo mi rotonda con una pequeña mochila a la espalda y calzada con deportivas mudas. ¿Cuántos no-besos o casi-besos podrían haber girado mi vida? Está rotonda tiene doce salidas. ¿Cuántos destinos descartamos tras cada decisión? Giro por Avenue Mac-Mahon para no dar rodeos.

Camino entre recuerdos, dudas y algún contenedor. Ya puedo sentir su presencia, pero no me giro. No miro tras mi espalda, pero sé que está ahí. ¿Habrá visto la peli conmigo, un par de filas atrás? A estas horas, lo reconozco, casi me hace sentir segura. No sé quién es, pero vela por mí. Si apareciese otro alguien con malas intenciones, mi sombra me ayudaría, lo sé.

Sigo andando y no, no pienso girarme. Nos entendemos así. Él me persigue, yo oigo sus pasos callados y casi siento su aliento en el cogote, aunque se

esconda bajo su capucha a diez metros de mí. Estamos solos en la calle desierta. No pienso girarme, no voy a hacerlo. Me gusta saber que es él, casi desear que sea él. ¿Qué pensaría Adrien de esto? El miedo a girarme es el miedo a descubrir que es otro, o solo una adolescente extraviada, o solo un anciano insomne. Que sea él, venga, va, que sea mi sombra. El susurro de mis vaqueros a cada paso, cuando las ingles se cruzan, empieza a excitarme. Las manos, en los bolsillos del abrigo, se inquietan y las uñas juegan entre ellas. Me siento húmeda. No puedo más.

Paro en seco. Le doy unos segundos para esconderse. Si no es él seguirá andando hacia mí como si nada. Silencio sepulcral, sepulcro vivo, el bombeo de mi sangre en las sienes se hace audible. Me giro, ahora así. Lo sabía, no hay nadie, se ha esfumado. ¿En cuál de esos árboles...? No. Los troncos son demasiado estrechos. Debe de haberse escondido detrás de un coche. Sonrío.

—¡Puedes salir! —grito. Y entonces me pregunto si debería decirlo en francés. —*Sortez, s'il vous plait! Je sais que vous êtes là!*

Nada. Solo el silencio negro.

Espero.

Poco a poco, una capucha negra aparece tras un Smart rojo. Debajo no hay rostro, solo el vacío. ¿Quién demonios es? No me atrevo a decir más. Tengo frío, y miedo, creo. ¿Me acerco? ¿Se acercará él? ¿Debería escapar ahora, antes de que sea demasiado tarde? No me da tiempo a responderme. Mi sombra cambia de acera a toda prisa y echa a correr en dirección al Arc de Triomphe.

28. Perdóname

Tardó lo suyo, pero se disculpó. Entonces me pareció que fue lenta, muy lenta, y vomité un «Ya era hora» agrio sobre mis pies, vestidos de aquellos calcetines que había comprado el día en que lo supe, el día en que Luis me chivó el no no-beso de Blanca y Gato; pero ahora pienso que yo nunca he tenido el valor de enviar una carta de disculpa como aquella, sincera y larga, humilde, a ninguna de mis víctimas. También creí entonces que ella lo hacía porque se acercaban las vacaciones de Navidad, porque sabía que nos veríamos pronto y quería allanarse el terreno antes; pero ahora miro mi mariposa azul, respiro y decido que prefiero medio sonreír al recordar aquella carta rosa perfumada que todavía conservo.

Querida Azul:

Soy una puta y no te merezco como amiga.

Así empezaba. Siempre ha sido un poco extrema, ella. Mucho papel bonito rociado con aroma de flores, pero es como muy bruta. Realmente era un texto demasiado explícito, por momentos casi hiriente, y bastante inverosímil en según qué párrafo, pero el gesto era de agradecer.

Pegué aquel papel a las páginas de mi diario, donde archivaba todas las cartas recibidas excepto las de David, que tenían carpesano propio.

Sus letras me invitaron a llamarla por primera vez desde la cabina de la esquina antes de volver a Madrid y prepararnos dignamente para el reencuentro navideño. Prometió dejar que Gato me recogiese solo en el aeropuerto, pero aseguró que me esperaría en mi casa, para darme el segundo abrazo de bienvenida; desde luego, con mi madre no iba a tener que discutir

por ver quién se echaba antes a mis brazos, tendría pista libre.

Me cuelo en mi apartamento de la pensión de Madame Poirier, casi a las dos de la madrugada. Mi vieja institutriz no me ha oído llegar y no ha salido a reñirme por las horas en que paseo sola por la ciudad. Me descuelgo la mochila de los hombros, me quito el abrigo y lo tiro todo sobre la cama. Me siento en ella y enciendo la lamparita enana y de pantalla blanca que hay sobre la mesilla. Saco de la mochila el libro que he comprado esta tarde en la FNAC: *Las cien mejores canciones de David Maire*. ¿Cómo puede ser que vendan hoy en Champs Élysées las letras que Gato escribía llorando en su casa de Recoletos, mientras yo choraba cedés de U2 en esa Virgin que parecía el cielo eterno y que ahora me he enterado que chapó hace tres o cuatro años?

Me da vértigo pensarle tan extenso, tan arácnido.

Me tiemblan las manos mientras le arranco el plástico, casi tanto como cuando lo desnudé a él por primera vez y me pregunté cómo podía alguien tan y tan delgado ser tan hermoso. Acaricio ahora la cubierta dura y satinada del libro. «Está tu canción. Es la versión original. La de la Sierra». La voz del Gato con canas que me sorprendió hace tan solo unos meses en el Retiro vuelve a mí para machacar mis tímpanos. Cállate. Fue la última vez que lo vi, cuando él probablemente ya andaba buscando churumbeles con esa chica *tan maja* y mi entrepierna todavía sangraba por el dichoso legrado.

Perdóname, Gato. David, perdóname. Sí que se lo dije, claro que sí, pero ya no me escuchaba. Y por eso no pedí perdón ni a mi marido ni a mi novia ni a nadie, nunca más. He ido rompiendo corazones sin disculparme jamás. Como si eso me redimiese por haber roto el de Gato. Como si con eso me vengase porque él rompió el mío. ¿Acaso se disculpó él conmigo por robarme la canción que me había regalado?

Es que me duele aquí, aquí dentro, y tengo un agujero en el pecho, hostia, un agujero de bala, o de flecha, o de mástil de guitarra, de lo que sea, pero un agujero muy negro y muy profundo en el que no se ve nada. ¿Por qué coño

tendría que pedir perdón cuando hago daño si nadie, nadie, nadie siente más dolor que yo?

A la mierda.

Dejo caer la espalda en la cama e intento respirar mirando al techo.

¿Puedo culpar a Gato de todo mi tormento?

¿Qué hay de mi madre? ¿Se lava las manos?

Cuando pienso en ella se me atiranta la bisagra de la mandíbula.

Coge las riendas, Azul, hostia, que son tuyas, y deja de joder.

Azul rompe con todo.

Aquí está, la letra de mi canción, la original, la versión de la Sierra, claro que sí.

Me he quedado tonta mirando el libro, buscándome en él.

Y es una horterada de actitud, lo sé, pero una lágrima cae sobre el papel y ahoga mi nombre, una gota que se estampa redonda, perfecta, con los bordes salpicados como radios que se escapan. Y dejo que el papel la absorba y no la limpio.

Querido Eduardo: / Amada Isabel:

Perdóname.

Te eché la culpa de todo y no te di explicaciones. Es que no las tenía, Edu, mi amor, es que no lo sabía todo de mí, ni lo sé ahora, aunque ya lo voy intuyendo, mientras paso a paso me arrepiento por haberme alejado de ti. Solo veía mi útero vacío y tu espalda. Se me olvidaron tus manos.

Se me olvidó, Isabel, que tras mi primer divorcio me habías abierto tus puertas y me habías dado un permiso nominal.

Tengo tanto que decirte que me ahogo en la poca tinta que dejo correr sobre el folio.

Fui una cobarde, pero ¿qué quieres te diga? El sexo contigo me daba miedo, me recordaba a mi madre, a mi madre bisexual llenándose la boca de amoríos bien narrados mientras se le pudría el aliento. Tu piel era tan suave que daba miedo. Tus besos sin barba, Isabel, tus labios de mujer. Qué pánico sentía.

No tenías pelo en el cuerpo pero eras un pedazo de hombre de dos metros y me llevabas en volandas como a una muñeca y me dejaba llevar por ti. Sí, quiero. ¿Por qué me soltaste justo antes de que se le parase el corazón? Cuando la ginecóloga dijo «No hay latido» tú ya no estabas mirando. Tu miedo era anterior. ¿Y qué? Debería haber podido convivir con tus fisuras, ¿por qué no? ¿Qué más daba si ser padre te venía grande, como a todo el mundo, si no eras perfecto? ¿Lo era yo? ¿Existe, eso?

Siento no haberte cogido el teléfono. Perdóname, Isabel. Siento no haberte dado explicaciones por mi huída.

Siento haber mirado yo también hacia otro lado, Edu, justo cuanto más dolía.

No voy a pedirte que me vuelvas a aceptar porque ya no soy la misma. Pero acepta mis disculpas porque solo son amor, una última dosis de amor torpe, tardío pero perenne.

Hasta siempre,

Azul

Metó las dos cartas en dos sobres pero me doy cuenta de que no necesito enviarlas. Ellos tampoco necesitan recibirlas. Basta con haberlas escrito. Debo dejarlos en paz consigo mismos, sin molestar con mi culpa, sin remover sus dudas, odiándome si quieren, recordándome como me vivieron. Su Azul. A la que amaron. Y no otra.

Entonces cojo el móvil y abro la conversación con Sergio en la red social. Prometí mantenerle informado sobre cómo estoy, pero no la abro por eso. Por lo visto hace días que respondió: «No lo olvides. Estoy aquí». Tecleo un «Perdóname» fuera de contexto y apago el móvil. No sé por qué le pido disculpas, si por no insistir en arrastrarlo conmigo a la pensión y permitirle quedarse con Madame Avarice o por no abrazar la confesión que me lanzó durante nuestro encuentro posterior en Madrid, en Navidad del año siguiente.

Cierro la cortina de la mansarda, me desnudo y me pongo el pijama. Me meto en la cama porque si me lío a escribir cartas y mensajitos a todos los que me han sufrido se me va a hacer de día. Tengo sueño. Tengo mucho sueño.

29. Mi Ángel

Me quedo mirando al ángel, el pobre, ahí subido, haciendo un equilibrio casi imposible sobre esa cúspide, sin base, sobre el vértice anterior de ese tejado a dos aguas de pendiente demasiado pronunciada de la catedral. La estatua a duras penas se ve desde la calle porque queda entre las dos torres de base cuadrada que custodian la fachada delantera; pero si una se mama la cola de turistas con agenda, se traga los trescientos ochenta y siete escalones para subir hasta aquí, se coloca tras la baranda del pasillo que une las torres y pone cara de quimera demoníaca, puede hablar con él, como un míster Hyde charlaría con un doctor Jekyll. Una le cuenta su vida, le dice que se siente mal, mala, horrible, y él responde tocando esa especie de corno que solo da una nota, como un «Om» que quiere ser un «Cállate y escucha. Todo es mucho más simple si cierras la boca y dejas de taladrarte».

Ese corno suena como la mano de Ángel.

Ángel era de los que te dan la mano sin preguntar y sin mirarte, a ver si cuela. Hablaba poco, quizás porque se le notaba que no dominaba ni el francés ni el castellano, quizás porque hablar a veces sobra.

Hijo de extremeños, vivía en los bajos de un edificio bien de Levallois en el que sus padres trabajaban de porteros. Al no venir de fuera a pasar el año, como la toledana o el sevillano, como Sergio o como yo, como todo nuestro grupito en general, le costó hacerse un sitio. Supongo que los alumnos históricos del centro se aburrían unos de otros y que nosotros éramos la novedad. El caso es que se unió a nuestra pandilla Frankenstein a sabiendas de que, cuando todos nos largásemos a casita, él se sentiría todavía más

extranjero en ese país en el que había nacido. Pero por lo visto no le importaba, creo que solo exprimía el presente.

También le importó un comino que, antes de Navidad, yo anduviese hablando de volver a Madrid definitivamente. Me había dado la mano en la segunda planta de la Tour Eiffel y repitió la jugada aquella noche en que pasamos a recogerlo por su casa para irnos a tomar algo por Blanche. Sus padres me habían mirado de arriba abajo y me habían regalado una sonrisa de aprobación que yo no había pedido. Pero no se la solté, porque estaba caliente, recién salida de una casa con madre y padre, y porque olía a ancla oxidada, a salitre reseco. Era una mano que decía «Quédate», una mano que hablaba por él y que me invitaba a la vida, a París y, en definitiva, a no dejar a nuestro adorable Frankenstein sin uno de sus cachos más enmohecidos.

A Notre Dame también llegamos de la mano, solos por primera vez. Era domingo por la mañana. Había pasado a recogerme por el portal del edificio de Rue Perronet pero por algún motivo yo había mentido a Sergio y le había dicho que salía a pasear sola. Ángel no me había explicado a dónde me llevaba; supongo que me había oído decir que todavía no había estado allí, que ni siquiera había pisado la pequeña isla del río en aquellos tres meses. Hacía un frío que pelaba, claro, y yo llevaba guantes, además de bufanda y gorro, todo rosa, a juego con mi abrigo de los domingos. Él pasaba con una chaqueta negra, deportiva y humilde, casi vieja, y no necesitaba complementos de lana. Sin embargo, intuí que sus manos estarían calientes como siempre y antes de llegar a la boca del metro ya me había quitado el guante más cercano a él, por si se animaba. ¿Qué estaba haciendo? No había abierto la última carta de Gato, a quién vería en menos de una semana, y estaba ofreciendo mi mano a un amigo poco íntimo. Algo iba mal, muy mal. ¿O quizás iba bien?

Efectivamente, él tenía la mano ardiendo. Esa vez me miró, y no solo eso. Cogió mi mano entre las suyas, con las que construyó una cueva, y le lanzó su aliento. El azul de sus ojos era de cielo extremeño, del verano caluroso que cae sobre las olivas y las bellotas, azul vivo sobre verde oscuro, no como el

mío, un azul parisino y frío, lluvioso.

Yo sabía que había gárgolas y quimeras, como todo el mundo, pero no lo del ángel del corno. Me paré a mirarlo, sin soltar la mano de mi acompañante. Y entonces Ángel me habló. Por primera vez, mientras yo escupía mi silenciosa cascada de preguntas sobre un futuro que creía demasiado importante, mientras el ángel me respondía con su soplido monótono y sabio, Ángel me habló. De entre sus labios rojísimos salía un vaho blanco y universal que caía hacia el Sena como la lluvia cae desde las gárgolas en los días malos. Dijo:

—Ya lo sé, ¿eh?, que quieres irte y no volver. Que tienes novio. Que no aguantas en el piso de Neuilly. Yo no voy a decirte que te quedes, ni que te quedes por mí. Estoy aquí, contigo, ahora, y eso es algo bonito que quiero haber vivido, o estar viviendo, más bien, mientras dure, si me permites.

Me miraba fijamente, y yo quería parecer interesante pero me sentía una idiota, una inmadura ruidosa con pretensiones de ¿qué?

Entonces me besó, sin más, sin peso alguno. Primero pensé que no importaba, que no pasaba nada, que era como un no no-beso y que al fin y al cabo David me debía una, me debía perdonarme un desliz. Pero cuando puse mi mano enguantada en el suave cogote de Ángel para asegurarme de que el momento no se acabase, para hundirme en él, para agarrarme a su boca con dientes de tiburón, entonces supe que era un beso sin noes, aunque fuese el beso sin futuro de un buenorro de equipo de salvamento.

Cuando ya bajábamos las escaleras de vuelta al mundo, dijo, arrastrando ese acento francés son aires extremeños:

—Enfrente del Parc de la Planchete, a unos metros de mi casa, hay una mujer de confianza de mis padres, muy amable, que tiene una pensión bastante económica, y es bonita. ¿Quieres que te acompañe a preguntar si hay sitio para una madrileña perdida? Podrías empezar allí el segundo trimestre. Va a ser más fácil que encontrar una familia y, además, creo que a ti te va más algo menos... familiar.

En aquel momento no entendí por qué me veía así, pero hace tiempo que pillé

que se refería a mis aires de libertad, a esa rebeldía de libro que ni siquiera yo había descubierto aún.

Asentí con la cabeza. Mi madre y mi tío, Gato y Blanca, Sergio y su paloma, todos planeaban a mi alrededor con los brazos extendidos, acechándome, juzgando mis idas y venidas, mis promesas, mis huídas... Pero yo solo quería oír el corno y clavar los ojos en mi Ángel, que de un día para otro había eclipsado a un David más deslumbrante de lo que yo podía soportar desde tan lejos y a un Sergio que ni yo misma había visto instalármeme adentro, muy adentro.

Vuelvo a hoy. El sol ha desaparecido tras algún punto de este horizonte de trescientos sesenta grados. Sigo aquí, delante del ángel, con unas cuantas arrugas más en la piel y en mi expediente. Llovizna, pero hay gente alrededor, con chubasqueros y paraguas. Sé que está por aquí y lo busco entre turistas y figuras mitológicas de piedra. ¿Por qué he venido sola? ¿Por qué no he propuesto a Adrien que se uniese a mi paseo vespertino? ¿Por qué no he aceptado, sencillamente, la propuesta de Donky de dar una vuelta por Levallois? Lo sé. Sé que he venido hasta aquí, sola, para encontrarme con él, con mi sombra, mi ángel de la guarda. Quizás no sea mala idea acabar ahora lo que a duras penas empezamos entonces. Es que tiene que ser él; hoy lo he visto claro: vivía cerca, conocía a Mary Poppins... Probablemente sus padres y ella siguen siendo vecinos y han chismorreado sobre mí y mi actual situación ha llegado a sus oídos.

Ya se acerca. De negro hoy impermeable, con capucha y gafas de sol muy oscuras. No puedo ver su rostro. Viene hacia mí, e intuyo que hoy se dará a conocer y acabará con el juego. Vuelvo a colocar los codos sobre la baranda, dándole un poco la espalda. Si lo miro demasiado... Mejor que actúe a su ritmo. Cuando está casi aquí, se cruza con un par de visitantes que lo obligan a pegarse a mí, a acercar su torso a mi espalda, y siento su pubis casi entre mis nalgas, presionando para que me eche hacia adelante, aunque ante mí solo

queda la piedra de la baranda maciza y fría y se me ocurre que quiere tirarme al vacío, aunque ni somos enemigos, creo, ni él un campanero jorobado. Oigo como coge aire por la boca, muy cerca de mi nuca, y una brasa se dilata bajo mi ombligo y me enciende el sexo.

—Estoy aquí —susurra a mi oído.

Imagino su aliento universal atravesando mi tímpano excitado.

Cuando me giro a clavar mi azul en el suyo solo encuentro su cogote encapuchado. Pero, ¿qué hace? ¿Se va? ¿Se va a largar así después de su frasecita?

Tardo unos segundos en reaccionar y ya está a unos diez metros cuando le grito:

—¿Ángel?!

Creo adivinar que responde que no con la cabeza, y no sé si se ríe o se enfada por mi mala puntería.

—¿Quién hostias eres, joder?! —suelto al aire helado.

Seguramente solo algunos me han entendido, pero todos los presentes excepto él, que se aleja bajo estas gotas minúsculas, se han girado a mirarme.

Una paloma gris superfea de la plaza de abajo se posa en la baranda y yo toco la tortuguita de plata que llevo en el segundo agujero de mi lóbulo derecho.

Entonces me doy cuenta de que yo quiero una paloma blanca, la suya, pero que me da miedo pensarlo.

30. El marco de la puerta

Me quedé mirándolo desde el marco de la puerta del comedor de casa. Era el marco desde el que yo solía decir adiós a mi madre cada vez que salía de noche mientras ella se quedaba en el sofá: «Adiós, cariño. No mezcles drogas». También era el marco ante el que ella se ponía, con los brazos en cruz, para evitar que yo saliese cuando no tenía ganas de quedarse sola: «Estás castigada».

Era veintitrés de diciembre, anocheecía, Gato estaba bien sentado y sin zapatos y yo lo miraba desde la puerta, apoyando en el marco de roble un hombro y una sien. Él, desde el sofá, me clavaba sus ojos verdes, su verde casi amarillo, que brillaba en la penumbra de su piel olivácea. Por unos segundos, la suma delgadez que meses atrás me había parecido incluso *sexy* se me presentó casi patética. La cabina de la esquina de Rue Perronet. Sus «Hasta mañana» al colgar, dando por sentado que yo querría llamarle cada día. Las cartas diarias recibidas en el piso inmundo de Madame Avarice. Sus «Te quiero» de colores estampados al final de cada folio. Pensaba en todo eso desde el marco de la puerta del comedor de casa de mi madre mientras recibía aquella mirada felina e intentaba no pestañear, no despistarme. De algún modo pretendía reencontrar los hilos que nos unían, o nos habían unido, y asirlos ahora como riendas, bien fuerte, y comprobar su tirantez y su fuerza y preguntarles si podrían con ello, con seis meses más de llamaditas y cartas, con los mil doscientos kilómetros que separaban París de Madrid, con el hecho de que yo hubiese encontrado un nuevo alojamiento que me alejaría de Sergio y que me acercaría a Ángel, y sobre todo si podrían con Ángel, y todavía peor: si podrían con Sergio en pleno invierno, en plena primavera.

Abrí los ojos. No recordaba haberlos cerrado. Me miré las manos y, de aquellas riendas, solo quedaban las cenizas, y ni eso, porque la ceniza ya se me había caído al suelo y lo único que me quedaba era un par de manos sucias, muy sucias. Volví a ver la mano de Ángel, tan clara, bajo la mía, sosteniéndola. Pensé en su beso, en su aliento universal y blanco con aroma a Notre Dame y a calor en día frío. Debería contárselo a Gato, es el momento, me dije. Pero se me adelantó.

—¿Vas a por la birra o no?

—Perdona. Me he quedado tonta mirándote —medio mentí.

Sonrió.

—Venga, que te espero.

Al cabo de medio minuto volvía a estar inmóvil, ahora ante la nevera abierta. No. No era Gato. Y por supuesto no era Ángel. Era yo. Si al final iba a pasar allí el curso entero... La voz de mi tío volvió a mis oídos: «Si te puedes largar un año a París, a tu edad, y esta te lo paga... Joder, cógelo. Eso... Eso sí que no lo olvidarás en tu vida. Te va a cambiar entera, de arriba abajo». Me entraron ganas de estamparle su guitarra en la cabeza, jodido sabelotodo. Las yemas de mis dedos abrazando la lata de cerveza empezaban a congelarse. Esperé un poco, lo justo para que el frío avanzase por mi cuerpo. Era yo. No era que Gato escribiese demasiadas cartas ni que estuviese flaco. No era que Ángel resultase cómodo y que viviese cerca de la pensión. Si me iba a tirar todo el año en París, necesitaba, yo necesitaba, incluso quería, escribir mis propias canciones. Al cerrarse, la nevera aseguró las gomas de su puerta inspirando, emitiendo un pitido asmático.

Volví hacia Gato. Me paré de nuevo bajo el marco de la puerta.

—¿Dos? —Se rió—. ¿No es mejor si compartimos una?

Y entonces dije aquello y el marco de la puerta se cosió a mi aura.

Por eso hace veintitrés años que camino por la vida inserida en un paralelogramo de madera de roble barnizada, un rectángulo sin base, enmarcada, plana, y no voy ni hacia atrás ni hacia adelante.

31. Dos columpios oxidados

Desde aquella tarde imbécil en que dejé a David, desde que el puto marco de la puerta de mi madre me acompaña allá adonde vaya, todas mis decisiones pesan como párpados somnolientos. El horizonte de consecuencias de cada opción, de cada disyuntiva, se me muestra minado de mierda explosiva, repleto de comeduras de cabeza como: «Mucho cuidado, Azul, no te salgas del sendero, que el cambio te va a salpicar en la cara y vas a oler fatal hasta quién sabe cuándo». Ni siquiera siento miedo, no, se llama estupidez.

Al cabo de nueve días, de buena mañana, nos sentamos en los dos columpios oxidados del chalet de mis abuelos. Chirriaban. En realidad no *nos* sentamos. Se había sentado él bastante antes, no sé cuánto tiempo antes. Yo salí por la puerta del porche y cerré los ojos al primer sol del año. Qué dolor detrás de mis cuencas oculares, menuda resaca. Supuse que el resto dormía; de hecho creía haber visto a alguien sepultado bajo las mantas del sofá y seguramente todos habían ido cayendo en unas y otras habitaciones a diferentes horas intempestivas.

Me puse la mano por visera.

—Buenos días —sonreí, como si lo de aquella noche hubiese sido normal, sencillamente moderno, como si cualquiera con un mínimo de apertura mental debiese digerirlo.

—Hm —respondió Gato, cabizbajo, meciéndose y arrastrando los pies sobre la grava.

—Feliz año.

—Hm.

—Oye, ¿qué te pasa? —Yo quería seguir creyendo que no nos había visto, que nos habíamos escondido mejor que dos borrachos con pupa en el corazón.

—¿Tú qué crees? —Levantó la cabeza y me hincó una mirada doliente—. ¿Para qué me hiciste venir?

—Venga, David, que yo no te he hecho venir. Esta era la fiesta de Nochevieja de todos, convenimos celebrarlo aquí y no tenía sentido dejarte fuera. Todavía formamos parte del mismo grupo, ¿no? —Intentaba arreglarme el pelo con las manos, me abotonaba la chaqueta de lana que acababa de robar del armario de mi abuela, quería parecer serena, pero me sentía una hija de puta integral.

—¿Qué grupo? Mi grupo y el tuyo se unieron por nosotros. —Cuando dijo «nosotros» sentí un cuchillo de dos palmos clavarse en mi espalda y salir por mi pecho arrastrando vísceras—. Ya no hace falta que vayamos todos juntos.

—Creo que eso es irreversible —dije, como si fuese lista.

—Pues vale. Pero me invitaste y pensé que...

—¿Qué? —pregunté, ahondando en mi teatro. Si seguía mirándome así me convertiría en hielo y después me fundiría lenta, muy lentamente, hasta convertirme en riego ácido para aquel césped reseco.

Entonces se echó atrás e impulsó su columpio hacia adelante; lanzó su dardo:

—¿Tenías que follarte a Luis? ¿Aquí, en un cuartucho de lavadora? ¿Estando yo? ¿Y qué me dices de tu amiga Blanca, eh? ¿No te importa joderle la vida?

—Pero ¿qué dices?

Frenó en seco, levantando polvo, y me miró de nuevo.

—Os vi. Y aunque os hicieseis los escondidos, diría que a los dos os encantaba la idea de que alguien pudiese veros. Sobre todo Blanca y yo, como castigo por aquella mierda de beso por el que se suponía que nos habíais perdonado.

—Pues...

—Pues nada.

Bien. Lo había conseguido. Hacerle daño. No para castigarle, qué va, solo quería quitármelo de encima de golpe.

—¿Se ha enterado Blanca?

—Eres una gilipollas, Azul. No sabía que eras tan pero tan gilipollas.

—No pretendía joder lo suyo con Luis. Yo solo...

—Vaya. Solo querías joderme a mí. Pues un diez, tía, un diez. Te ha salido de puta madre.

Gato nunca hablaba así. Él nunca decía palabrotas.

Me senté en el columpio de al lado. Cogí aire. Olía a pino y a la lavanda sin podar de mi abuela. Mi mente se fue a París y volvió en cuestión de segundos. Y de repente sucedió lo que no había previsto, y aquel pesado que no me dejaba ser libre volvía a ser un flacucho por salvar, un caramelito para mi ego, otra vez aquella réplica de mi madre, en versión alta y con pene, mi misión en la vida. Me froté los ojos.

—Hostia, David...

—Déjame en paz.

Y ya quería volver con él.

Desde entonces todos los hombres son gatos y todos los cuerpos son más algo o menos algo que el de David. Todos.

Cuando recorro el cuerpo maduro de Adrien con las palmas, es más peludo que el suyo. Cuando mi Jeffrey Dean Morgan se apoya en la barandilla de ese minúsculo balcón de Montmartre, veo una espalda menos curvada que la suya. Cuando mi trovador parisino prepara un acorde, justo antes de que suene, las yemas de los dedos son más duras que las suyas. Y nadie tiene las pestañas de Gato, la voz de Gato, su blandura. Pero cuando Adrien me penetra, solo entonces, pienso en Luis, y no me acuerdo casi ni de mi exmarido, con quien a punto estuve de crear vida; cuando un hombre me penetra, cualquier hombre, incluso cuando sueño que me penetra la sombra sin rostro que me acecha estos días por París, siempre acabo pensando en Luis, en mis dedos tensos entre sus rizos, y en cómo me dolía su penetración, mi primera penetración, y que no fuese ni hubiese sido de Gato, durante o antes de aquella Nochevieja funesta

en que la cagué todavía más que bajo el marco de la puerta del comedor de casa. Cuando intento decidir si debo seguir viendo a Adrien, si tengo derecho a seguir disfrutando de él, si me merezco su penetración balsámica o sus caricias medicinales, cuando suspeso si no me arrepentiré de verlo más o de no verlo más, se me corta el aliento y vuelvo a notar la moldura de roble sobre los hombros.

Nueve días. Me arrepentí de dejarlo a los nueve días. Y ya quería volver con él.

Quería quererlo y cuidarlo y salvarlo y ser la musa de sus canciones.

—Perdóname, David —dije a la grava. Como nadie respondía me levanté del columpio de mi infancia y me puse de cuclillas ante aquel chico malherido—. Perdóname.

No volvió a mirarme a los ojos.

—Te perdono. Todos la cagamos de vez en cuando. Pero hazme un favor: sal de mi vista. Ya.

Como si el jardín fuese suyo y tuviese derecho a estar solo en él, sin mí, me incorporé y me metí en el caserón.

Él tomó el primer autobús hacia Madrid sin esperar a que se despertara nadie, sin decir adiós. Y no volví a verlo hasta que, por Semana Santa, lo llamé para impropriarle rebobinar.

32. Te voy a echar de menos

Aunque quedarme en Madrid después de Navidad ya no tenía sentido habiendo dejado a Gato, la verdad era que el plan de volver a París a seguir con el curso me parecía una auténtica mierda.

Ya había trasladado mis cosas a la pensión antes de las fiestas —tuvo que interceder Teresa, mi tutora del Lycée, para que Madame Avarice me dejase sacarlas de su pisucho—, y realmente aquella Madame Poirier de la que tan bien me había hablado Ángel parecía maja. Pero no tenía ganas. No tenía ganas de tener una puerta de habitación que no me llevase a la de Sergio en solo dos pasos, de vivir en un microuniverso solo para mí; tampoco tenía ya ganas de enrollarme con un parisino extremeño buenorro maduro e inteligente; y por supuesto, no tenía ganas de estudiar mates, física, química y dibujo técnico, supertécnico.

Todavía no tenía llaves y llamé al timbre. Mientras esperaba, plantada en la acera de Président Wilson con los pies helados, me descolgué la mochila que traía de Madrid y me abracé a ella. Creo recordar que después no llegué a deshacerla, que se quedó en un rincón de mi cuarto hasta Semana Santa. Y seguramente no fue así, pero ahora juraría que la Mary Poppins de entonces cuarenta y tantos que me abrió la puerta llevaba un gorro negro con flores blancas y una pajarita roja.

Yo di un paso hacia adentro, ella me abrazó, y el frío se esfumó de inmediato. La casa olía a queso caliente.

—*Bienvenue.* —Me besó cuatro veces, alternando mejillas.

Mi nariz helada chocó contra la punta redonda, casi infantil, de la suya, pero no se apartó.

—*Merci. Bonne anée.*

Sonreímos. Ella había colocado las manos en mis hombros.

—*Un ami vient de te téléphoner.* —Después intentó pronunciar el nombre de Sergio pero lo hizo tan mal que nos tronchamos las dos. Me dio un juego de llaves y me invitó a subir la mochila a mi habitación antes de cenar. Propuso que, mientras el suflé acababa de crecer en el horno, yo llamase a Sergio desde el teléfono del distribuidor que separaba nuestras dos habitaciones, en la primera planta. También sugirió que avisase a mi madre de que había llegado bien, aunque dejó caer que no llamase a Madrid habitualmente desde allí.

Asentí con la cabeza y me dirigí a la escalera.

Una vez arriba, ni siquiera entré en mi nueva habitación. Lo llamé con el abrigo puesto. Esperaba que Madame Avarice estuviese en casa y tuviese el teléfono conectado, pero que no respondiese ella. Lo hizo, y yo imposté la voz para preguntar por él. Tardó en ponerse. Su voz olía a recién duchada.

—¿Sí?

—Soy yo.

—Sí que te crees importante. ¿Quién es *yo*?

—Azul. Perdona.

—Ya lo sé, tonta.

—No me digas tonta.

—Vale.

—¿Todavía me odias?

—Eso nunca. ¿Has llegado bien?

—Sí. Es raro. ¿Y tú?

—Bien. Pero todavía más raro. Te voy a echar de menos, tortuguita.

—Oye, si acabamos de volver, ¿por qué me suenas a despedida?

—Porque lo es.

—No empieces, por favor. Dime que vamos a seguir...

—No puedo.

—¿Y para eso me habías llamado?

—Un poco sí.

—¿Vas a empezar a evitarme?

—Pues quizás. A solas sí, al menos durante un tiempo. No me apetece. En grupo, si eso, ¿vale?

—¿Qué estupidez estás diciendo, Sergio? No jodas.

Suspiró.

—¿Has visto a tu paloma? ¿Ha vuelto? —pregunté, para poder imaginar que me sonreía un poco.

—No lo sé.

Me quedé sin tema y nos quedamos en silencio, así, yo sudando al lado del radiador con mi abrigo gris hasta las rodillas y la mochila a mis pies, él probablemente tiritando en medio del pasillo, medio húmedo, enrollado en la toalla. Me quité el gorro de lana.

—Entonces —dije—, ¿ya está?

Sergio no respondió.

El olor a queso caliente de la planta baja llegó en ese momento hasta el distribuidor. Aquel que emanaba su aroma y se me colaba por las narinas hasta mi nostalgia futura sería el primero de muchos suflés de imperfecta semiesfericidad, mi plato preferido de entre todos los que degustaría en la mesa de Madame Poirier durante el medio año en que viví allí. Tenía que aprender a hacerlos ya, antes de empezar a echarlos de menos. De repente, me alegraba de haber vuelto; pero no me dio tiempo a saborearlo.

—Nos vemos por el Lycée —dijo Sergio, seco, antes de colgar.

Mientras escuchaba aquel pitido intermitente en el auricular, pensé que ya no tenía un novio al que llamar; ni siquiera me había molestado en averiguar dónde estaba la cabina más cercana. Entré en mi nueva habitación, tiré la mochila al rincón y me dejé caer en la cama. Por supuesto, no iba a telefonar a mi madre; ella no esperaba mi llamada.

Cuando llegó mayo yo ya sabía hacer suflés. Suflés, cruasanes, *quiches* y otras delicias de origen francés con el toque mágico añadido de mi Mary Poppins, que ya era casi mi amiga, mi tía, mi madre.

Entonces el psicólogo del Lycée nos pasó la Prueba y Sergio, que ya me permitía mantener conversaciones *tête-à-tête* con él mientras hubiese figurantes en nuestro escenario, ya había propuesto aquella locura de que yo estudiase Cocina en Le Cordon Bleu, incluso aquello de que, si mi madre no me apoyaba, me pusiese a currar para pagarme solita los estudios y mi manutención.

Nunca se lo conté a él, pero aquella tarde llamé a casa. Hacía meses que no compraba una *télécarte* pero llevaba en la cartera una en la que debía de quedar algo de saldo; no sería una conversación larga. A la vuelta del Lycée, me metí en la primera cabina de Levallois, llegando desde Neuilly. Ya no hacía frío y París ya no parecía París. Mi vida allí empezaba a tener el tacto de aquel terciopelo gastado, medio rasposo; y yo la tocaba y la tocaba para ver si le volvía a crecer pelusa pero solo conseguía desgastarla más.

Descolgó al segundo intento.

No dijo: «Hola, hija, ¡qué sorpresa!», ni : «Ya era hora, Azul, cariño, ¿por qué no llamas más a menudo?».

—Hola —dije yo, porque ella nunca saludaba al descolgar, se quedaba esperando.

—Ah, hola. ¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú?

—¿Necesitas algo?

—Bueno, he estado pensando.

—¿Sobre?

—Sobre lo de hacer Biológicas.

—¿Qué pasa? ¿Te apetece otra carrera? Siempre te han interesado también las mates, ¿no?

—No.

—Pero se te dan muy bien.

—Es que aquí en la pensión... —Con la uña del índice, intentaba arrancar del cristal de la cabina el cadáver de un mosquito—. He aprendido a cocinar.

—Genial. Ya me harás algo. Me encanta la cocina francesa. ¿Sabes hacer creps?

—Sí. Pero he pensado en que quizás me gustaría... ¿estudiar Cocina?

—Ay, genial, claro. Hay muchos cursos. Aquí en el barrio creo que... Podrías ir por las tardes el año que viene, para desagobiarte un poco de la uni, si te apetece.

—Me refiero a estudiar en serio.

—¿Cómo que en serio?

—Aquí, en París, está la mejor escuela de cocina de...

—¿Qué quieres? ¿Quedarte a hacer la carrera? ¿Desde el Lycée se puede acceder a hacer Biológicas ahí? ¿Y te ves estudiando en francés y a la vez yendo a la escuela de cocina esa?

—Sería estudiar *solo* Cocina, quiero decir.

—Pero eso no es *estudiar*, mujer. Eso como *hobby* vale, pero...

—Es lo que quiero —pronuncié intentando subir el volumen, mientras con los incisivos inferiores arrancaba de dentro de mi uña el cadáver reseco del mosquito.

—¿Ser cocinera? ¿Una curranta? ¿Una sirvienta?

—Cocinar. Me gusta cocinar.

—No hablas en serio.

—Sí.

—¿Me estás pidiendo que te pague no sé cuánto tiempo más de gastos en París y que cargue con la matrícula de una escuela de... *cocina*? —Ella pronunciaba *cocina* pero sonaba a algo como *mierda*—. Estás de broma.

—No.

—A ver. Voy a colgar, antes de ponerme enferma. Si quieres hacer esa tontería y lanzar tu vida por la borda, te lo costearé tú. Y ya hablaremos.

Colgó. Y yo también. No quería quedarme escuchando el pitido.

Me había sobrado saldo en la *télécarte*.

Quise correr hacia Sergio, hacia sus brazos, hacia sus bíceps, hacia la curva entre sus hombros y su cuello, y dejarme caer allí. Pero yo seguía siendo aquella imbécil que quería salvar vidas pero jamás que la salvarsen. Todavía no.

Y hasta hace poco menos de un mes, hasta el día en que dije en voz baja, ante el horno encendido «*Sauvez-moi, Adrien*», no había vuelto a hacer suflés.

33. Negro oscuro

Estoy sentada en mi cama, en la cama individual del miniapartamento tortuga de la pensión. No veo nada. Está todo a oscuras y no me atrevo a alargar la mano hacia él, que respira pausadamente emanando un aroma entre ardiente y fresco.

Al abrir la puerta he visto solo una silueta sentada en la opacidad de mi alcoba, y me he acomodado a su lado, medio tensa. Intento ahora ralentizar yo también mi respiración.

No tengo miedo de mi sombra. Se ha encargado de cerrar la cortina antiluz, ahora antiluna, pero dentro de poco sabré quién es.

De momento sé que Mary Poppins le ha dejado entrar en mis aposentos, y eso ya es mucha información. Cuando he vuelto de mi salidita crepuscular con Charlie, ya de noche, ella me ha anunciado que tenía visita y me ha guiñado un ojo. He mirado a mi amigo pensando en suplicarle que saliésemos a cenar, o sencillamente que saliésemos corriendo, lo que se dice escabullirse a donde fuese, pero él me ha dicho que no con la cabeza antes de que yo llegase a hablar. Después me ha dado la mano, me ha arrastrado hasta su tercer piso y ha empujado mi espalda para que siguiese subiendo sola hasta mi cuarta planta. Me he girado hacia atrás a ocho escalones de mi puerta, pero Donky me miraba de brazos cruzados, amenazante, «Ni se te ocurra fugarte ahora».

Si Madame Poirier lo conoce, debe de ser Ángel. También podría ser Luis, a quien conoció en su visita con Blanca en el 94, pero eso sería muy muy raro. Y desde luego no es mi Gato Negro, porque nunca estuvo aquí y ella no permitiría el acceso a ningún desconocido. Después está él, Sergio, pero eso es tan improbable... O peor: eso sabría tan y tan agridulce, quizás más dulce

que agrio, quizás tan dulce que...

El roce del dorso de sus dedos en mi mejilla me asusta. No lo he visto venir. Aquí no se ve nada de nada. Mis reflejos alcanzan a cogerle la mano al vuelo y acariciarla, escudriñarla con las mías, pero no la reconozco. Es suave y no muy grande, calurosa. La dejo ir. Entonces me decido a hacer lo que llevo tanto tiempo queriendo hacer: quitarle la capucha del abrigo, aún sabiendo que debajo no veré nada, porque todo a mi alrededor, todo entre nosotros e incluso nosotros mismos... todo aquí es negro oscuro. Pongo las manos sobre su cráneo, nada de calvas, nada de Luis, nada del amante con quien engañé a Blanca aquella Nochevieja y, aún peor, aquel domingo raro del 99, cuando ya rondábamos el cuarto de siglo, cuando él ya vivía con ella y ya había echado algo de tripa y yo ya tenía un pelín de celulitis en el culo. El pelo es liso y algo largo, greñado sin llegar a los hombros. Sigue pudiendo ser cualquiera de los dos, pero imagino que ahora tanto Ángel como Sergio deben de llevar el pelo corto, correcto, bien domado. Deja de pensar en Sergio, Azul, me digo, Sergio vive a casi mil kilómetros de aquí, y Ángel, aunque se habrá mudado, no debe de vivir a más de diez paradas de metro.

Bajo mis manos hacia sus orejas: lleva un arito en uno de los lóbulos. Su respiración se acelera; el aire que sale de él huele a frío abrigado, a sábado de mediados de enero horneado, pero a nada universal como entonces. Intento acercar las yemas a sus párpados pero me las aparta de un manotazo que lo rompe todo. Sin embargo, ninguno de los dos hablamos. Convenimos, sin pronunciar palabra, respirar acompasados y recuperar la calma. Él ya sabe quién soy y no me busca las facciones con las puntas de los dedos, claro; en este momento, después de su gesto, tampoco se lo permitiría.

No sé qué hacer. Si hablar ya, si abrir la cortina o encender la lámpara de la mesilla, si darle una bofetada por haber andado persiguiéndome o si besarlo.

Me levanto y me sitúo frente a él.

Tengo como hambre pero no es hambre. Es un vacío que me atraviesa el diafragma y el estómago hasta la espalda. Mastico el aire y trago, pero tengo

el corazón en la boca y también lo mastico, aunque en lugar de tragarlo lo escupo. Oigo como él recoge los pedazos y se los come. Imagino sus labios teñidos de rojo oscuro y deseo mordisquearlos. Para, Azul. Aquí y ahora. Te estás yendo, escapando, en un alarde idiota de poesía onírica.

Abro mi abrigo verde y lo dejo caer sobre la moqueta. Sé que me oye pero no me ve. Me excita que imagine sin saber. Oigo una cremallera que baja, la de su abrigo negro, supongo, y después otra, ¿la de una sudadera, quizás? Me arranco el jersey, me lo saco por la cabeza, se lo tiro a la cara, o a donde creo que está más o menos su cara, y lo oigo reírse, pero no reconozco su risa. Sea quien sea, su voz se ha hecho profunda, su risa se ha distendido desde entonces. Ahora debe de estar quitándose la camiseta porque huele a un sudor masculino limpio, tremendamente provocador.

No me pregunto qué estoy haciendo, si es que me he vuelto loca, hasta que no estoy a punto de quedarme íntegramente desnuda. Tengo a mis pies una montaña de ropa coronada por mi sujetador rojo, el más viejo que tengo, y en las puntas de mis dedos, las costuras laterales de mis bragas blancas, todavía puestas. Por lo que he ido intuyendo, él sigue sentado en la cama y debe de quedarle poca o ninguna ropa. Sí. Me he vuelto loca. De remate.

Decido poner algo de cordura en esto y me dejo las bragas para acercarme a él. Me quedo ahí, quieta, de pie, callada. Sé que sabe justo dónde estoy.

Sus palmas en mi cintura, respiraciones entrecortadas, mis bragas bajando por mis muslos, obedeciendo a unas manos lentas que las abandonan en mis tobillos y suben de nuevo para abrirme los labios y acariciar mi humedad, mi rocío templado. Dejo caer la cabeza hacia atrás, mi pelo roza mis dorsales cansadas, mis lumbares heladas. Él sigue dando vueltas a la rotonda que bordea mi clítoris y se levanta y me toma por la cintura y deja caer su voz sobre mi hombro:

—Estoy aquí —musita.

No sé por qué cierro los ojos si aquí no se ve nada. Es que no quiero saber, saberlo, conocerlo. Quiero que siga así, siendo mi sombra.

No tardo en correrme, creo, ni un par de minutos, tal cual, de pie, con las rodillas temblando, sostenida por su brazo lampiño.

Después busco sus bíceps, pero o no es él o han prosperado mucho, si es que eso era posible. Déjalo, Azul, joder, no quieras saber quién es.

Lo empujo para que caiga sobre el colchón. Quiero sexo del simple. Cabalgarlo. Que me suplique que frene para alargarle el recreo. Me siento sobre él, a horcajadas, y sí que está desnudo y le busco el pene.

—Qué imbécil soy. —Susurra para que no lo reconozca, pero definitivamente no tiene el acento de Ángel—. No llevo preservativos.

Me río. No había caído en que las sombras preñan y contagian como la luz, como lo sólido. Resoplo.

Me tumbo a su lado, los dos panza arriba, y él me pasa un brazo por debajo de los hombros. Quiero querer darle placer pero no quiero, así no, no sin penetración. No me sale, ahora no. Necesito saberlo, del todo, sin más recelos.

Giro mi cuerpo, se gira él, estamos cara a cara, muy cerca, en la minúscula tenebrosidad impenetrable. Me bebo su aliento y vuelvo a intentarlo. Esta vez no empiezo por los párpados. Barba de cuatro días, suave, probablemente rubia, escasa por supuesto. Labios algo secos pero succulentos. Nariz recta de punta redondeada. Te conozco. Te conozco bien. ¿Qué haces tú aquí? Repaso las cejas, también poco pobladas, y llego hasta sus ojos.

—¿Qué te ha pasado?

—Fue en una mani —responde.

—¿Puedo? —pregunto antes de levantar el parche.

—Otro día.

Cojo aire.

—¿Habrá otro día?

—Depende de ti. Yo sigo aquí.

—Vale. —Retiro mis manos—. ¿Puedo encender la luz? Quiero verte.

—Todavía no, por favor.

—¿Y la cortina? Solo será la luz de la luna.

—Dame tiempo, porfi.

—No me jodas.

—Sigues igual de malhablada.

—¿Te da vergüenza? ¡Pero si ya sé quién eres! Y tú llevas días viéndome, y ya no soy aquel bombón de dieciocho años que viste por última vez en Madrid.

—Estás mucho mejor ahora.

—Déjame verte. No es justo.

—La próxima vez. Te lo juro.

Me rindo. Quiero besarle pero me contengo. Creo que lo mordería hasta hacerle sangrar.

—Explícame por lo menos qué haces aquí.

—Cuidar de ti.

—Menuda chorrada. No necesito que me cuides.

—Ya lo sé, mujer. Estoy de broma.

—Y al principio incluso me asustaste.

—Lo siento. Lo planteé en plan juego, pero... sí, creo que... se me fue de las manos. Me di cuenta en Étoile. —Se ríe—. ¿No te percastaste de que mi carta tenía un sello francés, solo para aparentar, y que ni siquiera tenía matasellos?

Qué tonta soy.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Desde que supe que estabas en París. Me volví como loco al imaginarte aquí. Fue una intuición, un ahora o nunca. Llevo un año separado y... —Creo que se frota la frente—. Tenía que venir. Lo sentí así.

—¿Y si no me hubiese hecho ni puta gracia tu acoso?

—Perdona. No era esa la intención. Lo siento, en serio.

Me levanto, me pongo de pie al lado de la cama. Estoy absolutamente fuera de ningún circuito conocido. ¿Debo gritarle? ¿Lo mato? ¿Es denunciabile? Quiero estrujarlo pero no sé si de rabia o de amor puro.

—Quiero que me cuelgues boca abajo.

—¿Qué?

—Que quiero que me cojas boca abajo con esos brazos tuyos y que después me dejes en la cama con dulzura, me arropes, me morrees y te largues.

Se levanta poco a poco, me busca en la oscuridad y me abraza por la cintura.

—¿Me podré vestir antes de salir por la puerta? —Carcajea.

—Haz lo que te dé la gana.

—¿Te apunto dónde me hospedo?

—Haz lo que te dé la gana —repito.

Entonces, con maña circense, gira mi cuerpo y me cuelga cabeza abajo. Me sacude y nos tronchamos durante unos segundos. Después me deja en la cama con extremo mimo, me arropa y acerca su rostro tuerto al mío, más tuerto todavía. Entonces me da el beso que me debe desde entonces, ligero, mojado y tibio, y me fundo con las sábanas.

—Te dejo una tarjeta de mi hotel con mi móvil apuntado. ¿Me vas a llamar, tortuguita?

—Claro que te voy a llamar, palomo. Claro que sí. Ahora lárgate y déjame dormir.

34. La carta abierta

Las locuras de Sergio. Perseguirme. Robarme cartas. Y no logro enfadarme con él.

Vaya, había olvidado lo de la carta abierta. Ahora me da risa.

Me he despertado pariendo una pequeña paloma blanca. Soñaba que el animal, limpio y luminoso, salía de entre mis piernas, sin cordón umbilical, y echaba a volar por la habitación. Después se posaba en mi pecho, se acurrucaba y mamaba con su pico, sin hacerme daño, ronroneando como un gatito.

Al despertar me he sentido descansada y buena. Ya no era mala, como siempre.

Me he acercado desnuda a la mansarda y he descorrido la cortina. A lo lejos, otra paloma blanca sobrevolaba el parque.

Fue delante de la ventana, en el Lycée. Estábamos en la pausa entre dos clases cuando Sergio golpeó muy suavemente mi hombro con la punta del índice. No me giré porque estaba anonadada contemplando la invisibilidad del viento. Parecía que el final de aquel enero no iba a llegar nunca. Se puso a mi lado, a observar la calle conmigo, y entonces sí, lo miré. Seguía siendo un aragonesito repeinado con jerséis caros, el mismo que me había jurado que me evitaría, el mismo que... en fin, qué más daba ya todo eso.

—Solo una cosa, Azul, y no te molesto más.

Llevaba en la mano un sobre que reconocí al instante: rectangular, de buen papel, decorado con dibujos de grafitero frustrado. Era de Gato.

—Esto estaba en casa cuando volví después de Navidad. —Que siguiese

hablando de *casa*, como si fuese de ambos, sonó a aguijón naif. Él mismo se dio cuenta—. Bueno, en *mi casa*, ya sabes, perdona. Siento no habértelo dado antes. No sabía cómo...

Lo cogí. Estaba abierto, y no con disimulo. Me pareció obvio que cuando lo había abierto no tenía ninguna intención de dármelo después, porque entonces hubiese intentado eso del vapor que hacen en las pelis. Podría haberle dicho de todo, de todo, pero elegí comprenderlo. Lo imaginé en pijama y batín, sentado en su cama, leyendo la última carta de Gato, las letras apresuradas que yo nunca recibiría a tiempo, «Dentro de poco estarás aquí, Azul, conmigo, por fin, qué largo se ha hecho», lo que David había escrito en diciembre mientras yo besaba a Ángel por primera y última vez, en Notre Dame, mientras Sergio me veía hacer maletas en Neuilly y mudarme a la pensión de Levallois.

No dije nada.

Él tampoco, y se volvió hacia su aula.

Tardé meses en leerla.

Cuando volví a meter aquella última carta en el sobre, me di prisa en sonarme los mocos, que en realidad eran lágrimas que me había ido tragando durante el vuelo, lectura tras lectura. En ese momento, las ruedas del avión golpearon la pista de aterrizaje de Barajas. Me disponía a pasar en casa la Semana Santa. No había vuelto a saber de Gato.

Encontré la casa vacía, un pelín sucia. Una nota de mi madre en la cocina ofrecía instrucciones para que me hiciese una cena sencilla y solitaria; ella volvería mañana. «Esta noche la casa es toda tuya», decía como final del mensaje, rubricado con un guiño. Muy graciosa.

No tenía hambre, pero sí sed de ver a Gato. Lo llamé por teléfono a casa y, apático, concedió pasar a verme de camino a nuestro antro, al que le dije que no quería ir aquella noche.

Encendí la calefacción y me di una ducha. Pese a aquella temperatura inverosímil en primavera, la mampara y el plato ya siempre me recordarían a

él y a lo pegaditos que teníamos que estar para entrar juntos. No me sequé el pelo. Camiseta de tirantes negra y pantalón de pijama, sin bragas. El espejo me confirmó que estaba mona, así medio desaliñada, mascando frío. Después ensayé disculpas y entradas varias pero no me decidía por nada; parecía una niñata americana de telefilm descartando vestidos ante el espejo, solo que yo descartaba muecas y palabras.

Él llegó antes de la hora, con el pelo más corto que nunca, con los ojos menos directos, y aclaró que tenía prisa. Yo sabía que mentía y, en sus hombros recolocados, leí que no había nada que hacer. Había construido su armadura a la perfección, incluso parecía haberle sacado brillo antes de salir de casa.

Lo invité a mi habitación y me senté en la cama. Él escogió mi silla de estudio, esa negra con ruedas desde la que medio año antes me había confesado, muerto de miedo a perderme, su no no-beso con Blanca.

—Gato... Yo... —alcancé a decir.

—No me llames Gato, tú no.

Tenía razón. Yo siempre le había llamado David. Era Gato para el resto. Aquello me dio esperanzas.

—No voy a andarme con rodeos. Ya lo sabes.

—No. Dilo. —No se había quitado la *bomber* y no me miraba.

A lo mejor si me hacía pronunciarlo era porque no era inútil decirlo. Tenía que intentarlo aunque fuese cutre, después de todo.

—Quiero... estar contigo.

—Aquí me tienes.

—No me ralles, tío, me refiero a... estar contigo.

Levantó una ceja. Yo proseguí:

—Quiero que me perdones. Lo de Nochevieja estuvo mal, muy mal, precipitado y feo. Pero de lo que de verdad me arrepiento es de haberte dicho que ya no te quería.

Entonces me miró y me mostró una sonrisa avinagrada.

—¿Me quieres ahora?

—Sí.

—¿Y me amas, o solo me quieres?

—¿Qué más da eso?

Negó con la cabeza, como dándome por imposible.

—¿Has leído *El principito*? —preguntó—. ¿Sabes lo que le explica a la rosa?

—Vale, pues te amo.

—Tú no sabes amar, Azul, hace tiempo que lo sé. Debí creer a Blanca aquella tarde en el Retiro. —Aquella frase me supo peor que todas las otras juntas—. Amar es otra cosa. —Y se levantó.

—¿Te vas a ir así?

—¿Querías algo más?

—Estás dolido.

—Pues sí. Pero tranquila. Te aprecio. Se me pasará con los años. No te preocupes.

Y sí, tenía razón: se le pasó con los años; se le pasó todo, el enfado y el amor y todo lo que fuese que había ido sintiendo por mí desde aquella mañana en que me acerqué a él mientras componía canciones con sensibilidad social sentado en el suelo, ante el paredón del instituto. Solo le quedó un rastro de cariño y amabilidad sinceros que me jode más que una piedra en el zapato, una puta piedrecita minúscula que no me deja andar más que a tramos cortos.

Pero a mí no se me pasó. Probablemente se me habría pasado al cabo de un mes o dos si, a la noche siguiente, no hubiese ido a nuestro antro y no hubiesen pinchado mi canción, que ya no era mi canción, sino *Muriel rompe con todo*. Se me habría pasado si en ese momento él no me hubiese ojeado con algo de culpa desde nuestro sofá, mientras yo le juzgaba desde la barra. El muy cabrón había cambiado el nombre y se la había quedado para su repertorio. Estuve segura desde el principio de que no había ninguna Muriel, de que sencillamente era un modo de decir No-Azul, un modo de grabar la canción en

un disco sin verse obligado a acordarse de mí para siempre. Por eso me emocionó que en el libro apareciese la letra original, la que me cantó en la Sierra.

Pero bueno, que a lo mejor al final aprendo a cocinar a lo Sabrina y salgo del cascarón del huevo, y sí, al final se me pasa, yo qué sé, para eso estoy aquí, ¿no? A lo mejor se me pasa lo de Gato para siempre. A lo mejor ya se me está pasando, que para eso me vine, a retomar mi vida donde la dejé.

Se me tiene que pasar antes de llamar a Sergio.

Y si no nada. Si no, nada.

35. Nuestro tercer vértice

Giro el espejo de pie que tengo junto a la bañera. El pobre seguía castigado desde mi primer baño, hace casi un mes. Le propongo un indulto si él me indulta a mí. Si se porta mal, lo sentenciaré de nuevo de cara a la pared.

Me contemplo de abajo a arriba sin encender las luces, solo cromada por la escueta claridad que entra por la mansarda.

Después del trato de Sergio en la oscuridad, me siento habitante de un cuerpo nuevo, más vivo. Su media mirada en el negro espeso, sin juicios, su muda masturbación de mi clítoris, flotante y mojado como un nenúfar, han tonificado mi piel nívea y han instalado en mi plexo solar una pequeña bola color fuego.

¿Qué voy a hacer con él?

Abro el grifo del agua caliente, muy caliente, para que se vaya llenando la bañera. Cuelgo la toalla en el biombo y me quedo con el móvil a mano para escribir a Luis; no se va a creer lo que me está pasando.

Los nudillos de Charlie en la puerta me conectan al mundo.

—Son las doce, dormilona. Acá te dejo unos cruasantitos de la Poppins. Tenés que contarme cosas, ¿cierto?

—¡Cierto! —grito—. ¡Gracias por los cruasanes!

Oigo como se aleja, discreto, y yo me acerco desnuda a abrir la puerta lo justo para sacar la mano y secuestrar esas medias lunas que me esperan sobre la moqueta. Dejo el plato sobre una silla al lado de la bañera, junto al móvil y la toalla, y me meto en el agua, que casi quema. El vapor empaña ahora mi reflejo.

¿Qué voy a hacer con él?

Es una locura.

Nunca supe si lo quise. Pero siempre supe que lo amé, ¿no? ¿No era eso, lo de *El principito*? A Gato lo quería, quizás incluso aún lo quiero, solo para salvarlo, solo para mirarme mientras lo salvo. Lo he querido siempre para poder amarme. Eso es. Pero él ya está a salvo y yo sigo aquí haciendo el gilipollas.

Me siento lúcida. ¿Estaré pasando página? La página más larga de mi vida.

Hundo la cabeza en el agua. Mi pelo flota y después se sumerge también y me cosquillea las mejillas, los hombros, los pechos.

Me medio incorporo y saco las manos. Las seco en la toalla y cojo el móvil.

Azul: Eo, Luis, ¿estás?

Luis: Para ti siempre, Azul ;-)

Azul: No te lo vas a creer

Luis: ¿Estás sola?

Azul: Sí, ¿por qué?

Luis: No, por nadaJeje

Azul: Jeje ¿qué?

Luis: NaaadaCuéntameSoy todo oídosBueno, todo ojos. Daleee

Azul: ¿Te conté que alguien me seguía?

Luis: ¿Cómo, te seguía?

Azul: Que yo andaba por la calle

Azul: y alguien me seguía, digo,casi a diario

Luis: Pero ¿qué dices, tía?¿Ahí en París?¿Estos días?

Azul: Al principio acojonadaDespués ya hasta me molabaLo que no me puedo creer es...

Luis: Azul, qué susto¿Lo has denunciado?

Azul: Quién era

Luis: ¿Lo conoces? ¿En serio?

Azul: Y tú también

Luis: Dispara

Azul: ¿Te acuerdas de Sergio?¿El de casa de mme Avarice?

Luis: Qué cabrón Pero ¿vive en París?

Azul: Qué va Que se ha venido por mí

Luis: Toma ya

Azul: He estado con él esta noche

Luis: Estar... ¿estar?

Azul: Eso Y no sé

Luis: Y nosotros sufriendo por si te sentías sola...

Azul: Desde que llegué lo veo por todas partes Quiero decir,

Azul: veo al Sergio adolescente, en mi recuerdo Claro, todo me recuerda a él Y es tan mono Era O es Yo qué sé Joder, qué buenos los cruasanes

Luis: Ay, baby, qué romántico

Azul: Esta Mary Poppins es una joya ¿Le perdonarías lo de perseguirme?

Luis: ¿No es un poco fuerte?

Azul: Un poco no Es muy fuerte

Luis: No me hables con la boca llena Y menos si me vas a dar envidia con la repostería francesa ¿Por qué no lo hablas con Blanca?

Azul: Pero, tío, yo estas cosas siempre las hablo contigo Ella y yo somos demasiado diferentes respecto a los tíos

Luis: Pues igual no te iba mal que se te pegase algo de ella A lo mejor te sorprende Ella ha cambiado mucho y tú ni te has enterado

Azul: Puf Qué pereza ¿Le escribo a ella?

Luis: No hace falta

Azul: ¿Le dices que me escriba?

Luis: No hace falta

Azul: ¿Qué te pasa, tío? ¿Te has rallado?

Un mensaje entra por otra conversación. Es Blanca.

Luis: Ábreme la puerta

Azul: ¿Qué puerta?

Luis: La de la habitación, tonta, ¿cuál va a ser?

Azul: No me jodas

Luis: No íbamos a dejarte un mes aquí tirada ;-P

Azul: Está abierta

Me giro. Veo moverse el pomo. La puerta se abre, y ahí, de pie, preciosa, con su melnaza castaña planchadísima hasta la altura de los codos, con su ropa oscura y ajustada, con su escote en pleno enero y esas botas de caña alta, con el abrigo bien doblado colgado del antebrazo y arrastrando una maleta pequeña, está nuestro tercer vértice, mi buena amiga Blanca.

36. El segundo agujero de mi lóbulo derecho

—¿Ves esta tortuguita? —le pregunto girando un poco la cabeza y apartándome el pelo para que vea el pendiente de plata que llevo en el segundo agujero.

—Sí —responde Blanca—. La tengo más vista que el tebeo. Ahí solo has llevado dos pendientes. Antes de la tortuga...

—Calla, calla.

Llevamos horas de cháchara en mi habitación, sin comer, tiradas en la cama, yo con la bata de estrellas y ella vestida tal como venía pero sin botas.

El día en que acompañé a Gato a una farmacia de Recoletos a perforarse la oreja por primera vez, me animé a hacerme yo un agujero más y él me regaló la estrellita de oro con que me taladraron. Vuelvo ahora a tocar mi tortuguita.

—Me la compró él, en Venecia —le cuento a Blanca.

—¿Cuándo? ¿En el viaje que hicisteis con la de Historia del Arte del Lycée?

—Sí, eso, en junio. Poco antes de volver a casa.

—No me lo habías contado nunca.

—No quería oír tus comentarios.

Sonríe y deja escapar un poco de aire por la nariz.

La profe de Arte de los de letras invitaba a los alumnos de ciencias a sus salidas; quincenalmente era el Musée du Louvre o el d'Orsay, pero en febrero nos había sorprendido con una ruta Bruselas-Gante-Brujas y, para fin de curso, nos metió en un tren y nos llevó a Venecia.

Sergio se había ido ablandando desde enero, incluso se había sentado conmigo en el vagón en el que habíamos navegado sobre las aguas que separan el continente de la ciudad flotante. Me hablaba poco, pero ya no me evitaba.

La pandilla Frankenstein había ayudado lo suyo, estrechando el círculo, llamándonos a ambos para hacer esto o aquello. Hasta Ángel había dado un paso atrás hacía ya tiempo para dejar que yo me aclarase y que fuese Sergio quien arropase mis torpes titubeos, aunque él pasara bastante del tema, o lo hiciese ver.

Fue en la estación de tren. La profesora pretendía garantizar no dejarse a nadie citándonos media hora antes de la hora de salida del tren de vuelta hacia París. Mochilas, bolsas de *souvenirs* y adolescentes medio tirados ocupábamos parte del *hall*. Sergio estaba sentado en un rincón con el sevillano, que se reía, gritaba y gesticulaba. Al mirarlos yo, él me atisbó un segundo y Álex me hizo una seña para que me acercase; Sergio le bajó el brazo de un manotazo.

—Ahora vuelvo —susurré a la toledana, que se había adormilado sobre mi hombro después de aquella última noche loca.

Aparté su trenza y ella se medio espabiló e inclinó su cabeza hacia el otro lado para posarla sobre el asturiano. Me puse de pie, salté sobre las mochilas y las bolsas y me acerqué hacia Sergio y Álex.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, amigo —le estaba diciendo el andaluz al aragonés mientras ya se levantaba—. Os quedan menos de dos semanas.

Sergio miraba al suelo, negando con la cabeza. Álex me guiñó un ojo y se alejó sacudiéndose la melena como para ventilarse; hacía un bochorno pegajoso. Me senté junto a mi amigo.

—¿Qué? —pregunté.

Me sentía orgullosa de él. Llevaba unas bermudas blancas impecables, pero se había sentado en el suelo de una estación.

—Nada.

—Qué calor, ¿no? —Empecé a hacerme una coleta—. Tú nunca sudas, ¿verdad?

—Algún día aprenderé. —Se recolocaba los cordones de las Converse como

si le fuese la vida.

—Anda, dime. —Le puse una mano en la rodilla, pero se apartó.

—Nada, nada.

—Por algo me habrá llamado Álex. ¿Dos semanas para qué?

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un minúsculo sobre de papel rosa.

—Toma.

Lo cogí.

—¿Lo abro?

—Claro.

—Gracias. —Rasgué el papel. Había un pendiente de plata diminuto con forma de tortuga—. Es precioso.

Me lo puse en el segundo agujero de mi lóbulo derecho, que llevaba hueco desde Semana Santa.

Aquel día no dijimos nada más. Las dos semanas se esfumaron entre exámenes y maletas. Y no volvimos a hablar a solas hasta el recuento en Madrid durante las Navidades siguientes.

—Yo siempre te lo he visto puesto —me recuerda Blanca—. Juraría que es el único pendiente que no te has quitado nunca. ¿Cuánto hace? ¿Veinte años?

—Veintidós y medio. Desde que me lo puse, digo.

—¿Y eso no te dice nada?

—¿De qué?

—Del tío sobre el que llevamos horas hablando.

—¿A qué te refieres?

—A lo que me has preguntado. A si debes salir corriendo o si le llamas y te lanzas. ¿Acaso llevas puesta la pulsera de hilos que te tejí yo, eh? No. ¿Conservas aquella estrella de oro esterilizado? Tampoco. Llevas la tortuguita de Sergio.

—Porque la tortuga es un símbolo, es un animal que me enraíza, que me ancla a la tierra.

—Venga, Azul, menos rollos. La llevas por él. Él sí que te enraíza. —Se ríe—. Seguro que es el típico tío con los pies en el suelo. Si dices que hasta ha aprendido a sudar y todo.

Nos reímos.

—A ver, los pies... en el suelo en el suelo... Le falta un ojo por ir reclamando un mundo mejor, ¿eh?

—No. Le falta un ojo porque la policía no tiene vergüenza. Y vale, será un soñador, pero le gusta hacer deporte, es profè de gimnasia en una cárcel, no se pierde un mani antifascista, nena, eso no es como hacer canciones de amor y revolución, ni como vender vinos y tés caros, ni como experimentar con ratones. Eso es vida pura, cariño, hazme caso. Y fijo que está bueno, que parece de los que mejoran con los años.

—Como nosotras.

—Eso. —Sonríe.

—No sé.

—Hay algo entre vosotros. Siempre lo hubo. Yo lo vi enseguida. Cuando te visitamos en mayo y...

—Tú calla. No me hables de la Blanca de entonces.

—Yo en aquella época era una estúpida, vale, pero siempre he tenido vista. Y este chico...

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Te lo dije. Pero que si Madrid-Zaragoza, que si Zaragoza-Madrid, y mi Azul que siempre ha sido un poco témpano... pese a lo promiscua y tal...

—Venga ya. Si un tío hubiese tenido el doble de rollos que yo solo sería un éxito con patas, ¿y yo por ser mujer soy una puta?

—No he dicho puta, reina, he dicho promiscua.

—Pues no soy promiscua. Solo soy cobarde. —Hundo la cabeza entre los hombros.

Blanca suspira.

Todavía no entiendo qué hace aquí, por qué no ha venido Luis, por qué cree

que la necesito, si en las noches en la terraza de su tienda suele dejarnos solos o permite que el hombro me lo ofrezca él. Sospecho que pese a las apariencias, o pese a lo que yo proceso, ella siempre ha tendido a cuidarme, aunque fuese en la sombra, a saber de mí, aunque fuese por él, a aconsejarme bien, aunque fuese con voz o con letras de su marido. Quizás Luis haya sido solo un portavoz del lado opuesto a mi vértice, de la unión de los dos.

—Ven aquí, tontaina. —Me da un abrazo de esos suyos en los que me hundo entre sus tetas—. ¿Salimos a tomar algo?

37. Un, dos, tres, crac

Él ya sabía que yo venía a despedirme. No sé si por mi cara o por el suflé de queso que traía bajo el brazo.

Me ha recibido con besos en las mejillas, mientras yo jadeaba un poco después de los dos pisos de escaleras, y me ha quitado el abrigo con esa elegancia simple y maciza de los hombres maduros que saben reconocer el final redondo de una historia en la que ellos solo han sido personajes secundarios. Ha servido dos copas de tinto y me ha ofrecido una con templanza de sumiller. No ha intentado tocarme y yo, sin darme cuenta, he olvidado que venía a regalarme un polvo de despedida.

Hemos comido en silencio, bañados por el blanco tenue que entraba por el balcón, saboreando mi aprendizaje culinario, el retrogusto del emmental tras la esponjosidad, y ahora se ha quedado mirando el molde medio vacío con los codos sobre la pequeña mesa y ha juntado las manos entrecruzando los dedos. No puede ser más atractivo, mi Jeffrey Dean Morgan, con su jersey negro de cuello alto. ¿Podría amarlo? Sería confortable, mucho, instalarme ahora y para siempre en lo que empezó como un limbo, ¿no? ¿Por qué no? Estoy jodida si no puedo quedarme en alguien así, si prefiero alojarme en los brazos de un chalado sentimental capaz de perseguirme por las calles.

—*Alors, ma petite Bleu, j'ai été bien?* —pregunta Adrien dejando escapar esa fascinante medio sonrisa torturadora.

No se refiere al sexo de los pasados encuentros.

Sonríó tragando lágrimas, pero él las huele. Asiento con la cabeza. No lo digo.

No digo «*Tu m'as sauvé, Adrien*», porque no lo ha hecho, no me ha salvado.

Él solo me ha cuidado mientras poco a poco y sin darme cuenta me iba salvando yo, revisitándome, regresando a Sergio para quedarme, volviendo a Gato para despedirme, cocinando con y sin receta, aceptando a Charlie como a un espejo, redibujando mi triángulo irregular, dándome baños calientes... Adrien ha cuidado de mi cuerpo mientras mi mente y mi corazón viajaban por el tiempo y el espacio reconstruyendo un puzle. Pienso en todo eso y él lo oye y me responde, todo sin hablarnos. Sabe que ha cumplido de sobras y del mejor modo con lo que le supliqué con la boca pequeña delante del horno del taller de repostería en que nos conocimos.

Me acaricia una mejilla como aceptando mi agradecimiento silencioso.

Un, dos, tres, crac.

Lo oigo cerca, muy cerca de mí. ¿Lo oye él? Se está rompiendo algo.

Cierro los ojos mientras Adrien entretiene a sus dedos con la curva de mi barbilla.

Me vine a París a lo Sabrina, a mi París, al que llevo dentro, porque veintitrés años antes me había demostrado que en este mundo una nunca está sola salvo si lo necesita. Me vine porque Gato se ha casado y va a ser padre. Me vine a aprender a romper huevos con una sola mano, con piedad y rapidez, como con la guillotina. Porque un huevo no es una piedra, porque no está hecho de madera.

Adrien me ha amado más que querido, me ha cuidado, dado placer, comida, calor y sábanas. No, una nunca está sola salvo si lo necesita.

Ya no quiero romper huevos con piedad y rapidez. Ya no quiero querer salvar, necesitar salvar, para luego escaparme. Ya no quiero quebrar cascarones así, a guillotinas, y por supuesto, no quiero que nadie rompa el mío por mí. Lo quiero cascar yo, sin miedo al exterior, pero con mimo. Me debo un poco de ternura, ¿no? Fuera están Adrien y Blanca y Charlie y Luis e incluso Mary Poppins. Hay un montón de gente ahí, como ahí estuvo Álex con su «No estás sola», como ahí estuvo Ángel con su «Contigo, ahora», como ahí estuvo y sigue Sergio, siempre Sergio, «No me digas que conmigo no te sientes

relajada, por favor». Y ya no quiero esta dura envoltura que podría hacerse añicos con un ligero golpe de la muñeca de otro contra un canto de cocina. La voy a romper yo, con mi pico, desde dentro.

Un, dos, tres, crac.

Crac.

Crac.

Saco el pico, saco la cabeza, estiro el cuello.

Todo está bien.

—*Merci, Adrien.*

Saco y abro las alas y miro hacia el balcón.

38 · Entre tú y yo

Cuando en el año 2000 besé a Gato después de un concierto de mi grupo a capela, pensé en Sergio.

Aquella noche habíamos triunfado en el escenario. Mi novio, el barítono del grupo, se había ido pronto a casa y David parecía, solo parecía, especialmente interesado en mí. Se había pasado el concierto en primera fila.

Nunca he entendido por qué a veces aún parece que me quiera, que no me haya olvidado. Debe de ser aquel aprecio que él mismo auguró al prometer que el enfado se le pasaría con los años. Hasta el 2000 yo todavía me cogía a ese aprecio, cada vez que lo vislumbraba en su mirada tranquila, como si fuese una pasión arrebatadora contenida o, aún peor, una nueva llamada de socorro por su parte.

No sé cómo acabé en su piso compartido y destartado porque había bebido mucho; supongo que me autoinvité. Y no solo estuve un buen rato besando sin lengua sus labios cerrados e impasibles mientras se iba durmiendo en aquel sofá medio desvencijado sino que incluso osé proponerle quedarme a amanecer juntos en su cama. Me echó con elegancia felina. Fue tan fino que ni siquiera me hirió. Gato es así, un *gentleman* sin uñas, perfecto y salvado por sí mismo hace ya tiempo. Ni siquiera necesitó siete vidas; le bastó con dos y yo fui quien acabé con la primera.

La cuestión es que cuando pienso en aquel besuqueo unilateral, en aquella cascada de besos contra una boca amurallada, recuerdo al Sergio que, en Madrid, por la Navidad del 94, no llegó a pedirme nada.

Si tuviese que convocar a cenar hoy en día a mis excompañeros del Lycée

tendría que buscar aquella carpeta verde y hortera que Blanca compró en el 93, la que todos mis amigos de Recoletos firmaron al despedirme, en la que después, al acabar el curso, guardé una hoja de libreta con los nombres y direcciones postales de un buen puñado de colegas; nada de teléfonos móviles ni correos electrónicos por aquel entonces. Y seguramente la hoja solo me serviría para recordar apellidos y poder encontrarlos en la red social, porque por supuesto todos habrán abandonado la casa de sus padres.

Sin embargo, en el 94, solo medio año después de la amarga despedida, resultó fácil reencontrarnos una trentena para una cena navideña en Madrid. La cena en sí fue rara, en una larguísima mesa de pizzería en la que los Frankenstein quedamos diseminados. Después fuimos a un bar a tomar algo y la cosa se distendió. Costó unos minutos recuperar la complicidad, pero sobre la una, Álex, la toledana y los asturianos ya estaban abrazados cantando villancicos y Sergio y yo ya estábamos sentados sobre el billar con los pies colgando.

—¿Cómo lo llevas? —le pregunté—. Es raro que no hayamos hablado nada en todo el trimestre, ¿no? Ni una cartita ni nada, qué rancios.

—Sí. Bien. ¿Tú?

—Pues psé. ¿A ti no te cuesta, la reinserción?

Se rió y se apartó una greña de delante de los ojos.

—¿Reinserción? Suena como si hubiésemos salido de la cárcel —dijo.

—Puf. La cárcel es ahora. Mi madre, la facultad de Biológicas... ¿Tú qué tal en Derecho?

Negó con la cabeza.

—Estoy estudiando la licenciatura de Educación Física.

Salté al suelo y me planté delante de él.

—¿Qué dices? ¿En serio?

Sonrió de medio lado mientras asentía.

—Te queda muy bien esa melenita corta —soltó—. Estás como... luminosa.

En todo el curso anterior no me había percatado de lo guapo que era. Pensé

que él no se había cortado el pelo desde que nos conocimos. Llevaba un suéter rojo precioso, de los que tejen las abuelas, y tenía las manos sobre el tapete verde, bajo las nalgas. Me di cuenta de golpe, un golpe tipo puñetazo en la barbilla, de cómo lo echaba de menos. Y encima resultaba que era un valiente, que había retado a su padre y que estaba estudiando lo que le daba la gana, no como yo, la futura bióloga amargada.

No lo pude evitar: le cogí un bíceps con ambas manos.

—Te estás poniendo cachas.

—¿Quieres que te cuelgue boca abajo?

—De eso nada, monada. —Fruncí el ceño—. Oye, estoy impresionada. Yo no fui capaz de convencer a mi madre de...

—Es que no era eso.

—¿Cómo que no era eso?

—Me di cuenta de que no había que convencer a nadie de nada. Solo hacía falta quererlo de verdad. Tu madre no te dijo que no lo hicieses, ¿recuerdas?, sino que, si querías hacerlo, te lo costeases tú.

Levanté una ceja.

—¿Te estás pagando tú tus estudios? No me lo creo.

—No. No hizo falta. Solo hizo falta decir que estaba dispuesto a irme de casa y a ponerme a currar para estudiar lo que quería y mi padre se achantó.

—Caray. Oye, hablas distinto, ¿eh?

—¿No me vas a preguntar de dónde saqué la fuerza para decir algo así?

—Ah, pero ¿no era un farol?

—No. Lo habría hecho si hubiese hecho falta.

—¿En serio?

—Claro.

—Vale. —Crucé los brazos—. ¿Y de dónde sacaste la fuerza? Va.

—De la distancia entre nosotros.

—¿Entre quienes?

—Entre tú y yo. —Pese al contraluz que creaba a sus espaldas la lámpara

colgada sobre el billar, pude volver a ver aquella transparencia profunda en sus ojos al mirarme.

—¿Qué?

—Que te echo de menos. —Se quedó observando las rodilleras de sus vaqueros.

—Y yo a ti. Lo estaba pensando hace un momento.

—Pero lo peor no es ahora. Lo peor fue allí. El horror fue echarte de menos cuando todavía te tenía cerca. Por no irme de la Rue Perronet contigo a la pensión o a donde fuese. O, una vez te habías mudado, por distanciarme así, como un imbécil orgulloso. Por no vivir el presente, por dejar escapar las oportunidades o como se diga, o yo qué sé, por dejarte escapar y punto.

—Joder. —Me aparté un poco, creo que casi temblando—. Joder. Estás diciendo...

—Te estoy diciendo que me enamoré de ti como un loco en menos de una semana de tenerte cerca. De ti, de tu mierda de guitarra, de las deliciosas chorradas que contabas sobre ese Gato al que yo tenía ganas de ahogar en un río, de tu precioso pelo maltratado, del cobalto de esos ojos, de tu chulería crónica, de tu apasionante risa tonta y de tu lentitud de tortuga de tierra. Qué bien me caíste, Azul, tía, en seguida.

Me acerqué de nuevo, más que antes, y susurré:

—Vaya, lo siento. No me di cuenta.

—No, mujer, tranqui. Hay que decir las cosas. En enero, en febrero... habría podido. Hasta Ángel se había retirado por mí.

—¿Tú crees que Ángel...?

—Supongo. Creo que se me notaba.

No sabía qué hacer. Quería abrazarlo pero él seguía escondiendo las manos. Quería tocarle la mejilla pero no me miraba. Me senté de nuevo en el billar, a su lado.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Ahora, nada, Azul. Ahora, nada. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Y por qué me cuentas esto?

—No te lo cuento. Te estoy diciendo que después de eso, después de la rabia que traía dentro al acabar el curso, por no haberte dicho nada, por no haber sido más claro o haber intentado algo... Te estoy diciendo que en cuanto aterricé decidí que nunca más iba a dejar que se me escapase nada. Y que de ahí saqué la fuerza para decirle a mi padre que o me pagaba la carrera que quería o me iba de casa. Estaba hasta los huevos de arrugarme.

—Vaya.

—Hm. —Encogió los hombros solo medio segundo—. Y... ¿qué se cuenta Gato?

—Y yo qué sé, hostia, Sergio. Canta.

—¿Con quién estás ahora?

—No tengo ganas de hablar de eso, Sergio, estoy procesando lo que me acabas de...

—Procesa, procesa. —Saltó de la mesa de billar al suelo—. Voy a la barra. ¿Te pido algo?

—No. No me pidas nada. —Y contemplando su superespalda, que se alejaba hacia la barra, me di cuenta de lo lapidario de la frase.

Aquel era el momento, nuestro momento, el último posible, pero no, no me pidió nada. Pensé que ya no lo quería. Durante meses me pregunté si no debí ser más lanzada aquella noche, pero tendí a pensar que su confesión era la prueba concluyente de que ya no quería nada conmigo.

Menudo par de gilipollas.

39. Quedate

Cuando salgo de casa de Adrien, un mensaje de Blanca me informa de que está paseando con Charlie por Montmartre, esperándome para tomar algo los tres juntos. Sonrío hacia dentro pero se me mueven solos los labios también por fuera.

Abro mis alas y vuelo hasta Place du Tertre, ¡me alegro tanto de verlos a los dos!, pero me niego a que nos sentemos allí; no soporto la plaza desde que las terrazas de los bares arrinconaron a los pintores y además he oído un trueno.

Corriendo bajo las primeras gotas de lluvia, gruesas y frías, descendemos por las escaleras que llevan hasta Rue Gabrielle. Nos metemos en la Taverne, medio vacía porque son las seis y cinco y acaba de abrir; buscamos una mesa hacia el fondo del local, más calentito, nos quitamos los abrigo y los gorros de lana, nos sentamos y pedimos unos *cafés au lait*.

Me encanta ver juntos a Blanca y a Charlie. Me recuerda a aquella foto de fotomatón de mayo del 94, tan petada que no tiene fondo blanco, con seis cabezas: Luis, Blanca, Álex, Sergio, la asturiana y yo. Cuando mis dos mundos intersectan se hace la magia.

—Blanca y yo estuvimos hablando sobre vos muy seriamente y decidimos hace un ratito que tenés que llamar al palomo.

—¿Y me lo sueltas así, sin preámbulos?

Me parto con él. Que tenga la edad que teníamos solo mejora su intromisión en mi aventura tardía.

—Reina, que yo me vuelvo a Madrid mañana por la mañana y no quiero dejar cabos sueltos —me apremia Blanca.

—¿Te refieres a mí? —Me señalo el pecho con los guantes puestos.

—Se refiere a Sergio, cheee. —Charlie da un codazo.

—Sí, a ti —responde ella contundente.

Donky la mira arrugando la frente y yo le aclaro:

—Soy un cabo suelto.

—Y miedo me das.

Al oírle decir eso vuelvo a girarme hacia ella, sentada en el banco del otro lado de la mesa. Entonces me doy cuenta.

—Lo sabes, ¿verdad? —le pregunto.

—Sí. —Deja caer los párpados. ¿Cómo lo hace para ponerse tanto rímel sin empastrarse la cara?—. Todo.

—Pero chicas, ¿piensan decirme de qué hablan? ¿Es en código, eso?

—¿Todo? —insisto, algo encogida dentro de mi rebeca.

—Sí. Lo de la Nochevieja en la lavadora de tus abuelos y lo del 99. ¿Hay algo más? —No es la Blanca enfadada que yo conocía. No da miedo. Ni siquiera suben y bajan sus supertetas.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde el minuto siguiente, en los dos casos. Los hombros de Luis son muy estrechos para tanta culpa. Es un blando.

—Lo siento. —No sé adónde mirar—. Soy una cabrona.

—Supongo, porque tenías pareja. Pero para mí el cabrón es él.

—Yo... voy a reclamar los cafés. —Donky se esfuma.

—Después de tu carta de disculpa... —prosigo, pero me corta.

—Tranqui, no creo que tengas previsto volver a hacerlo. Me fio de los dos. Ya estáis machuchitos. Me queréis y, en el fondo, no sois malos. Todo empezó así, ¿no? El dichoso triángulo abierto.

Le envío una breve sonrisa y estiro la columna vertebral antes convertirme en caracol.

—¿Por qué no te quedas unos días más?

—No puedo, en serio. Pero júrame que llamarás al cachas.

—Es que...

—Bromas aparte, no es para dejarte colocada y amarrada, ¿eh? Es tu momento. —Blanca me muestra su perfecta dentadura en una sonrisa franca.

Charlie acaba de sentarse y el camarero ya reparte los cafés.

—Quedate a vivir conmigo, gorda. —Toma mi mano sobre la mesa, me quita el guante, me la llena de besos—. Digo, con Mary Poppins. No me importa que traigás el novio a dormir. Dale.

Donky. Madame Poirier. Le Cordon Bleu. ¿Sergio? No suena mal.

Me quedo colgada mirando mi taza, oliendo el café, y hundo mis sesos en la leche.

Me vine a París porque Gato se ha casado y va a ser padre. Me lo dijo Blanca.

—Nena, va, no lo mires así.

—Pero me está mirando. ¿Cómo quieres que lo mire?

—Siéntate. Te has levantado a aplaudir la primera. Siéntate ya, venga, no te sientes la última.

—Me ha mirado, tía, ¿sí o no?

—Claro que te ha mirado. Fuiste su primer amor y siempre tendrá una mirada para ti, una mirada especial, claro que sí.

—¿No te ha parecido una mirada...?

—No. Nada. Y siéntate, coño.

—¡Au! Vale, me siento, joder. Casi me rompes la chaqueta.

—Parece mentira, Azul. Con la de años que han pasado. Y sabiendo que...

—¿Qué?

—Pues...

—¿Qué?

—Pero, ¿es que no lo sabes?

—¿El qué?

—Explícaselo tú, Luis, que contigo se enfadará menos.

—A mí no me metas. Yo he venido al concierto porque me habéis arrastrado.

—¿Qué pasa, Blanca? Suéltalo ya.

—Joder... Que... Pues que se ha casado. En noviembre. Hace un par de semanas.

—¡Ah, bueno! Pero existe el divorcio.

—No te rías.

—No me río. Estoy divorciada, dos veces, y es una mierda.

—Azul, hostia, que no te rías. Estás histérica. Esto ya no tiene gracia. Tienes que dejarlo atrás. Tenemos cuarenta años.

—¿Y?

—Que va a ser padre.

—¡Ja! Eso será si Dios quiere. Porque ya sabes que yo, mira, el Predictor dijo que sí, y luego...

—En enero, Azul. Ella está preñadísima ya. Gato va a ser padre.

—¿Y si te vuelves conmigo a Madrid, cariño? No te veo clara. —Blanca deshace el azúcar en el café.

—¿Eh? —Siento todas las nubes, toda la lluvia, todo el anochecer pesando sobre mí.

—Que si te vuelves a...

—No, che, dejala conmigo.

—Me quedo, me quedo —respondo.

—¿Pero llamarás a Sergio?

—Vos andate tranquila que yo me encargo.

Por fin me río. Crac.

Inspiro.

Me vine a París a retomar mi vida donde la dejé.

—Sí. Mañana lo llamo. —Alargo mi brazo sobre la mesa. Le ofrezco mi mano desnuda—. Blanca...

—Dime, Azul. —La toma. La suya está caliente, como siempre.

—Gracias.

40. París es Azul

¿Y si le pasa como a la Deborah Kerr de *Algo para recordar* y no llega nunca? ¿Y si lo atropellan al salir del metro y acaba en el hospital y me quedo aquí tirada como el irresistible Cary Grant? O a lo mejor tiene un hijo, como el Tom Hanks del *remake* de los noventa, y me los veo salir de la manita del ascensor. Aunque, bueno, creo que podría con eso. Sí, la Tour Eiffel será nuestro Empire State Building pero sin retrasos.

Consulto la hora en el móvil: las quince cincuenta. Faltan diez minutos, pero abajo hay cola y uno nunca sabe cuándo va a llegar a la tercera planta. Querría mirar al suelo por si lo veo entre las cabezas diminutas pero tengo vértigo, mucho vértigo. He subido en ascensor pero le propondré bajar a pie los tramos inferiores, donde sí hay escaleras.

Intento adivinar desde aquí el edificio retrofuturista acabado de inaugurar que vi en Internet, la nueva sede de Le Cordon Bleu. Está a solo veintitrés minutos andando y me encantaría acercarme después, paseando por el Sena, con él, el loco que me metió la idea en la cabeza. Me da igual esa matrícula exorbitada; tengo ahorros y pienso rendirme por fin al asedio de llamadas y mensajes sobre préstamos preconcedidos. Si empiezo en el grupo de marzo, en nueve meses tendré mi *Diplôme de Cuisine et Pâtisserie* y, ¿quién sabe?, a lo mejor a Blanca le interesa ampliar y vender tartas y comida preparada; podría empezar por ahí.

Metó la mano en el bolsillo de mi abrigo verde, sin quitarme el guante, y compruebo que el paquetito que me ha costado media mañana conseguir sigue ahí: un pendiente de plata minúsculo con forma de paloma.

Me giro hacia las puertas del ascensor por enésima vez, como cada vez que

se abren: vomitan un puñado de visitantes, pero ni rastro de mi pirata. Qué ganas tengo de besarle el ojo que ha perdido, la muestra de todo lo que él es y ya no es, de besarle la madurez y la utopía y la pena y la rabia y el amor que debe de poner en todo lo que hace. Qué ganas de que me lo cuente todo, todo lo que quiera, y de que se guarde los secretos y tesoros que prefiera para sí.

Me coloco bien el gorro. Doy saltitos para entrar en calor. Cuento los segundos de mis inhalaciones y exhalaciones y juego a contemplar el azul marengo de los tejados de París tras la cortina del vaho que sale de mi boca.

Oigo otra vez las puertas del ascensor a mis espaldas pero no me giro porque ya lo sé. Tiene que ser ahora. Cierro los ojos y espero.

No tardo ni diez segundos en sentir sus manos quitándome el gorro, sus brazos alrededor de mi cintura y su aliento en mi oreja. Me estremezco; no, me excito.

—Te lo dije: París es Azul. —Lo sé, que es Azul con mayúscula.

—¿Ah, sí? —ronroneo.

—Mi París, sí.

Me besa la nuca.

Me giro dentro de su abrazo. Se ha hecho mayor. Supongo que yo también. Tiene algunas canas entre las greñas castaño claro y arrugas alrededor del ojo visible, pero su mirada no ha perdido aquella blanda transparencia. Siento la proximidad de entonces, como si no hubiese pasado el tiempo.

Nos quedamos mirándonos, así, sin saber quién debe hablar ahora, qué decir, qué hacer.

Entonces Sergio suelta:

—¿Y ahora qué, Azul? ¿Qué hacemos? —Mientras me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y muda la expresión al reconocer la tortuguita de Venecia.

—Eso: ¿qué hacemos? —respondo.

Después de unos segundos de silencio solemne, estallamos en una carcajada inquieta y descocada.

Como dos adolescentes.

Agradecimientos

A mis lectoras de primera línea: Leticia, Elisenda y Àngels.

A mi pareja, Roger, por el tiempo y el entusiasmo.

A mi madre, por acompañarme siempre.

A Carme, por su apoyo a mi francés oxidado.

A Sandra, por dar veracidad al argentino de Charlie.

A todos los que compartieron aula, pasillo y aventuras conmigo en aquel París de mis diecisiete.

A la familia Doutreligne, que me acogió en la Rue du Président Wilson.